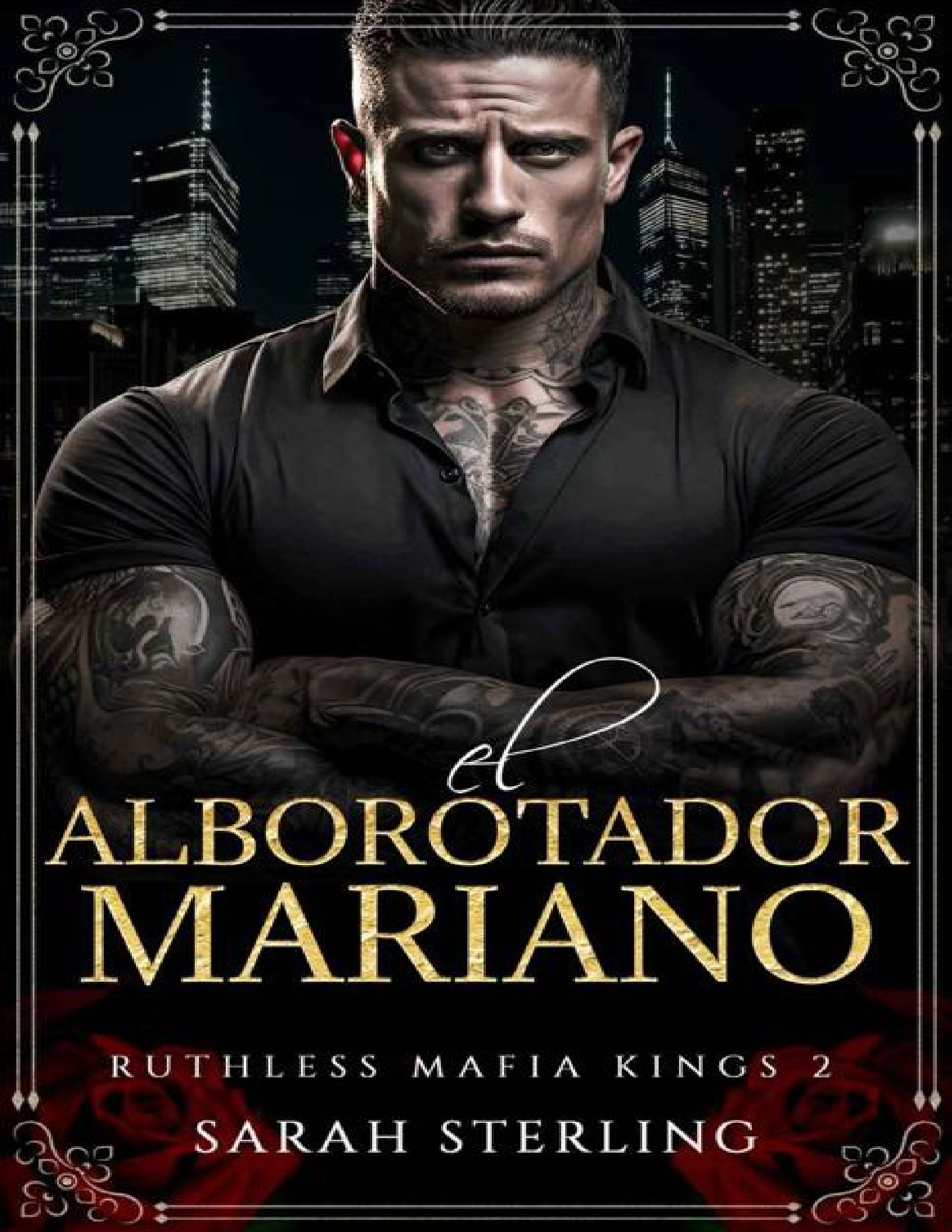




et

ALBOROTADOR MARIANO

RUTHLESS MAFIA KINGS 2

SARAH STERLING

EL ALBOROTADOR MARIANO

Matrimonio forzado

Harén inverso

Virginidad

Romance mafioso

[Ruthless Mafia Kings 2](#)

Sarah Sterling

Copyright © 2024 por Sarah Sterling.

Todos los derechos reservados. Este ejemplar está destinado exclusivamente al comprador original del libro. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma impresa o electrónica, incluida la grabación, sin permiso previo por escrito del editor, salvo breves citas en una reseña del libro.

Contenido

CAPÍTULO UNO - SERENA	4
CAPÍTULO SEGUNDO - XAVIER	12
CAPÍTULO TRES - SERENA	17
CAPÍTULO CUARTO - MARIANO	26
CAPÍTULO QUINTO - XAVIER	31
CAPÍTULO SEIS - SERENA	37
CAPÍTULO SIETE - XAVIER	42
CAPÍTULO OCTAVO - MARIANO	51
CAPÍTULO NUEVE - XAVIER	58
CAPÍTULO DIEZ - SERENA	64
CAPÍTULO ONCE - XAVIER	71
CAPÍTULO DOCE - MARIANO	79
CAPÍTULO TRECE - SERENA	88
CAPÍTULO CATORCE - XAVIER	96
CAPÍTULO QUINCE - MARIANO	107
CAPÍTULO DIECISÉIS - SERENA	113
CAPÍTULO DIECISIETE - XAVIER	120
CAPÍTULO DIECIOCHO - SERENA	128
CAPÍTULO DIECINUEVE - XAVIER	137
CAPÍTULO VEINTE - MARIANO	144
CAPÍTULO VEINTIUNO - XAVIER	152
CAPÍTULO VEINTIDÓS - SERENA	157
CAPÍTULO VEINTITRÉS - MARIANO	161

CAPÍTULO UNO - SERENA

Es extraño estar de luto por un hombre al que apenas conocí. No calificaría de duelo lo que estoy haciendo. Sin embargo, aquí estoy, a las 2 de la madrugada en el Club de los Delfines. Llevo un vestido rojo apretadito que acentúa mis curvas voluptuosas y me llega a medio muslo. Llevo el pelo castaño oscuro suelto por la espalda.

El techo iluminado por luces multicolores transforma todo con una gama constante de colores primarios. La atmósfera cargada desprende un olor penetrante a sudor, alcohol y decadencia.

Mi cuerpo se mueve bajo la influencia del alcohol y la música alta mientras intento procesar mis sentimientos por la muerte de mi padre. He perdido la cuenta del número de copas que me he tomado. Siguen llegando y yo sigo aceptandolas.

"Quizá deberías tomártelo con calma, Serena". Me dice mi amiga Diana.

Intento mirarla a través de mi visión borrosa. Su rostro se desenfoca como una fotografía mal lavada. Tiene el pelo rubio y enmarca sus delicadas facciones. Lleva un mini vestido plateado sin hombros, un coctel en la mano izquierda y el bolso y el teléfono en la derecha.

"Estoy bien", respondo, tratando de forzar la voz.

Debo sonar muy mal porque me lanza una mirada despectiva.

"Deberíamos llevarte a casa, tu madre estará preocupada".

"Mi madre no sabe dónde estoy", le digo.

Y es la verdad. Hoy, en cuanto he vuelto a la ciudad, he tirado las maletas, he besado a mi madre, he llamado a mi amiga y nos hemos ido al club más concurrido de la ciudad.

"Pienso ocuparme de todos mis problemas mañana. Esta noche solo pienso emborracharme". Le dije.

Diana frunce el ceño y abre la boca para hablar, pero yo la ignoro, escudriñando la habitación con una leve curiosidad. Mire donde mire, las personas se apretujan unas contra otras. Bailando, bebiendo.

Mis ojos se dirigen a la zona VIP y me sorprende al ver a un hombre con las manos

apoyadas en la barandilla, observándome con una intensidad abrasadora. Por la expresión de su cara, debe de llevar ya un rato haciéndolo.

Levanto las cejas y él sigue sin apartar la mirada. Es como si me desnudara a cada segundo que pasa. Me muevo incómoda, a la vez emocionada y perturbada por su escrutinio.

Me tomo mi tiempo para estudiarlo. Lleva un caro traje italiano, el pelo oscuro peinado lejos de la cara, salvo un rizo suelto que le roza la ceja izquierda. Tiene una mandíbula fuerte y una nariz recta; su mirada parece peligrosa. Y eso le hace parecer duro e inaccesible.

El aire que le rodea destila tensión y siento que una oleada de atracción mutua arde entre nosotros, feroz y candente.

Trago saliva mientras su labio se curva. Es consciente del efecto que tiene sobre mí. Una oleada de audacia y atrevimiento me invade. Quiero darle un espectáculo, si tanto le gusta observar.

"Venga, vamos a bailar", le digo a Diana, cortándola de lo que esté diciendo. Le quito la bebida de la mano y la dejo en una mesa cercana.

"¿Qué?", pregunta sorprendida, pero ya la estoy arrastrando conmigo a través de la multitud de gente hasta el centro del piso.

Coloco sus manos en mis caderas y apoyo las mías en sus hombros. Nos movemos juntas, Diana se acompasa fácilmente a mi ritmo, aunque un poco a regañadientes.

Me asomo, el tipo sigue mirando, sus fosas nasales se agitan un poco cuando Diana coquetea con el dobladillo de mi falda. Sonrío y la acerco hasta que nuestras narices se tocan.

Le mordisqueo la oreja juguetonamente y ella se ríe, soltándose a cada momento. Le gusta bailar y es una persona divertida. Supongo que solo está preocupada por mi consumo de alcohol. Pero sé que puedo contar con ella para pasármelo bien.

"Ese hombre me está vigilando", le digo al oído. Tengo que levantar la voz para que se me oiga por encima de la música alta.

"¿Dónde?" Responde ella, girando despreocupadamente el cuello para escrutar la habitación.

"Zona VIP de arriba".

Me hace girar despreocupadamente y se coloca detrás de mí, rodeándome la cintura con los brazos. Levanta la vista y tararea en voz baja.

"¿El dios griego de pelo oscuro con el traje caro?", pregunta ella.

"Sí", confirmo.

"Está bueno".

"Sí, lo está".

"¿En qué estás pensando?" Me dice, colocándose de nuevo de modo que soy yo quien está frente a él otra vez.

"Quiero que me lleve a casa y me de hasta que vea las estrellas". Me quedo muda.

Diana suelta una carcajada estridente.

"¡Dios mío, Serena! ¿Has cambiado tanto?" dice, con un toque de asombro en su voz. "Siempre fuiste tímida y reservada, teníamos que convencerte para que salieras con nosotros. Eran buenos tiempos... antes de que te marcharas de la ciudad sin decir nada".

"Tuve que marcharme. Este lugar era como una prisión. Pero sigo siendo la chica que conociste". Admito con un rubor. "Esta noche es diferente. Quiero sentir algo más".

Sus ojos se oscurecen un poco y las comisuras de sus labios se hunden.

"Pobrecita".

Me recorre una punzada de dolor, pero la reprimo inmediatamente. No puedo afrontar esto ahora. No puedo.

"No hablemos de ello, por favor", digo con la voz un poco quebrada.

"Por supuesto. Lo que necesites, divirtámonos y juguemos con tu apuesto desconocido en su lugar".

La música cambia a un ritmo lento y saltarín. Diana pone una expresión traviesa en la cara y tira de mí para acercarme.

"Vamos, nena, enséñale lo que tienes". Me insta, con sus manos alentadoras en mi cintura.

Me pierdo en la música, mi cuerpo se apodera de mí mientras mi mente se hunde en la niebla. Me muevo contra ella, cerrando seductoramente los ojos.

Estoy tan absorta en lo que hago que no me doy cuenta de que otra persona ha

intercambiado su posición con Diana hasta que unos brazos fuertes me sujetan y un pecho ancho me aprieta el cuerpo. Mi espalda se arquea contra el contacto por reflejo.

"Eres una diosa". Me informa una voz grave y grave. Un aliento cálido me hace cosquillas en los lóbulos de las orejas.

"¿Ah, sí?", pregunto, sin inmutarme por la repentina desaparición de mi amiga. Sin darme la vuelta, sé que se trata del apuesto desconocido.

Una rápida búsqueda me ayuda a descubrir a Diana bailando con un chico alto y guapo, de pelo rubio desordenado, que me guiña un ojo.

"Soy Mariano. ¿Cómo te llamas, guapa?", pregunta mi nueva pareja de baile.

"Serena".

"No he podido apartar los ojos de ti, Serena". Dice mi nombre con un ligero acento que no logro distinguir.

"Me lo dicen mucho", respondo.

Se ríe entre dientes, y el sonido me provoca punzadas de excitación que me atraviesan hasta la médula.

"Seguro que sí". Dice.

Me doy la vuelta para mirarlo, y de cerca es aún más atractivo. Una pequeña cicatriz adorna su labio superior y otra su barbilla. Sus largas pestañas realzan el magnetismo de sus ojos, haciéndolos aún más hipnotizantes. Mis ojos se deslizan hacia sus labios, y sin pensar, los míos se humedecen con un leve toque de mi lengua.

"Ven a mi habitación de hotel conmigo". Me dice.

Me retraigo. No esperaba que fuera tan franco.

"Acabamos de conocernos, ¿por qué iba a hacerlo?". Pregunto.

Aunque a una parte de mí le intriga la idea de tirar la cautela al viento y hacer lo que me plazca.

"Porque quiero follarte", responde, acercándose hasta que nuestros cuerpos están uno contra el otro. Me sostiene la mirada y añade. "Y tú quieres que te folle".

Normalmente, me horrorizaría ante una insinuación tan descarada, pero mis inhibiciones habituales han disminuido por la ingesta de alcohol. Sin embargo, hay algo en él que me tranquiliza. Contrasta con su aspecto peligroso e intimidatorio. Tiene unos

ojos embrujados que brillan con ferocidad y comunican que ha visto y hecho cosas que mi imaginación ni siquiera puede imaginar. Hace que me tiemble todo el cuerpo.

Pero sé que me dará la liberación que ansío, así que le digo: "Vale, iré contigo".

Sin más preámbulos, informo a Diana de que me voy. Se queda mirando a Mariano un rato antes de asentir con la cabeza y prometerle que le enviaré un mensaje de texto con el nombre del hotel al que vamos y el número de su habitación.

Mariano me pone una mano protectora en la nuca y me guía hacia la salida. Fuera hace fresco y las calles están desiertas.

Su coche es un Mustang antiguo, negro con llantas rojas. Me abre la puerta y me deslizo dentro. Hay un tenso silencio entre nosotros mientras conduce. No intenta entablar conversación y se lo agradezco. Esto no va a ser más que un rollo de una sola vez.

Cuando llegamos a su hotel, un ascensor nos lleva al ático. Las puertas se abren de par en par y tengo una breve visión de los lujosos cojines de terciopelo, una cama tamaño king y las centelleantes luces de la ciudad desde las ventanas.

Mariano me empuja contra la pared y presiona sus labios contra los míos. Gimo ante la suavidad de sus labios carnosos. Me rodea el cuello con los dedos. Me corta el suministro de aire y me insufla el suyo.

Me levanta y me coloca en la cama. Me tumbo para que me vea. Me mira con los párpados encapuchados,

"Qué guapa Chica. Tu cuerpo merece ser adorado. Pero por desgracia esta noche tengo más ganas de tomar que de dar".

"Fóllame, Mariano". Respiro, acercándome desesperadamente a él, queriendo apagar este infierno furioso que llevo dentro.

Se pone de rodillas ignorando mi petición.

"Quizá solo una probadita". Murmura para sí. Me arranca las bragas de encaje; su cálido aliento me hace cosquillas en los muslos.

Me estiro y espero con la respiración contenida. Las sábanas de seda de la cama parecen una caricia del beso de un amante sobre mi piel.

Su lengua es mágica, y mi espalda se inclina sobre la cama mientras grito su nombre, la intensidad de mi orgasmo me coge por sorpresa mientras me sacudo y me

agito.

Apenas me estoy recuperando cuando me tumba boca abajo. Me da un fuerte golpe en el culo y lo levanto en el aire. Oigo el desgarró del papel de aluminio y entonces está dentro de mí.

Grito por su plenitud. Es grande, sin duda. Su polla me estira deliciosamente, casi hasta el punto del dolor, rozando cada una de las terminaciones nerviosas de mi interior.

Mariano maldice en voz baja y empieza a embestirme. No puedo hacer otra cosa que aferrarme a las sábanas para salvar mi vida mientras me lleva a lo más alto. Cada embestida me estimula y me lleva a la cima de un orgasmo estremecedor.

Me quedo sin aliento mientras una oleada tras otra me envuelve y me deja limpia. Me saltan las lágrimas y, después de su gemir y de que se desplomara sobre mi espalda, me siento completamente saciada y ligera.

Mis ojos se cierran brevemente. Me despierto sobresaltada, aún está oscuro y me ha despertado un ruido sordo. Al principio, creo que se está produciendo un terremoto, pero solo es Mariano roncando con una mano descuidadamente apoyada en mi muslo.

Hago una mueca de dolor y me levanto ligeramente, con cuidado de no molestarle. En el baño, me lavo rápidamente, recojo mi ropa y me la pongo.

Está de espaldas, con una mano sobre la cara y las cejas fruncidas, como si tuviera un sueño desagradable. Su polla sobresale orgullosa, carnosa y gruesa, con venas a los lados.

Sonríó un poco, tentada de dar un último paseo con esa polla increíble. Pero tengo que irme. He conseguido mi liberación y ahora tengo que enfrentarme a la realidad.

"Ciao Mariano". Susurro.

-

Más tarde, esa misma mañana, estoy sentada en el estudio de mi padre, con una fuerte resaca. Llevo unas grandes gafas de sol en la cara.

"Has estado fuera mucho tiempo, Serena. No tienes ni idea de lo mucho que han cambiado las cosas", dice mi madre suavemente.

Su precioso cabello castaño ya se ve salpicado de plata, casi siempre recogido en un moño. Sigue vestida de luto, con un chal sobre los hombros. Su tez es pálida y su

cansancio se refleja en las ojeras. Nunca entendí su relación con mi padre.

Siempre fue frío y distante. Solo un elemento fijo en nuestras vidas, ocupándose de sus asuntos y obligándonos a soportar prolongadas e incómodas cenas familiares en las que no hacía más que fruncir el ceño y quejarse de que su filete estaba demasiado seco.

"¿Qué quieres decir?", pregunto.

Intento evitar mirar el gran retrato fruncido de mi difunto padre que cuelga detrás de ella.

"Nuestra familia se estaba debilitando. Tu padre tuvo que hacer concesiones para que nuestra fuerza no se extinguiera". Dice mamá.

Ahogo un eructo; tengo la boca seca. Necesito desesperadamente un vaso de agua fría. Recorro con la mirada el estudio de mi padre. Su pesado escritorio de roble, la planta de buganvilla que tenía junto a la ventana, las alfombras carmesí y las pesadas cortinas de brocado rojo.

Su presencia perdura y por un momento me lo imagino observándonos ahora, me estremezco y hago la señal de la cruz.

"¿Por qué me cuentas esto mamá? Papá está muerto. Apenas me reconocía cuando vivía y, cuando me fui de la ciudad, se desentendió de mí. Así que, con el debido respeto, ¿en qué me concierne lo que ha estado pasando con sus negocios en mi ausencia?"

"Tu padre te quería a su manera, Serena", dice mamá, con tono de reproche.

Suelto un fuerte suspiro. Nunca sentí amor por parte de aquel hombre. Pero no quiero molestar a mi madre.

"Vale, mamá".

Se ajusta el chal.

"Por eso, lo que voy a decirte debes aceptarlo si quieres lo mejor para esta familia y para nosotros".

Giro los ojos hacia ella, odiando los matices crípticos que se entretejen en sus palabras. Empiezo a sentir pavor. Parece arrepentida.

"¿Mamá? ¿Qué intentas decir?"

"Tu padre te prometió en matrimonio a la familia Casagrande a cambio de una alianza beneficiosa para ambas partes. Dentro de tres meses, cuando cumplas veintidós

años, te casarás con su primer hijo, Xavier".

Empiezo a reírme porque es tan gracioso que tiene que ser una broma.

"¡Mamá, estás de broma!"

"No, cariño. Lo digo en serio". Me insiste.

Nunca debí volver a esta ciudad. Incluso desde el más allá, mi padre sigue sin dejarme vivir mi vida. Ahora estoy a punto de quedarme atrapada aquí para siempre haciendo de esposa servil de un heredero de la mafia. Por encima de mi cadáver.

CAPÍTULO DOS - XAVIER

"Llama a Dominic y dile que vendrás a comprobar el nuevo cargamento en los muelles al anochecer".

La voz autoritaria de mi padre resuena en el interior de su Cadillac. Él sentado en el asiento trasero y yo de copiloto.

Ajusto las solapas de mi traje oscuro.

"Ya lo he hecho", le digo.

En el espejo retrovisor, veo su gesto de aprobación. Mira por la ventanilla ensimismado. Vamos de camino al funeral de Marcus Wilson. Uno de los principales némesis de mi padre. Se nota que el viejo está hoy de un humor sentimental.

En nuestro trabajo, la muerte es inevitable y siempre es de esperar, pero en casos raros como el de Marcus Wilson, cuya muerte fue por causa natural, un infarto de miocardio, entre todas las cosas a la edad de sesenta años, es como un manto frío sobre alguien como mi padre.

"¿Qué vamos a hacer con el territorio de Wilson?". Le pregunto. "No tiene ningún hijo, y sus parientes varones son todos unos debiluchos sin carácter. Nos vendría bien la expansión".

"No seas tonto. El hombre apenas está enterrado. Hablaremos de negocios después de presentarle nuestros respetos". La voz de mi padre es como el agudo chasquido de un látigo.

Aprieto los dientes, pero permanezco en silencio. Como ya he dicho, está de humor sentimental. No entiendo por qué duda en hacer un movimiento estratégico. Decido callarme por ahora. Pronto tendrá que entrar en razón.

Si yo pienso en una adquisición, también lo harán nuestros rivales. Prefiero que lleguemos a ello antes que ellos.

Llegamos a la catedral donde se celebra el funeral, un imponente edificio gótico con altas agujas y coloridas vidrieras. El aparcamiento está repleto de coches; todas las familias importantes de la mafia han venido a rendir homenaje a Marcus. Mientras camino junto a mi padre, observo con atención algunos rostros clave y acerco disimuladamente las manos hacia la pistola oculta bajo mi traje.

Los funerales son un terreno neutral, y no estamos en guerra con nadie, pero siempre existe la tensión subyacente que conlleva asistir a estos eventos. Me mantengo cerca de mi padre, que lleva sombrero y gafas oscuras, con su elegante traje negro de tres piezas a rayas plateadas.

En la iglesia, todos están sentados. Y la misa transcurre sin contratiempos. Después nos dirigimos a la finca Wilson para la recepción.

Se sirven aperitivos y bebidas en bandejas. La casa es impresionante, con espacios abiertos, suelos de madera pulida y una decoración de buen gusto que recuerda a alguien en la posición de Marcus.

"Ven Xavier, quiero hablar con la viuda de Wilson". Dice mi padre, ignorando a todos los demás. Parece un hombre con una misión.

"¿Ocurre algo?", pregunto. Por alguna razón estoy nervioso.

"Marcus y yo teníamos asuntos pendientes", dice. "Estoy aquí para asegurarme de que su mujer cumpla su parte del trato".

Estoy perdido. No tenía ni idea de que mi padre tuviera negocios con Marcus. Sus tratos eran escasos y distantes. Estábamos lo bastante cerca de ellos como para tener algunas peleas por el territorio, pero nunca hostilidad abierta.

Si de algo estoy seguro es de que no había amor perdido entre los dos perros viejos. Entonces, ¿qué es eso que oigo de asuntos pendientes?

Adentrándonos en un pasillo bordeado de esculturas de mármol y bustos de terracota, nos dirigimos al estudio de Marco.

Nos detenemos ante una enorme puerta de roble. Oigo voces que discuten desde dentro. Mi padre llama a la puerta sin inmutarse. Todo en esta situación me parece extraño. Empiezo a darme cuenta de que me están dejando al margen a propósito, y no me gusta nada.

Al escuchar los golpes de mi padre en la puerta, las voces cesan y unos pasos apresurados se acercan. La puerta se abre de golpe, revelando a una mujer de largo cabello castaño que cae en cascada sobre sus hombros y espalda. Su rostro redondo y hermoso, enmarcado por grandes ojos castaños, está inflamado por las lágrimas.

Sus ojos se cruzan con los míos, se iluminan al reconocermme y palpitan de odio. Me

sorprende tanto su animosidad como su impresionante belleza.

La chica pasa corriendo a nuestro lado sin mirar atrás. La observo y me vuelvo hacia mi padre con las cejas levantadas. Su rostro es calculadamente inexpresivo.

"¿Quién era?" Pregunto.

No tiene oportunidad de responder porque aparece otra mujer en la puerta. Es la viuda de Marcus. Tiene la cara tensa. Hace una mueca de cortesía a mi padre.

"Jon. Me alegro de verte. Siento que hayas tenido que ver a mi hija mostrando una de sus rabietas".

Mi padre se quita el sombrero y se lo lleva al pecho, apareciendo en su rostro una sonrisa cálida y encantadora.

"Está bien, Martha. Una vez más, quiero expresar mi más sentido pésame por el fallecimiento de tu marido. Era un hombre de palabra. Y le echaremos mucho de menos".

"Gracias. Pasa, por favor".

Nos hace pasar a un estudio acogedor, con bombillas naranjas, una alfombra cara y el retrato del difunto Marcus en la pared, detrás de la mesa. Las persianas de la ventana están medio corridas, lo que hace que el espacio esté tenuemente iluminado.

Mi padre se sienta, y yo me coloco de pie detrás de él. Martha ocupa el lugar detrás del escritorio que fue de su difunto esposo, luciendo frágil y algo insegura.

Por enésima vez, me pregunto por qué no nos tragamos su territorio en lugar de perder el tiempo con todas estas visitas innecesarias y presentando nuestros respetos.

"¿Puedo ofrecerte algo? Sé que Marcus tenía algo de whisky por aquí". Dice.

Mi padre hace una reverencia.

"Por favor. Me vendría bien una copa".

Martha se levanta arrastrando los pies y se dirige a un armario para coger una botella y dos vasos. Le ofrece uno a mi padre y le sirve un trago.

"Por Marcus". Dice levantando su copa.

"Por Marcus".

Después de que vacían sus vasos, mi padre se aclara la garganta, haciendo rodar su

sombrero entre los dedos.

"Marcus y yo teníamos un acuerdo antes de que muriera, Martha. Se estaba preparando una alianza, y ahora que ha muerto te corresponde a ti cumplir su parte del trato".

Su rostro se vuelve contrariado.

"Acaba de morir, Jon. ¿Tenemos que hacer esto ahora?"

"Sí, debemos hacerlo. Los que están vivos deben seguir viviendo por difícil que sea. Nuestros enemigos no descansan, y sería una tontería suponer que nos darían tiempo suficiente para afligirnos. Ahora mismo están maquinando y esperando a ver cuál será nuestro próximo movimiento. Debemos presentar un frente fuerte".

Les observo atentamente. Hablan abierta y llanamente, pero hay un trasfondo oculto.

"Marcus confiaba en ti hasta cierto punto. ¿Cómo sé que yo puedo hacer lo mismo?". Dice Marta.

"¿Creías en los instintos de tu marido?", replica mi padre.

"Sí".

"Entonces debió de ver algo en mí que le hizo acercarse a mí con su oferta. Debes recordar que él vino a mí y no yo a él".

Continúa.

"Vio la necesidad de que uniéramos nuestras fuerzas. Si deseas echarte atrás, me veré obligado a tomar otras medidas para garantizar la supervivencia de mi familia, por supuesto."

Martha aprieta los labios en una fina línea. Percibe la amenaza subyacente en sus palabras.

"Nos subestimas, Jon. Todo el mundo lo hace, pero no será tan fácil derrotarnos".

"Si te enfrentaras a un solo enemigo, sí. Pero estás rodeada de ellos por todos lados, Martha".

Dice la verdad. Sus hombros se hunden visiblemente y las arrugas de su rostro se acentúan. Es evidente que no quiere participar en ninguna guerra.

"Marcus dijo que juntos seríamos imparables". Dice con desgana.

"Sí. Pero un acuerdo no bastará. Necesitamos algo más fuerte que un simple boca a boca". Dice mi padre.

Marta lo medita un momento y luego la determinación se dibuja en sus rasgos.

"Quiero asegurar el futuro de mi familia. Así que sí, acepto cumplir la parte del acuerdo de Marcus".

Los hombros de mi padre se relajan y asiente, tranquilizado. "Bien. Entonces tenemos una boda que planificar. Empezaré a hacer los anuncios. Esto será bueno para nosotros, Martha. Te lo prometo".

Una boda, dice. Musito para mis adentros, por un momento me distraen pensamientos ociosos sobre quién podría casarse.

Entonces se me aprietan las tripas al comprenderlo. Por supuesto que no. Pienso para mis adentros.

"Xavier será un buen marido para tu hija". Dice mi padre con el orgullo acribillado en la voz.

"¿Qué quieres decir con eso?", suelto.

"¿No es evidente? Vamos a unir a nuestras familias con el método más seguro que existe. Un matrimonio".

"¿Y no pensaste que merecía opinar sobre esto?". Muerdo, conteniendo a duras penas la rabia que se me agolpa en el estómago y me hace rugir la sangre en los oídos.

Mi padre agita una mano desdeñosa.

"Estás en edad de casarte, y no has mostrado predisposición hacia ninguna jovencita de los alrededores. La hija de Marco es de buena estirpe, será una buena novia para ti".

"No quiero casarme". Reclamé.

La fría mirada de mi padre penetra hasta mi médula ósea. Me niego a retroceder, devolviéndole su fiereza con la mía.

"Harás lo que se te diga, Xavier. O habrá consecuencias. Recuerda que aún tengo otro hijo, podría fácilmente dejar a Mariano a cargo de todo".

Me contengo ante esto. Sé cuándo mi padre tiene algo en mente. Murmuro una excusa a Martha y me doy la vuelta, con pasos rápidos y la espalda rígida por la ira.

Me niego a casarme con una mocosa malcriada que ni siquiera conozco.

CAPÍTULO TRES - SERENA

Observo desde mi ventana abierta cómo mi futuro marido sale furioso del edificio principal, dirigiéndose a través del recinto y el camino de entrada hasta donde está aparcado su Cadillac negro. Murmura para sí y pateo el neumático con furia y se pasa los dedos por el pelo.

¿Por qué me resulta tan familiar? Me pregunto.

Recordando su rostro de cuando casi me lo encontré antes. Su fuerte mandíbula, sus penetrantes ojos azules y su ondulado pelo negro. Tengo la sensación de haberle conocido antes. Aunque eso es imposible, ya que solo he vuelto hace una semana,

Antes de eso, estuve alejada de la ciudad durante años y nunca llegué a conocer a Jon Casagrande, el viejo enemigo de mi padre. Me mantuvieron alejada de todo lo relacionado con la mafia. Así que es la primera vez que conozco a alguien de esa familia.

Observo cómo Xavier camina, sus largas piernas devorando el espacio, sus mocasines clavándose en el suelo debido a sus movimientos furiosos. Todo en él me parece que lo he visto antes.

Su mirada, que irradiaba peligro, hizo que me temblaran las rodillas y perdí el aliento solo de estar en su presencia. La forma en que me miraba con una fría mirada aún me produce escalofríos.

Xavier deja de caminar bruscamente y gira la cabeza. Creo que se da cuenta de que le observan. Por fin levanta la vista en dirección a la casa y nuestras miradas se cruzan. Me quedo inmóvil, con la mandíbula desencajada. La animosidad que veo en su rostro me estremece.

Permanecemos así durante casi un minuto entero. El miedo florece en mi pecho palpitante y algo más que me niego a considerar siquiera. Mi corazón se acelera y la conciencia me hace cosquillas en la piel.

Xavier rompe por fin nuestro concurso de miradas con un gruñido y se marcha en dirección a los jardines.

Sacudo la cabeza y suspiro, apoyando la barbilla en un nudillo. Por la forma en que se debilita todo mi cuerpo, bien podría haber corrido cien metros lisos.

Se me escapan lágrimas por las comisuras de los ojos. Lo siento por mi madre

porque no habrá matrimonio. Esta noche me escaparé. Xavier Casagrande tendrá que encontrar otra novia.

Planifico bien mi partida. La seguridad es laxa en la casa, pero aún hay familiares en casa. Me aseguro de que nadie me vea salir.

Tengo las maletas hechas. Solo necesito llegar a la estación de autobuses para que me lleven a la próxima ciudad, donde compraré un billete de tren y me marcharé.

La casa está en silencio cuando salgo a hurtadillas de mi habitación. Las tablas del suelo chirrían débilmente cuando paso por delante de la habitación de mi madre al bajar las escaleras.

La puerta está ligeramente entreabierta, y ella está sentada en la cama con su camisón de tartán y la bata bien ceñida por delante. Tiene el pelo recogido y una caja de pañuelos a su lado. Su mano sobre un marco con la foto de mi padre. Tiene los labios fruncidos por la tristeza.

Me detengo y la observo durante unos instantes. Quiero acercarme a ella, consolarla y compartir su dolor. Pero entonces tendría que quedarme y ser la esposa de un completo desconocido.

Por un momento, me lo planteo. ¿Sería tan malo estar casada con un heredero de la mafia? Estaría bien protegida y no me faltaría de nada. Mantendría la casa, sería una esposa obediente con mi marido y me sometería a todas sus necesidades. Pero quiero pasión y amor, no un matrimonio insípido e incoloro como el de mis padres.

Sé que mamá quería a mi padre, pero no hay duda de que podrían haber sido más felices. Y más expresivos en sus afectos mutuos.

"Espero que puedas perdonarme, mamá", susurro y le tiro un beso.

Mis pasos apenas hacen ruido mientras bajo las escaleras y salgo por la puerta principal.

Dejé instrucciones específicas para que el Uber que pedí me esperara en la carretera.

"¿A dónde señorita?" Dice el tipo alegre mientras me deslizo en el asiento trasero.

Le doy indicaciones y vigilo la casa hasta que desaparece de mi vista.

"Ya no hay vuelta atrás", murmuro.

Al día siguiente estoy en un tren hacia Brosno, un pueblecito burbujeante al oeste de nuestra ciudad. Me alojo en un motel y planeo mi próximo movimiento.

Tengo una tarjeta de crédito de mi padre que he utilizado para sacar dinero en efectivo en algunos pueblos, aunque con un poco de culpa. Pero el dinero le sobraba. Provista con efectivo no corro peligro de que me sigan la pista, puesto que ya estoy a kilómetros de distancia del último lugar donde utilicé la tarjeta de crédito.

Compro pizza, comida rápida y comida mexicana para llevar. Sé que no puedo volver a mi antigua vida porque es el primer lugar donde mirarán. Así que pienso ir a Los Ángeles y dejar que la bulliciosa ciudad de los sueños y el sol me esconda.

A los dos días de viaje, salgo a comprar patatas fritas y un hervidor eléctrico para calentar agua. El cielo está azul y soleado. El vestido de verano que llevo es amarillo brillante con flores azul claro estampadas. El escote es un poco atrevido, pero hace calor, así que no me importa enseñar un poco de piel.

Salto sintiéndome libre y feliz. El mundo es mío y estoy dispuesta a explorarlo.

Subo las escaleras, introduzco la llave en la puerta de mi habitación y la abro. Entro y enciendo las luces distraídamente, tarareando para mis adentros. Me tenso a mitad de camino cuando siento que no estoy sola. Me giro y grito cuando una figura alta e imponente se alza ante mí. El olor a sándalo y colonia impregna el aire. Me tambaleo un poco aturrida. Levanto la vista y me encuentro con unos duros ojos azules que me miran con desprecio.

"¡Xavier!", jadeo. Desmayada de alivio porque no es un ladrón cualquiera.

Sus fosas nasales se agitan. Y entonces mis emociones cambian a pavor y conmoción, porque Xavier es la persona de la que estoy huyendo. Lleva una cazadora de cuero sobre una camisa de vestir azul marino y unos vaqueros que se extienden sobre sus gruesos muslos, con unas suaves botas de cuero en los pies.

"¿Qué haces aquí?", le pregunto. Se me aprieta el pecho.

"Tu madre nos dijo que te habías escapado. Me enviaron para traer de vuelta a mi futura esposa". Dice el título con mucho desagrado. Sus ojos se encienden de furia.

Doy un paso atrás, dispuesta a correr.

"No voy a casarme contigo", le digo.

"Sí, a mí tampoco me entusiasma la idea, Missy". Dice con tono irónico.

Miro mi bolsa de viaje a los pies de la cama, mi pasaporte y mi billete de avión para mañana están dentro.

"Genial, pues déjame ir. Y puedes volver y decirles que no has podido encontrarme". Intento negociar.

Xavier me fulmina con la mirada.

"Me has avergonzado con tu actuación. Mi padre acaba de anunciar nuestro compromiso y luego nos damos la vuelta y no se te ve por ninguna parte. No pienso dejarte marchar. No cuando está en juego tanto la reputación de mi familia como la mía".

"¿Qué?", digo débilmente, apenas entendiéndole mientras lucho con la horrible comprensión de que mi libertad ha durado poco.

"No seré el tipo cuya futura esposa se fuga antes de su boda", pronuncia Xavier.

Su elección de palabras me irrita.

"¿Escapar? ¡No huyo para estar con un amante secreto! Huyo de ti". Grité.

Se cruza de brazos. Tiene la mandíbula rígida.

"No importan tus intenciones, la apariencia lo es todo y que huyas no me parece bien".

"¿Entonces qué? ¿Vas a llevarme de vuelta?"

"Sí".

"No me iré sin luchar", le advierto.

Me mira punzantemente. Es un gigante y pesa al menos dos veces mi peso corporal en puro músculo.

Tiene la mirada estridente de un cazador, sé que aunque por algún milagro consiga escapar, volverá a encontrarme.

Suspiro, mi cuerpo se desinfla de derrota.

"Ven". Dice y alarga la mano para agarrarme del brazo.

Dejo que tire de mí para acercarme y entonces, rápido como un rayo, meto la mano

en su funda y extraigo su pistola. Doy un paso atrás y le apunto directamente al pecho.

"¡Atrás!", ordeno.

Su reacción no es la que esperaba. No parece impresionado. Da un paso adelante como si le estuviera apuntando con una inofensiva pistola de agua y no con una máquina mortal que podría abrirle un agujero en el pecho con solo apretar el gatillo.

"Lo digo en serio, dispararé". Amenazo.

No se detiene hasta que la punta del cañón de la pistola toca su ancho pecho.

"Adelante. Hazlo". Me dice.

Su voz es aburrida en apariencia, pero está teñida de una excitación subyacente. Una luz loca parpadea en sus ojos.

La frialdad se extiende por mi pecho al darme cuenta de que puede querer esto. De que disfruta tambaleándose al borde de la vida y la muerte.

"Estás loco", susurro horrorizada.

"No tienes ni idea", confirma Xavier con un gruñido bajo. "Ahora, si no vas a usar eso, devuélvelo antes de que te hagas daño".

Mi mano cae entumecida a mi lado. Recupera el arma de mi inerte agarre y luego se mueve por la habitación, metiendo mi ropa en la bolsa de viaje desordenadamente.

Le observo con una desapasionada sensación de comprensión. Este es el hombre con el que me voy a casar.

Me coge del brazo y tira de mí para sacarme de la habitación y llevarme a su coche. Arroja la bolsa en el asiento trasero sin miramientos.

"Sube", ordena.

Le obedezco. Mete la llave en el motor de arranque y gira el contacto.

El motor chisporrotea débilmente y se apaga. Maldice en voz baja y lo intenta una y otra vez.

"¡Joder!" Ruge golpeando el volante.

Me estremezco ante su súbito arrebató de mal genio. Me mira, sale para abrir el capó y empieza a jugar.

El coche sigue sin arrancar.

Se da por vencido al cabo de un rato, con los dedos manchados de grasa. Se limpia la mano en un trapo. "Ven". Me ordena.

Salgo del coche preguntándome para qué podría necesitarme. Me pone una mano en el brazo y juntos nos dirigimos al despacho del gerente.

Xavier llama al timbre de la recepción con impaciencia hasta que aparece un tipo calvo y achaparrado. Una mirada a Xavier y palidece bajo su piel morena.

"Consígueme un mecánico ahora mismo", dice Xavier, brusco y autoritario.

"Vale". El gerente tartamudea.

"Estaré arriba, en la habitación 42B", dice Xavier y se da la vuelta sin decir nada más.

Me arrastra con él. Subimos y me señala la cama. Me siento, con las piernas juntas, mientras él se coloca en el único sillón, con la mandíbula apretada y una expresión poco atractiva.

"Necesito algunas cosas de mi mochila", digo tras un rato de incómodo silencio.

"¿Qué?"

"Iba a comer", explico, señalando con la cabeza las medias de la compra desechadas en el suelo. Mis fideos ramen asoman por la boca abierta.

"Pide algo", dice Xavier.

"Es un motel, no un hotel de cinco estrellas". Le respondo.

"Seguro que hay restaurantes y locales de comida rápida por los alrededores". Señala la mesa. "Eso es una guía telefónica. Llama. Además, de todas formas nos iremos pronto".

Un golpe en la puerta hace que Xavier saque su pistola y cruce la habitación hasta la puerta sin hacer ruido. Tras mirar por la mirilla, esconde la pistola a la espalda y abre la puerta.

El gerente se queda de pie empapado en sudor.

"El mecánico está fuera de la ciudad en otro trabajo, no puede venir hoy. No hasta mañana".

"Busca otra opción", dice Xavier.

"No hay otra opción, señor". Repite el director.

Xavier le fulmina con la mirada hasta que traga saliva.

"Lo juro, señor, lo he intentado".

"Asegúrate de que llegue pronto", dice Xavier y le cierra la puerta en las narices.

"Jodida mierda". Refunfuña.

Me mira. Me doy cuenta de que vamos a pasar la noche aquí juntos.

Xavier se apresura a empacar su bolsa, luego su petate y la bolsa del portátil. La bolsa de viaje me hace darme cuenta de que probablemente lleva varios días en la carretera buscándome.

Hace una docena de llamadas telefónicas, dando órdenes y escuchando informes, mientras me ignora.

Estoy ociosa y no sé qué hacer, así que enciendo la televisión y navego por los canales distraídamente. Temo que llegue la noche porque no sé cómo será nuestra forma de dormir.

Solo hay una cama. Y él es demasiado grande para ese sillón. Querrá dormir en la cama conmigo.

Xavier nos pide comida para llevar, y el encargado la trae él mismo. Es comida mexicana. Hincó el diente agradecida y me bebo tres latas de refresco.

Al final, llega la hora de prepararme para ir a la cama. Primero me ducho y luego me pongo un pantalón de chándal demasiado grande que me cuelga de las caderas y mi camiseta más grande y fea.

Xavier es el siguiente, asegurándose primero de cerrar puertas y ventanas para que no escape. Se ducha en un tiempo récord. Cuando sale, me quedo boquiabierta al ver su cuerpo expuesto. Bien podría ser un modelo, porque su cuerpo pertenece a la portada de una revista de fitness.

Tiene los pectorales hinchados, los bíceps abultados y los abdominales marcados que se flexionan y contraen mientras se seca el pelo. Las gotas de agua salpican su piel y los pantalones de algodón cuelgan de sus caderas delgadas. La huella de su polla asoma a través del fino material, y se me seca la garganta. Es tan grueso como mi antebrazo. Todo su torso está decorado con tatuajes y esculpido con músculos firmes. Tiene una cintura ceñida, y esa deliciosa "V" de su pelvis está bien pronunciada.

Xavier apenas me dedica una mirada mientras vuelve a su sillón. Me muerdo el labio inferior mientras contemplo su firme trasero. Se sienta y se concentra en su portátil. Me molesta, mullir las almohadas y tumbarme.

No es que no haya visto antes a un hombre desnudo, pero joder, Xavier es otra cosa.

Estoy sudorosa e incómoda. Odio dormir con ropa. Le echo un vistazo, sigue trabajando. Me bajo los pantalones y los dejo caer al lado de la cama.

"¿Qué haces?" Pregunta, mirándome con desconfianza.

"Tenía calor", murmuro avergonzada.

"Entonces ponte algo ligero".

Murmuro unas cuantas palabras mientras aparto las sábanas y rebusco en mi bolso. La única ropa de noche de que dispongo son camisones transparentes que apenas cubren lo esencial.

Vuelvo al cuarto de baño. Cierro la puerta tras de mí. Me quito la camisa y miro el camisón de seda que tengo en la mano, contemplando si ponérmelo o no. Antes de que pueda tomar una decisión, la puerta se abre de golpe.

Ahogo un grito y salto hacia atrás. Xavier sujeta el pomo de la puerta con la mano, con expresión de sospecha. Recorre toda la habitación hasta que sus ojos se posan finalmente en mí. Se me pone la piel de gallina y me estremezco.

"¡Qué haces, lárgate!", chasqueo, con las mejillas encendidas.

Lo único que llevo puesto son mis bragas. Mis pechos están desnudos a su vista, se sienten pesados bajo su atenta mirada. Y mis pezones están duros como piedras. Los ojos de Xavier bajan hasta ellos e inhala con fuerza. Cruzo los brazos sobre las tetas.

"Puede que intentaras escapar", dice acusándome.

Me burlo con sarcasmo.

"¿Por una ventana cuando estamos a tres pisos de altura? No soy tan tonta".

Su ceño se frunce,

"Quizá estés tan desesperada por no casarte conmigo". Dice en voz baja.

Mi pecho se agita con mi pesada respiración. Contempla mi cuerpo desnudo sin pudor, llenándose. Se acerca un paso. Retrocedo hasta que mi culo toca el lavabo,

tragándome el miedo.

Estamos solos aquí, podría tomarme si le apeteciera. Una parte de mí se excita ante la idea de que este hombre feroz me incline sobre el lavabo y me reclame. Aprieto los muslos tratando de ablandarme. Las imágenes de su enorme polla estirándome, su aliento caliente en un lado de mi cara...

Xavier se eleva sobre mí, su calor corporal me envuelve. De cerca tengo una visión clara de sus tatuajes, su cuerpo es una obra de arte. Son confusos, pero no quiero que piense que le estoy mirando, así que desvío la mirada.

Sus manos se acercan a mí y me tenso con los ojos cerrados. ¿Qué va a hacer?

"Toma, duerme en esto". Me dice.

Se me abren los párpados. Me tiende una camisa doblada. Se la cojo con cara de sorpresa.

"Está limpio, no te preocupes". Retumba. "Y es una tela ligera, así que no pasarás demasiado calor. La próxima vez elige un motel con aire acondicionado que funcione".

Se da la vuelta y me deja de pie en el cuarto de baño, más confundida que nunca.

CAPÍTULO CUATRO - MARIANO

Nuestro recinto es un hervidero de actividades. Todo el césped delantero está irreconocible, la limpia alfombra de hierba cubierta de mesas redondas y sillas de respaldo alto. Se han colocado mesas para banquetes, y los decoradores están haciendo su magia para transformar el espacio en un lugar de celebración.

Algunos hombres dan órdenes mientras se prepara una torre de champán. Lo observo todo desde el balcón con expresión divertida. Todo este alboroto se debe a que mi hermano mayor Xavier se va a casar para que podamos aliarnos con la familia de un muerto.

Menudo chiste.

De reojo, aparece alguien.

"¿Cuándo has vuelto?" Digo sin apartar los ojos del horizonte.

"Esta mañana", responde Xavier, cansado.

"¿Dónde está tu sonrojada novia a la fuga?". Me burlo.

"Arriba, en la habitación de invitados".

Me río entre dientes.

"Maldito hermano mayor. Una mirada a tu fea cara y se ha largado al monte, ¿eh?".

"Vete a la mierda", gruñe Xavier, metiéndose la mano en el bolsillo para sacar una pequeña petaca de plata. Se la regalé por su cumpleaños. No sabe que se la quité a un gilipollas al que golpeé en un bar. Da un largo trago y me la ofrece.

Acepto. Mis nudillos se crispan con el recuerdo de aplastar la nariz del propietario original bajo mi puño.

"No puedo creer que papá te obligue a hacer esto", digo limpiándome la boca con el dorso de la manga.

"Lo odio, joder", responde Xavier. "Su huida solo empeoró las cosas. Antes de que hiciera esa tontería, me quedaban al menos tres meses para casarnos. Ahora papá insiste en que celebremos la boda mañana".

"Ah, por eso hay tanta actividad en el recinto".

"Sí".

Xavier parece muy disgustado, y yo sonrío por ello. Me divierte su mal humor, aunque lo siento por él. La idea de estar unida a un desconocido de por vida me hace temblar de miedo.

"Debo admitir que siento curiosidad por esa futura esposa tuya. Se rumorea que es muy guapa", digo.

Xavier gruñe algo en voz baja. Pero me doy cuenta de que no lo niega.

"Solo una mujer para el resto de tu vida. Pobrecillo", mi voz gotea simpatía fingida.

"¿Quién dice que estoy renunciando a otras mujeres?"

Mi interés aumenta.

"Ah, ¿entonces invitarás a tu mujer a jugar? Tal vez lleve a otras más a tu cama como en los viejos tiempos...". Me detengo, con los ojos brillantes de picardía.

"Es mi mujer, no un ligue cualquiera", advierte, pero tiene una sonrisa de mala gana en los labios.

"Siempre es más divertido cuando las compartimos, hermano. ¿O la quieres solo para ti?"

Antes de que pueda responder, el sonido de unos tacones chasqueando en el suelo de linóleo nos interrumpe. Es una amiga de la familia, Felicia.

"Hola, chicos". Dice, deteniéndose cerca de nosotros, con su caro perfume saturando el aire.

"Felicia". Respondemos al mismo tiempo.

Lleva un seductor vestido negro que se ciñe a su cuerpo como una segunda piel, abrazando sus escandalosas curvas. Tiene la cadera inclinada hacia un lado y una sonrisa sensual se dibuja en sus labios.

Pienso en la morena del otro día en el club. Serena. Su impecable piel de alabastro, sus pechos suntuosos y la firme hinchazón de su culo. Me desperté y vi que ya no estaba, lo que me enfureció porque quería volver a enterrar mis pelotas dentro de ella.

Mi polla se pone tiesa y miro a Felicia con renovado interés. Xavier y yo hemos jugado con ella varias veces. Siempre está dispuesta a lo que le preparemos, nuestra pequeña zorra.

"¿Qué haces aquí?", pregunto.

"He venido por petición de tu padre. Debo diseñar y confeccionar un vestido de novia para mañana". Dirige su atención a Xavier.

"He oído que es para tu novia, Xavier. ¿Así que te vas a casar?"

"Sí".

"Qué pena. No puedo creer que estés fuera del mercado para siempre". Ella hace un bonito mohín e intenta ponerle la mano en el pecho. Él le agarra la muñeca en el aire y ella jadea, con los ojos llenos de una lujuria desenfrenada.

Le gusta duro.

"¿Qué dijimos sobre tocarnos en público?". Le pregunto.

"Lo siento".

"No vuelvas a hacerlo", dice Xavier y la aparta de un empujón. Ella se frota la muñeca, le tiembla el labio inferior.

Arquea la espalda, sus pechos sin sujetador se tensan contra el escote del vestido. Xavier y yo solíamos follárnosla cuando éramos adolescentes e íbamos al mismo instituto.

Estoy tentado de cogerla yo mismo para aliviar un poco la tensión de mi cuerpo, pero me encuentro haciendo comparaciones en mi cabeza con la morena del club, Serena, quien se escapó.

Felicia sube con mucha falta. Xavier la despide y subimos juntos.

"Serás mi padrino", dice Xavier.

"Duh", respondo con una enorme sonrisa.

Llega el día de la boda, y Xavier y yo nos vestimos con nuestros trajes. Su expresión es de resignación.

Le doy una palmada en el hombro.

"Sabes que no tienes que hacer esto, ¿verdad?"

"Es lo mejor para nuestra familia. Necesitamos la organización de Wilson para engrosar nuestras filas hasta un número formidable. Así nos aseguramos su lealtad".

Parece un robot haciéndose eco de las palabras de mi padre. Le dejo que lo haga. Mi hermano mayor siempre ha sido el estricto. Eso le convierte en el líder indiscutible entre nosotros dos y, para ser sincero, nunca he sentido celos de que la gente se remita a él en ausencia de mi padre.

Mi hermano y yo compartimos un nivel de crueldad que ha forjado un vínculo inquebrantable de entendimiento entre nosotros, que empezó cuando éramos jóvenes.

Estamos más unidos que la mayoría, le quiero con una ferocidad que no puedo explicar.

"Vamos hermano. Vamos a casarte. Tengo curiosidad por ver a la chica que se atrevió a intentar huir de nosotros". Le digo.

Se ajusta por última vez la corbata y salimos juntos, recorriendo el camino cubierto de alfombra roja entre los bancos hasta el altar, donde nos espera un sacerdote vestido de blanco y con un particular y reluciente bigote gris.

Xavier está de pie, con aspecto poderoso y premonitorio. Yo estoy detrás de él, observando la sala llena. La mayoría de los presentes son miembros de nuestras familias y un puñado de hombres que se han hecho un hueco y han ascendido.

Empieza a sonar la canción de boda, y Tommy Wilson -el hermanastro sin carácter de Marco- pasea a una chica con un resplandeciente vestido de novia y velo.

Se acerca para colocarse junto a Xavier. Noto que el ramo que lleva en la mano tiembla, pero su espalda está recta como una roca. Percibo una fuerza interior en ella. Estoy ligeramente impresionada antes incluso de verle la cara.

Comienza la ceremonia, el sacerdote dice su parte y luego les hace intercambiar los anillos.

"Puedes besar a la novia". Pronuncia.

Xavier levanta lentamente el velo para revelar el rostro que lleva días atormentando mis sueños llenos de lujuria.

Todo mi cuerpo se congela de asombro, mi corazón empieza a tamborilear a un ritmo frenético.

"Serena", murmuro.

Sus ojos giran para encontrarse con los míos y se ensanchan un poco, Xavier la atrae para darle un beso casto y se separan rápidamente. Sin embargo, noto cómo la

mano de ella permanece en la de él.

No cabe duda de que se atraen. De todas las mujeres con las que tenía que enrollarme, tenía que ser la prometida de mi hermano. El universo tiene un retorcido sentido del humor, eso está claro.

La recepción se celebra en el recinto familiar, se colocan mesas y sillas, y se utilizan flores y globos rosas como decoración. Una banda toca en directo mientras Xavier y Serena se sientan uno al lado del otro en la mesa principal, sin apenas reconocer la presencia del otro.

Serena se ha negado a mirar en mi dirección desde la iglesia. Revoloteo a propósito alrededor de su periferia, solo para jugar con ella.

Los recuerdos de cómo su apretado coñito ordeñaba mi polla rebotan en mi mente. Quiero que mi hermano la pruebe. Pero conociendo a Xavier, probablemente dormirá en el sofá mientras ella se queda en la cama. Tengo que remediarlo.

Mis ojos se iluminan cuando me viene a la mente una idea.

"Vas a tener la mejor noche de bodas, hermano. Te lo aseguro". Me susurro a mí mismo.

CAPÍTULO CINCO - XAVIER

"Parece que te vendría bien una copa", dice Mariano.

Cojo el vaso con gratitud y devuelvo el contenido, sintiendo que me quema la garganta. El calor se extiende por mi pecho y mi vientre.

"¿Te la vas a follar esta noche?", pregunta.

Frunzo el ceño.

"No".

"¿Por qué no?"

"Porque no quiero. Me molesta. Es irrespetuosa, maleducada y grosera".

"Son acusaciones muy elevadas para alguien a quien apenas conoces", dice Mariano.

"La conozco lo suficiente como para deducir estas cosas".

Seguimos hablando cuando mi polla empieza a ponerse rígida en mis pantalones. Me muevo incómodo e intento disimular el bulto de mi entrepierna.

"Qué coño". Murmuro.

Es como si mi polla hubiera adquirido mente propia. La lujuria recorre cada átomo de mi cuerpo. Y de repente soy hiperconsciente de todas las mujeres de mi entorno. Sus vestidos reveladores, sus aberturas hasta los muslos y sus escotes...

Me centro en Serena, que se mete un poco de tarta en la boca. Parte del glaseado se le queda pegado en el labio inferior, y su lengua rosada asoma para lamerlo. Gimo en voz baja, imaginando esa lengua, trabajando mi pene con pericia.

Mi polla está dolorosamente dura en este momento.

"¡Es la hora del primer baile!", anuncia el maestro de ceremonias.

"Joder". Aprieto los dientes y me meto la polla contra la cinturilla del pantalón discretamente, con la pretensión de meterme la camisa.

"¿Problemas hermano?", pregunta Mariano. Su voz está plagada de risas silenciosas.

Me vuelvo hacia él, con las cejas fruncidas por la desconfianza. ¿Podría tener algo que ver con esto?

"¡Vamos Xavier, no tenemos todo el día!", llama el maestro de ceremonias con buen humor, desviando mi atención de mi hermano.

Todos esperan expectantes, mi padre especialmente.

Serena está callada como un ratón a mi lado. Me levanto y me abrocho el traje, tirando de él con la esperanza de que al menos oculte algo.

Camino rígidamente hacia la pista de baile con Serena agarrada a mi brazo. La parte superior de su cabeza apenas roza mi barbilla. La abrazo sin que nuestros cuerpos se toquen.

Gotas de sudor salpican mi frente, aprieto los dientes e intento no hacer el ridículo. Los dedos de Serena se clavan en mis hombros cuando empiezo a dirigir el baile.

Se mueve conmigo y luego tropieza con los zapatos con un "uf" grave. La sujeto tirando de ella contra mi cuerpo. Jadea al sentir mi polla dura contra su vientre.

Levanta la vista, sus ojos buscan los míos. Me pierdo en sus suaves profundidades marrón chocolate. Mis manos se aprietan alrededor de su cintura y ella se deshace en mis brazos. Todo mi cuerpo arde, su olor es embriagador y me vuelve loco de deseo.

Sus labios se separan ligeramente y, si no me equivoco, se frota contra mi descarada erección.

Apenas me doy cuenta cuando termina la canción o cuando otros se unen a nosotros en la pista de baile. Un mechón de pelo se ha escapado de su elaborado peinado, lo aparto sin pensarlo dos veces. Sus ojos se cierran mientras se inclina hacia mí, frotando su mejilla contra mi palma como una gatita en celo.

Me recupero y doy un paso atrás dirigiéndome a mi asiento. Cruzo las piernas y no digo ni una palabra más a nadie.

Mariano baila con ella a continuación. Entrecierro los ojos al ver cómo se le calientan las mejillas y su mirada permanece baja mientras él le dice algo. ¿Qué estará tramando ahora mi hermano pequeño?

La ceremonia llega a su fin, y mi dolorida polla no disminuye ni un segundo. Cada segundo que pasa es más agonizante que el siguiente. Necesito todo el autocontrol de mi cuerpo para no agarrar a Serena, llevarla a un rincón apartado y enterrarle mi miembro

rígido hasta besar la punta de su vientre.

Llega la hora de marcharnos. Serena se ha cambiado el vestido de novia por un sencillo vestido de noche de satén dorado, con tirantes finos, escote en pico y falda acampanada.

Subimos juntos las escaleras. Vamos a pasar la noche en la casa familiar antes de ir mañana a mi casa. Es una vieja tradición familiar. Nos han preparado una habitación para los dos. Está en el último piso, con ventanas francesas que dan a un balcón con vistas a los jardines.

La luz de la luna se filtra a través de las cortinas, una ligera brisa las agita suavemente. Hay velas perfumadas con rosas en la mesa auxiliar y en el suelo, y pétalos de flores esparcidos por las sábanas. Hay una botella de champán en un cubo de hielo.

Se frota los brazos nerviosamente, mirando alrededor de la habitación. A estas alturas, apenas me aferro a mis hilos.

"Ponte cómoda. La cama es tuya".

Me encierro en el cuarto de baño, me despojo de la ropa y me meto en la ducha. El chorro de agua fría no hace nada por aliviar mi erección, solo la exacerba. Me pellizco la punta de la polla; palpita furiosamente levantando la cabeza como una cobra enfurecida.

Ya estoy bastante seguro de que Mariano debe de haberle echado a mi bebida un potenciador sexual. Hay una bella dama ahí fuera con la que ahora estoy legalmente casado. Entonces, ¿por qué estoy dudando? Normalmente, acepto lo que quiero, así que ¿por qué es diferente con ella?

Un golpe en la puerta me sobresalta y la puerta se abre. Serena está de pie, con el pelo ondulado y los ojos hirviendo por una emoción irreconocible.

"¿Estás bien?" Me pregunta. Sus ojos bajan hasta mi polla tiesa.

No es discreta al respecto. Se queda con la boca abierta mientras la mira en toda su longitud. Me pongo a mi altura, dejándola que mire hasta hartarse, mientras yo la miro como un hombre hambriento.

Cada pliegue y curva de su cuerpo bajo ese vestido me llama.

"Llevas así horas". Señala.

Hago una mueca.

"Mi hermano decidió gastarme una broma y me echó en la bebida una droga

sexual".

No sé por qué se lo dije. Quizá solo para ver su reacción.

"¿Te duele?", pregunta, frunciendo las cejas con preocupación.

Me niego a contestar. Parece preocupada.

"¿Puedo....¿Puedo ayudar?", dice. Se muerde el labio inferior y se sonroja con un profundo tono carmesí.

"¿Ayudar?", pregunto.

Se sonroja y se encoge de hombros.

"Quiero decir que ya estamos casados, así que...". Se interrumpe. Respira hondo y se lleva la mano al dobladillo del vestido. Desliza un hombro hacia abajo y luego el otro, y el vestido se le cae a los pies. Sus pechos están parados y firmes.

Serena es preciosa, una diosa de la belleza. Su cabello oscuro es sedoso y suave, su piel resplandece a la pálida luz de la luna. Tiene el coño desnudo y liso, el vientre tenso y plano. Cuida mucho su figura.

De algún modo, consigue ser atlética y a la vez femenina con esas curvas enloquecedoras.

Avanza hacia mí ofreciéndose. La bestia que llevo dentro se enciende y la acerco a mí, tomando su boca. Ella gime suavemente, devolviéndome el beso. Su mano se dirige a mi polla y la rodea con los dedos, maravillada por su grosor.

"Deja que te alivie un poco", dice, poniéndose de rodillas.

Mi cerebro casi explota.

"Aquí no". Consigo decir. Mi visión estaba nublada por una bruma de deseo.

La conduzco al dormitorio, se arrodilla delante de mí y empieza a acariciarme el pene. Sus palmas son suaves y se sienten como una nube cálida.

"¿Puedo meterme tu polla en la boca, Xavier?". Pregunta inocentemente, mirándome con ojos brillantes de anhelo. Su voz es un susurro sensual.

La visión que tengo ante mí, ella de rodillas pidiéndome permiso para chupármela, casi hace que me destroce allí mismo.

"Abre la boca", ordeno con voz tensa.

Ella hace lo que le digo. Empujo la punta de mi polla más allá de sus labios carnosos. Ella gime e intenta tragar más. Le lloran los ojos mientras lo hace.

"Utiliza también las manos", le digo.

Me chupa la punta amorosamente, acariciando con la lengua la sensible parte inferior del capuchón. Sus manos acarician expertamente mi pene con un movimiento giratorio. Sigue así durante un rato.

Echo la cabeza hacia atrás y mis pelotas se tensan al explotar en su lengua sensual. Un chorro tras otro de mi semilla se desliza por su garganta.

Se traga hasta la última gota y sigue sin descanso. Mi polla sigue dura como una piedra. Mi orgasmo ha hecho poco por apaciguar mi lujuria. Necesito estar dentro de ella. Le enredo los dedos en el pelo y la insto a ponerse en pie.

Ahora respira con dificultad. La saliva y el semen gotean de su barbilla. Tiene un aspecto delicioso. La agarro por el cuello y aprieto los labios contra ella, saboreándome en su lengua. Ella acaricia su lengua contra la mía y yo le acaricio uno de sus pechos, maravillado por la suavidad de su carne flexible como una almohada, pellizcando y tirando de sus pezones. La conduzco a la cama y la tumbo boca arriba. Me tomo un momento para admirar su hermoso cuerpo antes de empezar a besarla desde el cuello hasta el pecho. Me meto en la boca un pezón tembloroso, su grito se vuelve ronco y su espalda se inclina sobre la cama.

Sus dedos se clavan en mis hombros instándome a acercarme.

"Fóllame, por favor, Xavier. Úsame para saciar tu deseo".

Sus súplicas son como música para mis oídos. Deslizo un dedo dentro de su coño. Está empapada y lista para mí.

Me sitúo en su entrada y, con un movimiento rápido, empujo mi polla hacia dentro. Su cabeza se vuelve hacia un lado y su cara se contrae, su boca se abre en una "O" de éxtasis.

"¡Dios mío, qué grande eres!". Exclama.

Empiezo con movimientos lentos y medidos, para que se acostumbre a mi gran tamaño. Ella levanta las caderas para encontrarse con las mías, y yo aumento el ritmo de mis embestidas.

Es como un trocito de cielo. Cálida, apretada y húmeda.

Me aprieta la polla con avidez mientras la atraviesa el orgasmo. Le subo los pies a los hombros y empiezo a ir más deprisa, inclinando mis embestidas para que rocen ese punto sensible de su interior.

Se estremece y convulsiona, sus piernas tiemblan involuntariamente. En este momento soy un toro furioso, mi mente se queda en blanco centrándose solo en dos cosas. Su placer y el mío.

La pongo boca abajo y arquea el culo maravillosamente. Admiro los globos gemelos de su culo firme y le doy unos azotes, encantado de ver cómo su piel se enrojece. Su raja brilla de humedad. Una ofrenda para mí.

Le pongo una mano posesiva en la nuca para agarrarla y vuelvo a deslizarme dentro de ella. Grita contra el colchón, recibiendo cada embestida de buena gana. La embisto hasta que veo las estrellas. El sonido de nuestras carnes golpeándose llena la habitación.

Sus maullidos de éxtasis son amortiguados por el colchón. La evidencia de su excitación está por todos mis muslos mientras se corre una y otra vez. Utilizo sus pechos como asideros mientras mis embestidas se vuelven brutales. Mi orgasmo se apodera de mí de forma inesperada y rujo al vaciar mi semilla en lo más profundo de su vientre.

Salgo de ella y me desplomo sobre la cama.

Ella permanece boca abajo, con el pelo en la cara, jadeando. Nuestros cuerpos están cubiertos de una fina capa de sudor. Suspira satisfecha y se acurruca contra mí somnolienta.

Me pongo tenso, pero ella solo suspira y me acaricia el pecho. No tarda en roncar suavemente, y yo me quedo tumbado, preguntándome cómo hace apenas una semana era un hombre libre y ahora estoy en la cama abrazado a mi nueva esposa después de un sexo alucinante. Y no lo odio.

CAPÍTULO SEIS - SERENA

Me despierto del sueño lentamente. Abro los ojos. Observo mi entorno con visión borrosa. La luz de la mañana se filtra en la habitación a través de las ligeras cortinas que cubren las puertas francesas, y el leve gorjeo de los pájaros recorre ligeramente el aire. La puerta del cuarto de baño está cerrada y oigo correr la ducha.

Me estiro lánguidamente, mi cuerpo es ligero y libre. Mis músculos están relajados. El reloj digital de la mesilla de noche indica que son más de las 9 de la mañana. Por un momento me pregunto dónde estoy, y entonces todo vuelve a mí.

Mi boda y mi primera noche con Xavier. Me sonrojo al recordar más detalles. Sus besos exigentes pero sorprendentemente apasionados. La sensación de su cuerpo duro apretado contra el mío más blando. Su manera experta de manejarme y la forma en que me arrancaba un orgasmo tras otro hasta convertirme en un charco de felicidad saciada.

Me vuelvo hacia un lado, acercando las sábanas a mi alrededor. Me detengo en seco cuando me doy cuenta de que hay alguien merodeando por el lado opuesto de la cama. Casi grito, pero me detengo al darme cuenta de que solo es Mariano, vestido con un traje distinto al de ayer.

Esta mañana lleva el pelo revuelto y una ligera sombra de vello le cubre la barbilla y las mejillas. Su aspecto es como para comérselo. Pero, ¿por qué está aquí, en la habitación en la que Xavier y yo pasamos nuestra primera noche?

Mi expresión se vuelve cautelosa. Fingí no reconocerle ayer, y se portó muy bien al respecto, llamándome todavía la mejor follada que había tenido nunca, y cómo su polla seguía echando de menos mi cuerpecito apretado. Sus palabras.

Y lo triste era que mi cuerpo seguía reaccionando ante él, lo que me dejaba en un extraño estado de confusión. ¿Cómo puedo sentirme atraída por dos hermanos, y ahora que me he acostado con los dos, sé a ciencia cierta que quiero más?

Xavier es dominante, pero también un amante sensual y desinteresado. Mariano es provocador e intenso. Exigente y dadivoso.

Sacudo la cabeza para disipar los pensamientos. Ahora estoy casada con Xavier. Entre su hermano y yo no habrá nada más que cortesía, nuestra única noche juntos no será más que historia olvidada y antigua.

"Buenos días, guapa". Saluda Mariano.

"¿Qué haces aquí?", exijo en un áspero susurro, aferrando las sábanas contra mi pecho para ocultar mi cuerpo desnudo.

"Solo disfruto de la vista". Dice despreocupadamente.

"¡Fuera! Xavier está en el baño. Podría salir en cualquier momento".

A Mariano no parece molestarle esto. No sé mucho sobre Xavier, pero soy plenamente consciente de la clase de hombre que es. Si ve a otro varón en la misma habitación que su mujer desnuda, hermano o no, enloquecerá de violencia asesina.

"Mi hermano no puede culparme por mirarte, Serena. Estás impresionante. Y pareces tan bien follada". Canturrea Mariano.

Mis mejillas se calientan ante el asombro de sus ojos. Su mirada recorre mi piel.

"Y no has tenido ocasión de limpiarte, estás sucia y llena del semen de mi hermano, ¿verdad?".

Sus palabras son decadentes y tan sucias, que la humedad se acumula entre mis piernas. Me repongo.

"¡Basta!", siseo. "¿Por qué le diste una droga sexual?"

"Porque sabía que quería follar. Solo aceleré el proceso".

"¿Y si no lo hiciéramos?" Le pregunto. No me gusta nada la petulancia de su tono.

"En cualquier caso, habría hecho otro descubrimiento". Responde con un descuidado encogimiento de hombros.

Aprieto los labios en una fina línea. Si no me equivoco, parece excitado porque me he follado a su hermano. ¿Es algo que le excita?

Su expresión cambia a una de puro calor.

"Vamos, déjame verte, Serena". Ronronea.

Mi respiración se acelera, el pulso me golpea la piel.

Mariano se agacha y tira de la sábana que estoy utilizando para cubrirme. Siento que se desliza de mi agarre y no hago nada al respecto. Mis pechos están desnudos. Y luego el resto de mi cuerpo.

"Abre las piernas". Me ordena.

Hago lo que me dice. Su respiración se entrecorta.

"¿Te duele la gran polla de mi hermano? Déjame averiguarlo".

Apoya una rodilla en la cama. Sus largos dedos rozan mis muslos y luego introduce uno dentro de mí. Ahogo un gemido, mordiéndome con fuerza el labio. ¿Qué está pasando aquí?, pienso. Congelada en la agonía del placer y la pura decadencia de este acto.

"Tan mojado, joder". Mariano gime. "Mi mundo, eres un juguete tan bonito. Sabes que creía haberte imaginado aquella noche. Un segundo estaba en el cielo y al siguiente me despertaba y te habías ido como una nube de humo".

Mientras dice todo esto, sus dedos se mueven dentro de mí. Los enrosca hacia arriba y me estremezco. Sigo fingiendo que no le recuerdo de aquella noche en el club.

"Mariano", le ruego, sin estar segura de si lo digo para que se detenga o para instarle a que continúe.

"Ahora eres la mujer de mi hermano. Pero yo te tuve primero. ¿No es eso algo?"

"No lo sé", confieso jadeando.

"Los vi follar anoche, Serena".

Me tenso.

"¿Qué?"

"Sí". Asiente y sé que no miente. Por un instante, creo que hay una cámara en la habitación y que nos ha grabado.

"Hay un pasadizo secreto a través de la pared de allí". Me explica. Asintiendo con la cabeza en dirección general al otro lado de la habitación, donde cuelga un único cuadro.

"Crecí en esta casa, así que conozco todos los rincones".

Me frota el clítoris con el pulgar en lentos círculos burlones. Es difícil prestar atención a sus palabras mientras me toca así.

"Te vi chuparle la polla y luego le suplicaste que te follara. Era un espectáculo digno de contemplar. Querías ayudar a tu nuevo marido porque tenía la polla muy dura. Qué esposa tan obediente".

Me levanta una ceja.

"¿Ayudarás a tu cuñado?"

Trago saliva. Su entrepierna está abultada, su erección tensa contra la bragueta. Se desabrocha el cinturón con la mano libre. Y su polla se libera. Se me hace la boca agua al ver el tronco grueso y venoso.

"Vamos, nena. Déjame sentir tu boca. Mi hermano ha tenido el placer de follarte la boca, pero yo no. Me parece un poco injusto".

Mis manos se mueven antes de que pueda pensarlo. Envuelvo mis dedos alrededor de él. La piel de su polla está caliente. Un poco de sus fluidos gotean de la punta.

"¿Te lo has estado aguantando toda la noche?", pregunto.

"Por supuesto. Quería que fueras tú quien me satisficiera".

Empiezo a acariciarme, mientras él juguetea con mi coño. Sus dedos expertos se mueven dentro de mí, y mis ojos se ponen en blanco cuando me corro. Me acaricio más deprisa, ansiosa por llevarlo a él también al límite. El rostro de Mariano permanece estoico, con la respiración entrecortada.

Gruñe y se corre en mi mano. Su espesa semilla salpica mis nudillos y algunas gotas caen sobre mi vientre.

Me inclino hacia delante y le chupo la punta, disfrutando del sabor de su semen en mi boca.

"Joder, eres increíble". Susurra en voz baja con asombro. "Xavier y yo nos vamos a divertir mucho contigo".

Hay una promesa en su voz, no sé qué significa. Me aparto, sorprendida por lo que he hecho.

Anoche me acosté con mi marido en esta cama, y ahora acabo de darle placer a su hermano en el mismo sitio.

La ducha se apaga. Y reacciono como si me hubieran picado. Me envuelvo en las sábanas y me escabullo hacia el otro lado de la cama, lo más lejos posible de Mariano.

La reacción de Mariano es muy distinta. Se toma su tiempo para volver a meterse los pantalones. Justo cuando acaba, se abre la puerta.

Xavier aparece con una toalla alrededor de la cintura y el pelo mojado. Mira a su hermano con el ceño fruncido.

"¿Qué pasa?"

"Negocios". Mariano responde. Suave e imperturbable. "Papá quiere una reunión. Te he traído una muda". Señala con la cabeza una percha de traje colocada sobre un sillón.

Si a Xavier le molesta que su hermano esté aquí mientras yo estoy desnuda en la cama, no lo demuestra.

Atraviesa la habitación a grandes zancadas para recoger el traje. Admiro la ondulación de los músculos de su ancha espalda. No parece importarle que esté en la habitación. Mi corazón se estruja dolorosamente, anoche fue increíble, pero si vuelve a mostrarse frío e indiferente conmigo me dolerá mucho.

Se quita la toalla y empieza a ponerse el traje. Es gris marengo. Primero se pone los pantalones y se pasa el cinturón por las trabillas de la cintura. La camisa de vestir es de color blanco cáscara de huevo y observo con asombro cómo pasa de chico malo tatuado a jefe de la mafia en pocos segundos. Su ropa oculta sus tatuajes y aún no lo he visto en camiseta.

"Vamos". Le dice a Mariano y sale por la puerta sin mirar atrás.

No soy más que un accesorio invisible para él. Ha aplacado su lujuria y ahora no me necesita. Mi rostro se contrae mientras las lágrimas amenazan con derramarse de mis ojos.

"No te desanimes por su actitud, Serena". Dice Mariano. Hay simpatía en su rostro y, de algún modo, eso lo empeora.

"Vete, Mariano", digo, y me doy la vuelta, haciéndome pequeña.

El colchón se hunde y siento un suave beso en el pelo.

"Te enviaré algo de comer". Me dice. Su cálido aliento se abanica sobre un lado de mi cara.

Entonces se va. Mi corazón se siente oprimido, pero el gesto amable de Mariano me desconcierta. Contrasta mucho con su hermano. La frialdad de Xavier esta mañana también me escuece más de lo que pensaba.

Estoy atrapada en un purgatorio de emociones encontradas y solo es mi primer día de casada con la familia Casagrande.

CAPÍTULO SIETE - XAVIER

"No deberías haberla tratado así, ¿sabes?", me dice Mariano, con la voz tensa.

"¿A quién?", pregunto distraído. Me ajusto la correa del reloj mientras repaso mentalmente mi agenda del día.

Nuestros pasos resuenan en el pasillo del piso de arriba mientras caminamos hacia el despacho de nuestro padre. Las puertas bordean el pasillo.

"Ya sabes quién", responde Mariano.

Me viene a la mente Serena. Me invade una oleada de emociones complicadas. Recuerdos de sus besos suaves, de sus caricias ligeras como plumas. Su aroma embriagador, sus gritos de placer cuando la follaba con fuerza. La forma en que se aferraba a mí después, durmiendo plácidamente.

Sacudo la cabeza y reprimo mis recuerdos con firme resolución.

"¿Por qué te importa cómo trato a mi mujer, Mariano?"

"Porque es tu mujer".

"No por elección", digo.

Resopla y se quita una pelusa invisible de la manga.

"Sin embargo, te la follaste a la primera oportunidad que tuviste". Tiene un tono lascivo en la voz. Me cabrea.

Me detengo en seco, me giro y lo agarro por las solapas del traje, empujándolo contra la pared más cercana.

"Me drogaste, gilipollas. No creas que lo he olvidado. ¿Cuál era tu objetivo?" Gruño, las puntas de nuestras narices casi se tocan.

Los ojos de mi hermano pequeño son pálidos e implacables.

"Solo te di un afrodisíaco ligero", dice sin disculparse. "¿Cómo estaba? Bien, ¿verdad? Quizá la has probado y has decidido que quieres más".

Esto me saca de mi furia y le suelto. Doy un paso atrás. Su observación me toca demasiado de cerca.

Mariano se arregla la ropa. Una ligera sonrisa se dibuja en sus labios.

"Eres un capullo". Gimo.

Se encoge de hombros.

"Hice que tu noche de bodas fuera memorable".

"No había necesidad de todo eso. Mi matrimonio con Serena no es más que un medio para conseguir un fin. Me divorciaré de ella en cuanto tengamos a los soldados Wilson leales a nosotros. Ella no está aquí para quedarse".

Lo digo con una confianza que no siento.

Antes de anoche, lo tenía todo planeado al pie de la letra. Una boda rápida para guardar las apariencias y cumplir nuestro acuerdo con el difunto Marcus. Tras unos meses de tolerar a la mocosa tonta, recuperaría mi libertad.

Pero ahora, cada vez que pienso en Serena, se me aprieta el pecho y mi cuerpo vibra con una resonancia posesiva. No puedo quitármela de la cabeza.

"Papá no te permitirá que te divorcies de ella", dice Mariano. Hay una nota de resentimiento entretejida en sus palabras.

Me pregunto por qué parece preocuparse tanto por mi nueva esposa.

"No puede hacer mucho", le digo. "Además, quería este matrimonio solo para su provecho. Ya lo hemos conseguido. Los Wilson son ahora nuestros aliados y, por extensión, sus recursos y mano de obra nos pertenecen".

Mariano baja los labios con desaprobación. Sus ojos se entrecierran en finas rendijas.

"¿Y crees que casarte con su preciada princesa y desecharla después como si fuera basura, les animará a jurarnos su lealtad eterna, hermano?"

Le sonrío.

"Tengo la sensación de que podemos hacerles ver las ventajas de seguir afiliados a nuestra familia, ¿no te parece?"

Mariano no tiene oportunidad de responder. Llamo a la puerta de mi padre y la abro de un empujón.

Nuestro padre está de pie en una esquina, con las manos juntas detrás de él mirando hacia la ventana. Se vuelve hacia nosotros. Su característico ceño fruncido grabado en sus frías facciones.

"Se están gestando problemas en el Lado Este. Necesito que lo revisen". Dice sin ningún tipo de saludo.

"Sí, señor". Asiento con la cabeza.

Los ojos de mi padre giran en mi dirección.

"Tú no, Xavier. Estaba hablando con Mariano".

Mis cejas se arrugan de confusión.

"Jason se encarga de ese territorio. Yo soy el que siempre ha tratado con él".

"Quiero que se encargue Mariano. He dado mis órdenes. Tú síguelas". Señala a Mariano con la cabeza.

Luego me dice. "Tienes una nueva novia con la que ponerte cómodo. Llévala a tu casa y asegúrate de que esté bien y no le falte de nada".

Mis entrañas gorgotean de repugnancia. Me apartan de mis obligaciones para atender a una mujer que nunca pedí. Mis fosas nasales se agitan y abro la boca para hablar. Mariano me detiene con una mano en el brazo.

"Padre tiene razón, hermano". Su tono es apaciguador. Sus ojos destellan advertencia. "No te preocupes. Yo me encargo. Confía en mí".

Inclina la cabeza respetuosamente hacia mi padre y se marcha. La puerta se cierra suavemente a su paso.

"Mariano es demasiado descarado en sus tácticas. Jason no tratará con él ni una". Digo en cuanto se va.

Padre resopla con arrogancia. Jugueteando con el anillo de su dedo índice.

"Si Jason se porta mal, nos ocuparemos de él", dice.

Entrecierro los ojos ante esto. Hay una luz parpadeando tras sus ojos.

"Olvidas que nuestros efectivos se extienden por toda la ciudad". Le recuerdo. "No podemos permitirnos retirar fuerzas para concentrarnos en el extremo Este".

"Ahora tenemos a los Wilson. Por tanto, los números para hacer lo que nos dé la gana".

"¿Te precipitas al suponer que los Wilson se pondrán en su sitio solo por un acuerdo que hizo su jefe muerto!". A estas alturas casi estoy gritando. "Es demasiado

pronto para empezar a hacer movimientos tan drásticos".

"Y ya es hora de hacer una demostración de fuerza. Los Wilson se pondrán en su sitio si ven que la hija de su jefe está sana, bien cuidada y da muestras públicas de afecto a su nuevo marido, ¿no?".

Mi cara se convierte en mármol.

"¿Así que eso es lo que soy ahora? ¿Una trampa de miel? ¿Hacer feliz a la chica para que podamos exprimir los beneficios de su familia?" Intento disimular la amargura de mi voz, pero no lo consigo.

"Se me ocurren peores descripciones de trabajo, Xavier". Dice mi padre.

Cuando no respondo, suspira y se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

"Mira, necesito que hagas esto. Es solo temporal hasta que tengamos su pleno respaldo. Las cosas con ellos siguen siendo inestables, sobre todo con el hermanastro débil de Marcus, que intenta reunir a una facción para oponerse al liderazgo de Serena en la familia".

Esto es nuevo para mí.

"Entonces hay que sacarlo". Reclamo.

"Pronto. Por ahora, cuida de tu mujer". Mete la mano en el cajón de su escritorio y saca su elegante estuche plateado de puros.

Ha terminado de hablar conmigo. Quiero discutir, pero ¿para qué? Estoy haciendo mi parte en el gran esquema de las cosas.

Serena está callada durante la mayor parte del trayecto hasta mi casa. No me ha dicho ni una palabra desde que le informé de que nos iríamos. Solo hizo un movimiento brusco con la cabeza para indicar que me había oído y eso fue todo.

Tiene las piernas enroscadas debajo de ella, con las rodillas en dirección opuesta a mí. Lleva vaqueros y un suave jersey de cachemira. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado y la luz del sol se entrelaza con sus mechones oscuros.

Apoya la mejilla en la palma de la mano mientras mira por la ventana con expresión desolada.

"Estamos aquí", digo.

Giro por una calle apartada que conduce a la puerta de mi finca, al detenerme y marcar el código, la entrada se abre de golpe.

"Oh, vaya". Dice, incorporándose. Es la primera señal de vida que veo desde esta mañana.

Está reaccionando ante la hermosa estructura que tiene delante. Yo florezco de orgullo, hinchando el pecho.

Mi casa es un bungalow de piedra gris con vigas bajas sostenidas por gruesos pilares y altas ventanas de cristal y puertas correderas. Hay un porche envolvente y un garaje adosados al edificio principal. El césped delantero es liso y un seto de hierba bordea el camino de entrada.

Mis neumáticos crujen contra la calzada cubierta de grava cuando me detengo. Salgo y doy la vuelta para abrir su puerta.

Serena se cruza de brazos y me mira con el ceño fruncido.

"No vas a intentar llevarme a cuestas por el porche, ¿verdad?"

"No", respondo frunciendo el ceño. ¿Por qué se le ocurrió eso?

Sale del vehículo y me roza para subir las escaleras. Me llega a la nariz una bocanada de su champú. Es una agradable mezcla de melocotón y lavanda. Admiro la forma en que los vaqueros se amoldan a su espectacular culo y mi polla se estremece.

La sigo, abro la puerta principal y la hago pasar. Lo observa todo con una expresión extraña en el rostro. El espacio abierto del salón, mi sofá bajo de color crema y la otomana junto a la mesa de centro de madera de teca.

Mi televisor y mi equipo de sonido de última generación también le llaman la atención, así como mi pila de revistas sobre la mesa del comedor.

"Esto es bonito", dice Serena.

Gruño una respuesta ininteligible y digo. "Deja que te acompañe a tu habitación".

"De acuerdo".

Atravesamos el pasillo y nos detenemos ante la puerta. El dormitorio de invitados es sencillo, con papel pintado de blanco y edredones y cubrecamas gris paloma. También hay una mesa y una silla junto a la cama.

"Puedes redecorar como quieras", le digo.

Serena asiente y se deja caer en la cama con un suspiro. Se masajea el cuello con un gemido bajo.

"¿Estás bien?" Le pregunto con una leve arruga de preocupación en el entrecejo.

"Sí. Supongo que por fin me estoy dando cuenta de que esta es mi vida ahora".

La resignación en su voz me estremece.

"No lo haré más insoportable de lo que tiene que ser. Me apartaré de tu camino". Chasqueo dejando caer sus bolsas al suelo.

Mira en mi dirección con expresión perpleja.

"Eso no es lo que quiero, Xavier", dice ella. "¿Y por qué estás enfadado? Tengo derecho a procesar esta montaña rusa de acontecimientos. ¿Y no ayuda el hecho de que tenga un marido poco entusiasta añadido a la mezcla?".

"¿Qué quieres decir?"

"Apenas me has dirigido la palabra esta mañana".

Permanezco en silencio. No me atrevo a hablar. Esto solo sirve para agitar aún más a Serena, que me señala con el dedo.

"Anoche nos acostamos. Y al día siguiente me tratas como a un mueble. Ignorándome como si fuera una puta barata por la que has pagado".

Hay dolor en su voz. Y en lugar de reconocer que he actuado mal, frunzo el ceño y me pongo a la defensiva. ¿Cree que es la única a la que han metido en este matrimonio sin avisar?

"Y estamos casados". Serena continúa, totalmente ajena a mis cambios de humor. "¿No deberíamos repasar algunas cosas? Ver cómo podemos controlar los excesos del otro".

Me burlo de ella.

¿"Algunas cosas" como qué? Eres mi esposa. Entregarte a mí es tu deber. Cuando quiera mi satisfacción, la tomaré".

Ella se echa atrás. Su rostro se llena de rabia y su pecho se agita.

"No soy una esclava sexual".

Le sonrío.

"¿Ah, sí? ¿Por eso temblabas de placer anoche?"

Estoy siendo cruel, lo sé. Pero no puedo permitir que vea lo mucho que me afectó una noche con ella. Lo mucho que mi cuerpo ansía la suavidad de su piel y el calor de sus muslos.

Serena me fulmina con la mirada, se pone en pie y se quita el jersey. Sus pechos están envueltos en un sujetador de encaje transparente, rojo. Se le ven los pezones a través de la tela.

Extiende las manos como una ofrenda. Burlonamente.

"¿Mi marido quiere follar antes de cenar?"

Está siendo sarcástica y sin duda me está provocando. Pero no me importa. La visión de esos pechos suntuosos me hace perder toda lógica y solo veo una neblina de lujuria.

Mi polla cobra vida. La ira me recorre. "Tu boca sabelotodo te meterá en muchos problemas".

Ella se burla. "Oh, por favor".

Suelto un gruñido bajo y me acerco a ella a zancadas. Le rodeo el cuello con los dedos. Aprieto ligeramente y la arrastro hasta que nuestras narices casi se tocan.

"No creas ni por un segundo que vas a provocarme sin consecuencias".

"Haz lo que puedas". Jadea. Sus ojos brillan con desafío y lujuria. Su cuerpo se funde contra el mío, reaccionando al peligro de mi voz.

Ella quiere esto. Me doy cuenta. Quiere que me la folle otra vez. Este descubrimiento rompe mi control.

Aplasto mis labios contra los suyos y ella inspira bruscamente, un pequeño gemido escapa de su garganta. Sus manos bajan de mi pecho y van a la cintura de mis pantalones, y tira impacientemente.

Me retiro, sujetando su mandíbula entre el pulgar y el índice.

"Ruega por mi polla". Le digo.

Serena no duda.

"Quiero tu polla, Xavier. Por favor".

Casi se me doblan las rodillas por esas palabras. Aprieto la mandíbula y la empujo de nuevo sobre la cama. Ella rebota un poco y se aparta el pelo de los ojos. Sus piernas se levantan y sus talones se clavan en el colchón.

Me pongo sobre ella; tiene el estómago metido como si contuviera la respiración.

Le quito los vaqueros y le arranco las bragas con un movimiento rápido, dejando al descubierto su resbaladizo coño rosado. Se sacude y sus ojos se llenan de oscuro deseo.

Libero mi longitud y me sumerjo en ella sin vacilar. Ella grita y me rodea la cintura con las piernas. Su coño recibe mi polla con un abrazo húmedo y apretado.

"Te odio, joder, Xavier. Te odio muchísimo", grita.

Me río sin gracia.

"Bien".

Respondo y empiezo a empujar con fuerza. Veo cómo sus pechos se agitan con cada movimiento. Los pezones sonrosados son puntas apretadas. Los utilizo como asas, agarrando y empujando profundamente.

Serena se rompe debajo de mí, sollozando su orgasmo. Sus gritos de placer me empujan hacia la cima.

"Joder". Gimo mientras vacío mi semilla dentro de ella.

Mi polla palpita dentro de ella mientras me ordeña.

Respirando con dificultad, me quito de encima de ella, me pongo los pantalones y me subo la cremallera.

"Saldré a comprobar algunas cosas. Ten lista la cena para cuando vuelva a casa".

Serena se sienta, levanta las piernas y apoya la barbilla en las rodillas.

"¿Comeremos juntos?", pregunta ella.

Esta pregunta me sorprende, y la miro. Me doy cuenta de que no me importaría cenar con ella.

"Sí, cenaremos juntos". Me giro para irme y me detengo en la puerta.

Colocando una palma en el poste de la puerta digo. "No eres solo un objeto sexual. Puedes hacer lo que quieras. Lo digo en serio. Intentaré no ser demasiado gilipollas. Y te

pido disculpas por cómo te he tratado esta mañana. No estoy acostumbrado a tener a una mujer en mi espacio, no durante toda una noche y nunca hasta la mañana siguiente. Pero dormir a tu lado fue... fue agradable".

Me alejo antes de que pueda responder.

CAPÍTULO OCTAVO - MARIANO

Me tambaleo hacia mi coche, que está aparcado en un callejón. Apenas puedo ver por el ojo izquierdo. Lo tengo hinchado. Me duele la cabeza con un latido insistente y la vista se me nubla a cada paso que doy.

"Maldito Jason", grité. Esos hijos de puta del East End tuvieron los cojones de abalanzarse sobre mí cuando exigí revisar sus libros contables. Nada más entrar, supe que algo olía mal. Mis instintos me gritaban.

Jason, un tipo fornido con la barbilla hendida y el pelo rizado y pelirrojo, tuvo la osadía de decir que no tenía nada que enseñarme. Y cuando le llamé cretino pomposo, dio el primer puñetazo y ordenó a sus chicos que me dieran una lección.

Por desgracia para ellos, nunca voy a ninguna parte sin mis anillos de nudillos o mi pistola. Golpeé un par de cabezas y aplasté unas cuantas narices antes de que alguien me golpeara con un bate de béisbol y apenas tuviera tiempo de agacharme. Me dio en un lado de la cara antes de que disparara un tiro de advertencia al aire y me largara de allí.

Marco la línea de Xavier por enésima vez. No responde y resoplo frustrado, abro el coche y me estiro en el asiento trasero, respirando hondo. Espero a que el mundo deje de girar mientras intento planear mi próximo movimiento.

No me fío de los hospitales y soy un paranoico de mierda. Tengo que avisar a Xavier. Si me han tocado, estarán enviando un mensaje claro a mi padre. Hago acopio de fuerzas y me incorporo, con luces brillantes parpadeando detrás de mis párpados.

Consigo arrastrarme por encima de la palanca de cambios y me desplomo sobre el asiento del conductor. La luz de la farola del otro lado de la calle me ayuda a echar un vistazo al interior del coche. Cuando veo que algo de sangre ha manchado la tapicería de cuero crema, juro fuego y azufre.

Arranco el coche y me dirijo hacia la casa de Xavier. Me detengo en la puerta para introducir su código. Cuando me acerco a su entrada, me doy cuenta de que su coche no está. Pero la luz del porche está encendida, lo que significa que Serena estará en casa.

Subo los escalones de la entrada y me apoyo en el manto de la puerta mientras toco el timbre. Serena tarda unos instantes en salir. Abre ligeramente la puerta y se asoma como una cierva asustada. Lleva un ligero vestido turquesa de algodón.

Mira confundida a través del pequeño resquicio de la puerta. Le sonrío y sus ojos se abren como cacerolas.

"¡Mariano! ¿Qué te ha pasado?"

Abre más la puerta para mirarme bien. Dejando al descubierto el resto de su vestido. A pesar de mi estado, silbo en voz baja. Joder, qué buena está esta chica. El escote pronunciado, la cintura ceñida y el pelo largo y oscuro que le cae por los hombros y la espalda en ondas rizadas casi me hacen olvidar lo mal que me siento.

"Hola, preciosa. No te preocupes, no es tan malo como parece", susurro.

Me frunce el ceño y se apresura a pasarme un brazo por la cintura para sostenerme.

"Vamos a meterte dentro".

Su teta me presiona las costillas, y yo, discretamente, entierro la nariz en su pelo e inhalo.

"Hueles de maravilla", le digo.

Murmura algo incoherente y me ayuda a atravesar el vestíbulo hasta el salón. Hago una mueca de dolor mientras me relajo en el sofá. Tengo la cabeza apoyada en el respaldo.

Serena desaparece por el pasillo de la izquierda y pronto regresa con una bolsa de plástico llena de trocitos de hielo junto con una toalla húmeda, un poco de algodón y un antiséptico.

El cojín se hunde mientras ella se sienta a mi lado. Presiona el hielo contra mi ojo. Me limpia la sangre de las mejillas con una toalla húmeda. Luego empapa el algodón con antiséptico y empieza a limpiarme los cortes de la cara. Cuando llega al corte del labio, siseo de dolor.

Sus cejas se arrugan.

"Lo siento", susurra.

Aprieto los dientes y asiento con la cabeza. Ella continúa secándose suavemente. En su piel hay ligeros rastros de transpiración. Quiero lamérselos y luego liberar esos succulentos pechos de los confines de ese vestido. Sus duros pezones me provocan con cada movimiento que hace.

"¿Qué ha pasado?", pregunta Serena, sacándome de mis sucios pensamientos.

"Lo de siempre. No me gustó lo que dijo un tipo, así que le di un puñetazo en la cara, y entonces sus amigos se cabrearon y me devolvieron el puñetazo".

La expresión de la cara de Serena me dice que no le hace ninguna gracia.

"No debes meterte en peleas de las que no puedas salir".

"Puedo cuidarme sola. Además, no he ido buscando problemas. Tenía que discutir algo con uno de nuestros socios comerciales y las cosas se me fueron de las manos".

Serena hace una pausa, con la cabeza ladeada.

"¿Te ha hecho esto uno de los contactos de tu padre?", pregunta sorprendida.

"Sí".

"Eso es buscarse problemas. ¿Cómo vas a responder?"

"¿Qué te parece?"

Se muerde el labio y permanece en silencio. Hay cálculo en sus ojos. Algo me dice que es más lista de lo que parece por lo rápido que evalúa la situación.

Olfateo ligeramente el aire.

"¿Estás cocinando?"

"¡Maldita sea!" Exclama corriendo hacia la cocina con pasos rápidos y urgentes.

Me pongo en pie, balanceándome un poco. La hinchazón ha bajado un poco, lo suficiente para que pueda ver por el ojo. Sigo sujetándome la bolsa de hielo en la cabeza mientras me dirijo a la cocina.

Serena es un frenesí de movimientos borrosos. Está ocupada corriendo de una encimera a otra, abriendo armarios, sacando ingredientes y cogiendo un cucharón para remover una olla burbujeante en la cocina eléctrica.

Detecto olores de romero, nuez moscada y ajo. Mi estómago ruge con fuerza. No he comido nada en todo el día, salvo un perrito caliente hace un rato.

Serena se lleva la paleta humeante a la boca y sopla suavemente antes de probarla. Se chasquea los labios con aire pensativo. Sus labios se tuercen en contemplación y hay una mirada lejana en sus ojos.

"Ven a probar esto". Me dice tendiéndome el cucharón.

Le hago caso. Me acerco hasta que su hombro roza mi bíceps. Tomo un bocado

tentativo y estalla una explosión de sabores en mi lengua.

"Maldita Serena. No sabía que pudieras cocinar así". Me maravillo. Le quito el cucharón y cojo otra ración de salsa.

"Cuidado, no te quemes la lengua". Dice y luego: "¿No crees que necesita más sal?".

"Está perfecto", la tranquilizo. Luego vuelvo a tapar la olla, apoyo la cadera en la encimera y cruzo los brazos. "¿Qué se celebra?"

"Xavier ha pedido cenar", dice Serena.

"Oh. ¿Es eso lo que estás haciendo ahora?"

Ella se encoge de hombros. "Estoy intentando acostumbrarme a ser su esposa. Supongo que cocinar es una pequeña parte de ello".

Se detiene y se frota los brazos desnudos. Una pizca de rubor mancha sus dos mejillas. Su delación es evidente. Xavier y ella han vuelto a follar.

Sonrío.

"Sabes que no deberías tenerle miedo", digo en voz alta. Serena levanta una ceja en señal de pregunta.

"Sé que es un cabrón gruñón, pero puede ser razonable cuando se le aborda de la forma adecuada".

"¿Siempre han sido muy unidos?", me pregunta. Ya se ha dado cuenta de la dinámica que hay entre nosotros. Es una chica observadora.

"Sí. Siempre me ha cuidado como mi hermano mayor. Y yo cuido de él lo mejor que puedo. Lo compartimos todo".

Serena me llama la atención cuando digo esto último. Veo un destello de curiosidad en el fondo oscuro de sus ojos. Me pregunto si estará pensando en los límites de lo que mi hermano y yo podemos compartir. Sus ojos se desvían hacia mis labios y ella responde con un gesto mientras sus mejillas se ruborizan. Quiero saber qué pasa por su cabeza.

Se recupera rápidamente y da un paso atrás.

"Deberías estar descansando". Dice mirando a su alrededor y evitando mi mirada.

"Estoy bien. Solo necesito un trago fuerte y algunos analgésicos".

"No voy a tolerar eso. Ve a sentarte. Te serviré un plato y luego te traeré esos analgésicos".

Me doy cuenta de que no dice nada sobre la bebida. Pero sé dónde guarda Xavier su licor, así que mientras ella está ocupada en la cocina, me acerco a su licorera, me sirvo un vaso generosamente lleno de Vermont y me acomodo en el sofá.

El líquido es amargo y me quema la garganta, pero difunde un calor acogedor por mis miembros. El dolor de cabeza se ha reducido a un leve latido. Estoy acostumbrada al dolor. De hecho, disfruto bastante con esa sensación.

Serena vuelve con una bandeja y, cuando ve el vaso en mi mano, frunce los labios con desaprobación.

Deja la bandeja sobre la mesilla. Hay una gran ración de pasta y salsa con un trozo de pan moreno aún caliente del horno, y un plato de ensalada. Al lado hay una botella de agua fría y un pequeño envase de Advil.

"Gracias", digo y cojo el analgésico. Me da un golpe seco en el dorso de la mano.

"Come primero. Luego toma tu medicina".

Le gruño, pero no se echa atrás. Me lanza una mirada que promete castigo si no obedezco. Me pone cachondo.

"Eres muy guapa, ya lo sabes", le canturreo.

Serena sacude la cabeza, su voz es irónica cuando dice: "¿Estás borracho?".

"No".

Gruño y obedientemente me zampo la deliciosa comida.

"Joder, qué bueno está esto", murmuro entre bocado y bocado. Limpio el plato con el último trozo de pan.

Serena coge la botella y desenrosca el tapón para servirme un poco de agua. Noto que le tiembla la mano. Alargo la mano para sujetarla. En el momento en que nuestras pieles se tocan, las dos nos estremecemos, y una descarga de electricidad viaja entre nosotras.

Mis dedos permanecen en su brazo. Acaricio la suave piel con el pulgar y ella se estremece. La beso antes de saber lo que hago. Atrapo esos labios de capullo de rosa entre los míos. Ella devuelve el beso con fervor, acariciando su lengua contra la mía y rodeándome el cuello con los brazos. Mi mano se dirige a su cintura, guiándola hasta

que se tumba boca arriba.

"Espera, para". Serena jadea y se aparta jadeando con fuerza. Se echa hacia atrás, asustada. "Mira, no sé qué está pasando aquí, pero tiene que parar. Estoy casada con tu hermano mayor".

Aprieto los dientes y me paso los dedos por el pelo.

"Tú y yo tenemos química, Serena. No lo niegues", le digo.

Necesito estar dentro de ella. Necesito que sienta esta locura salvaje que siento siempre que estoy en su presencia. Supera la lujuria y entra en un territorio de posesividad y propiedad.

Deslizo la mano por su falda. Tiembla, pero no me detiene. Descubro que no lleva bragas y gimo internamente. Está resbaladiza de excitación. Le froto suavemente el trasero. Se muerde el labio para reprimir los suaves e imperceptibles sonidos de placer que se le escapan.

La cojo de la mano y tiro de ella hasta que me sigue, servil y obediente. Hago que se sienta a horcajadas sobre mí y tiro de su vestido hacia abajo hasta que caen sus pechos cremosos y llenos. Me meto en la boca un pezón sonrosado y lo chupo. Ella gime y me toca la nuca. Me acerca. Rechina descaradamente contra mi entrepierna con lujuria gratuita.

La chupo durante un buen rato. No me canso de pellizcarle los pezones y hacerlos rodar entre mis dedos.

Las manos de Serena se dirigen a mi cinturón y, con dedos hábiles, lo desabrocha y libera mi longitud de los constreñidos confines de mis pantalones. Mi polla se estremece, gruesa, venosa y orgullosa.

Los ojos de Serena están llenos de lujuria. Se levanta la falda y empieza a restregarse por mi pene. Me provoca con su humedad resbaladiza mientras se prepara para la penetración.

gimo. Sigo masajeando y jugueteando con sus pezones. Parece una diosa. Una valquiria viene a reclamar mi alma. Me agarra por delante de la camisa y levanta las caderas. Mi punta entra en ella y ambos gemimos mientras me toma centímetro a centímetro deliciosamente.

Echa la cabeza hacia atrás. Se sienta hasta la empuñadura. Su coño se adapta perfectamente a mi polla. Quiero agarrarla por las caderas y embestirla una y otra vez,

pero mantengo la calma.

Necesita aceptarlo, tener el control durante este momento. Respira hondo, con los ojos cerrados y las cejas fruncidas en señal de concentración mientras se adapta a la posición.

Serena empieza a moverse. Mueve las caderas de una forma embriagadora que me hace ver las estrellas. Su cuerpo es ágil y flexible mientras me cabalga. Arquea la espalda y saca pecho. Tiene el pelo revuelto y me hace cosquillas en los hombros mientras mantiene un ritmo lento.

"Mariano". Gime con voz entrecortada.

"Así es, nena", gruño, con la voz tensa e inestable. "Di mi nombre mientras cabalgas mi polla. Dime cuánto te gusta".

"Me encanta". Maúlla, impotente. Su interior masajea mi polla. Me aprieta la polla cuando empieza a acelerar el ritmo.

"Fóllame, por favor". Me dice.

Sin más preámbulos, la agarro por la cintura y empiezo a follármela en serio.

Grita, alarmada, y se aferra a mí con todas sus fuerzas mientras la penetro con salvajes embestidas. La reclamo centímetro a centímetro hasta que se funde conmigo. Su orgasmo es salvaje y desenfrenado.

Tiembla y vibra al correrse. Sus gritos llenan la habitación. Mi pene se tensa mientras gimo y la follo con más fuerza. El semen brota de mi punta y rujo de éxtasis. La lleno con mi semilla.

Cierro los ojos durante largos instantes, jadeando y recuperándome. Los abro, acariciando el pelo de Serena. Me mira con ojos suaves y vulnerables. Los labios hinchados y rosados.

"Perfección", susurro. Reverencia en mi tono.

Un pequeño ruido desvía mi atención de su rostro y mis ojos se desvían hacia la entrada arqueada que conduce al vestíbulo. Xavier está allí, con los ojos muy abiertos, las fosas nasales dilatadas y los nudillos apretados. Su respiración se entrecorta violentamente. Y hay muerte y asesinato en sus ojos.

No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva ahí de pie. Quizá me equivoqué. Quizá no quiera compartirla. En ese caso, tengo muchos problemas.

CAPÍTULO NUEVE - XAVIER

Muchas cosas pasan por mi cabeza en este momento. Mis ojos permanecen pegados a los de Mariano. Hay una pregunta en sus ojos. No es arrepentimiento por haberme follado a mi nueva mujer, solo una leve curiosidad, como si estuviera esperando a ver qué hago.

Serena, que aún no se ha percatado de mi presencia, permanece sentada en su regazo. Aún se está recuperando de su orgasmo. Era ruidosa y salvaje. Cabalgándole hasta el olvido sin importarle nada. Y sentí que mi pecho se rompía en mil pedazos.

Se suponía que íbamos a cenar juntos, joder. Incluso le compré chocolate y helado. La bolsa de papel en la que estaban se me cayó de la mano cuando los vi juntos. Eso fue lo que atrajo la atención de Mariano hacia mí.

"Quítate, Serena", dice Mariano con calma, como si le pidiera que le pasara la sal en la mesa.

"¿Qué?"

"Quítate. Ahora".

Ella se tensa.

"De acuerdo". Ella dice con voz de palo, dolida en su voz e inmediatamente se aparta de él, se levanta y se endereza la falda. Sus pechos siguen libres del escote. Mariano se pone lentamente en pie.

"Xavier. No necesita estar aquí para esto". Dice aplacándose. Con una palma levantada mientras utiliza la otra para volver a meterse la polla flácida en los pantalones.

Serena salta como si la hubieran picado y se vuelve lentamente, con los ojos abiertos como un ciervo sorprendido por los faros. En cuanto me ve, se lleva la mano a la boca y se inclina hacia delante como si le hubieran dado un puñetazo en las tripas.

"Dios mío". Se lamenta.

"¿Cuánto tiempo lleva pasando esto?", pregunto con la voz cargada de rabia.

"¿Eso es importante?", pregunta Mariano con arrogancia.

"Pues joder, sí que es importante. Necesito una explicación ya".

"La primera vez fue antes de conocerla. Ni siquiera sabía quién era. Fue en el club

Dolphin, un rollo de una noche".

"¿Y cuándo la volviste a ver después no te pareció prudente informarme de que te habías follado antes a mi futura esposa?". Gruño.

"¿Habría cambiado algo?"

"No te enfades".

Mariano se atreve a sonreír. Me doy cuenta de que tiene unos cuantos cortes recientes por toda la cara y el ojo izquierdo hinchado. Debe de haberse peleado recientemente.

Dejo caer la chaqueta del traje al suelo y me remango. Mariano me observa con el cuerpo erguido y alerta.

"Te voy a dar una paliza, cabrón".

"¿Qué esperas? Gruñe, cerrando los puños.

Salto hacia delante, finto con un gancho de izquierda y, cuando se mueve para bloquearme, golpeo con la derecha y le doy de lleno en la mandíbula. El sonido de carne golpeando carne resuena en el aire.

Mariano se tambalea hacia atrás y yo le doy una rápida patada en la tripa. Cae y vuelve a levantarse con un golpe en el estómago. Se me escapa el aire y resoplo un poco.

"¡Hijo de puta!", rujo.

Serena grita y se precipita hacia delante, intentando colocarse entre nosotros.

"Xavier, por favor", dice Serena, con las manos extendidas y los pechos aun colgando del escote del top. Estoy confuso por lo excitado que me he sentido viendo cómo Mariano se la follaba sin piedad. Ya habíamos tenido mujeres juntos antes.

Es algo que siempre hemos hecho. Somos prácticamente gemelos. Pero es mi mujer. Debería haberlo sabido.

"Tú no te metas en esto, llegaré a ti en un minuto". Le digo a Serena. Mi voz está fría por la furia.

Retrocede un paso, pero se mantiene resueltamente fija entre mi hermano y yo.

"No le castigues solo a él por algo que hicimos los dos. Castígame a mí también. Si te lo permito, le matarás".

"¡Eso le pasa por follarse a mi mujer en mi casa!". Rujo.

Paso junto a ella y aprieta su cuerpo contra el mío. Su cuerpo suave contra el mío tenso y furioso.

"No. Por favor". Súplica, con los ojos llenos de lágrimas. "Lo siento, Xavier. No sé por qué lo hice. Por favor, no le hagas daño".

Siento como si me atravesaran el corazón con un clavo caliente. Me tenso de dolor.

"¿Es eso entonces? ¿Dos de ustedes contra mí? ¿Es un complot?", le pregunto.

Serena sacude la cabeza con vehemencia. Sus rizos vuelan en todas direcciones.

"¡No!" Dice ella.

Intento calmarme. No puedo ponerle la mano encima a Serena cuando estoy en este estado, y ella no se mueve. Retrocedo, con el ceño fruncido y amenazador. Serena me mira asustada.

"Me has quitado lo que es mío", le digo a Mariano, que ha conseguido ponerse en pie. Se agarra las costillas con una mano.

Se limpia la boca con el hombro.

"Yo la tuve primero". Replica, con el pelo revuelto.

"A la mierda". Gruño. Dispuesto a lanzarme de nuevo contra él.

"¡Paren los dos!"

"Dime, ¿quién te gustaba más? ¿Yo o él?", reclamo, avanzando a grandes zancadas y agarrándola de la barbilla para obligarla a mirarme.

"No lo sé".

"Eso no es una respuesta".

"Me gustan los dos. Es que..." Sacude la cabeza y se muerde el labio.

"No puedes estar follándote a dos hermanos y no tener un favorito. Dímelo". Le exijo.

"Los quiero a los dos. No sé qué más decir". Admite con un sollozo ahogado. "Solo sé que si dejo que peleen, se van a matar. Y la idea de perder a uno de ustedes es más de lo que puedo soportar".

"Tonterías. ¿Sabes qué? Ya que no quieres que castigue a mi hermano, quizá

debería aceptar tu oferta y castigarte a ti en su lugar".

"Haré lo que sea", dice Serena inmediatamente. Le tiembla el labio inferior mientras me mira con ojos brillantes. Tiene las pestañas enredadas y húmedas de lágrimas.

"¡Te vas a quedar ahí sentado, mirando, cabrón!", gruño a Mariano.

Aprieta los dientes, pero permanece donde está. Me hace un gesto brusco con la cabeza.

"De rodillas", le ordeno a Serena.

Cae al suelo inmediatamente. Las manos juntas delante de ella.

Me saco la polla. A estas alturas está muy dura. Ni siquiera sé lo que estoy haciendo. Ahora es como si estuviéramos jugando a un juego. Cada uno de nosotros tiene un papel dedicado.

Serena me acaricia la polla lentamente. "¿Qué quieres que haga?"

"Abre la boca. Voy a ahogarte con mi polla".

Hace lo que le digo. Y yo le meto la polla hasta el fondo de la boca, apenas puede pasar el capuchón entre los dientes y le lloran los ojos por el esfuerzo.

"Mírate. Apenas puedes con una polla enorme, y, sin embargo, quieres dos a la vez". Digo con la voz ronca.

Gime y se frota los muslos. La dureza de mi voz la excita. Miro a Mariano. La está mirando chupármela con una oscura lujuria en los ojos. Se lleva la mano al bulto de su entrepierna y se pellizca la punta de la polla.

Se encuentra con mi mirada, y un entendimiento pasa entre nosotros.

"¿Qué dices, Mariano? Veamos si puede chupar dos pollas a la vez". Le digo.

Mariano sonrío, con los ojos ardientes. Viene a ponerse a mi lado y se abre la bragueta.

Su dura polla sale disparada y apunta en dirección a Serena.

"Sé una buena chica y chúpanos la polla a los dos".

Serena coge su polla con la otra mano. La acaricia mientras chupa la mía. Luego dirige su atención a la polla de Mariano y esparce su saliva por todo su tronco.

Verla acariciar amorosamente la polla de mi hermano con su suave lengua rosada me excita muchísimo y me llena de potente lujuria.

La agarro del pelo y tiro de ella hacia arriba. La conduzco al sofá para que se recueste.

"Sigue chupándole la polla". Le ordeno. Abre las piernas.

Está empapada y la prueba de su cita con mi hermano está por todos sus muslos. Me aferro a su clítoris y ella gime alrededor de la polla de Mariano. Él le aparta el pelo de la cara.

Serena gime con fuerza mientras le lamo y succiono su preciosa vulva. Voy sintiendo como sus piernas empiezan a temblar y, cuando sé que está a punto de alcanzar el clímax, me aparto.

Jadea y agita las caderas buscando mi lengua.

"Solo te corres cuando yo digo que puedes correrte", gruño.

Se retuerce y me suplica con voz sensual.

"Xavier, por favor".

Le chasqueo la lengua.

"Eso te pasa por follarte a mi hermano a mis espaldas".

Llora, suplica y ruega. Me niego a ceder. Le acaricio el clítoris con el dedo índice. Su espalda se despegas del sofá y levanta las caderas, clavando los talones en el suelo.

"Cállala, Mariano", le digo.

Y sonrío. "Con mucho gusto". Y dirige de nuevo la boca de ella hacia la polla de él.

Serena chupa obedientemente, haciendo girar la lengua alrededor de la punta de su polla. Se aparta acariciándole el tronco. Tiene los dientes hundidos en el labio inferior.

"Por favor, Xavier". Vuelve a suplicar. Su voz está cargada de lujuria.

Gruño en voz baja. Necesito estar dentro de ese coñito apretado.

Le echo la pierna por encima del hombro y la penetro con una gran embestida. Serena grita de placer. Empiezo a follarla en serio.

Alterno entre jugar con su clítoris y moldear sus pechos perfectos y llenos en mis palmas. Está sin aliento de tanto suplicar. Inclino mis embestidas para rozar ese punto

sensible de su interior.

Ella se convulsiona y yo la saco.

"¡Xavier no!" Maúlla. Se revuelve.

"Creo que me gustaría tomarle el pelo", dice Mariano, con los ojos encendidos de placer ante este nuevo juego.

"Claro que sí. Tiene que saber que no puede follarse a dos hermanos sin atenerse a las consecuencias". Respondo. Poniéndome en pie.

Mariano se coloca entre sus piernas y empieza con caricias lentas y suaves. Un ritmo constante que le hace rodar la cabeza hacia atrás. Ella está indefensa e intenta alcanzarlo. Sujeto sus muñecas con mis manos y me siento a su lado en el sofá, colocando su mano sobre mi polla.

Ella bombea con entusiasmo, intentando que me corra. Lanzo una mano despreocupada sobre el respaldo del sofá y observo cómo Mariano la acerca al clímax. Se detiene justo cuando ella está a punto de correrse de nuevo.

Serena es un desastre sollozando. Soltando improperios sin sentido y frotándose los muslos.

"Por favor, es demasiado, no puedo soportarlo".

"¿Todavía nos quieres a los dos, dulce, niña?"

"Sí". Solloza. "Sí, por favor. Haz que me corra, por favor. No puedo aguantar. No puedo...". Se queda a medias, con la boca abierta cuando Mariano se retira y entierra la cara entre sus piernas. Lamiendo su húmedo coño como un hombre hambriento.

Juego con sus pezones, observando atentamente cómo sus músculos se contraen y se estiran. Su vientre tenso se contrae y su respiración se hace entrecortada.

"Por favor, Xavier. Por favor, Mariano". Dice ella.

Sonrío, por fin ha dicho nuestros dos nombres a la vez. Ahora puede empezar la fiesta.

CAPÍTULO DIEZ - SERENA

Mi cuerpo arde. Mi centro palpita con una necesidad tan abrumadora que pierdo todo sentido del tiempo y de la presencia. Lo único que deseo es aliviar este anhelo que llevo dentro.

Mi mano se afloja sobre la polla de Xavier mientras Mariano chupa mi vulva hipersensible. Intento callarme y quedarme quieta para que no sepan que estoy cerca. Pero estos dos hermanos conocen mi cuerpo mejor que yo.

Nunca habían jugado conmigo así. Mi cuerpo es como un instrumento de cuerda y los dos son maestros, punteándome y afinándome a su voluntad. Ambos lucen sonrisas de suficiencia en sus apuestos rostros.

Me están castigando por querer a los dos.

"Mariano. Xavier". Gimo y me retuerzo impotente. Creo que mi cabeza está a punto de estallar.

"Vamos a venírnos todos a la vez", dice Xavier.

Mariano se aparta dejando un último beso con la boca abierta en mi coño. Me levanta del sofá y me lleva al dormitorio, tumbándome sobre el colchón. Deja paso a Xavier, que se coloca entre mis piernas, con su gruesa erección en el aire. Empieza a follarme con potentes embestidas.

Mi cuerpo acoge su embestida con un placer desvergonzado. Le rodeo con las piernas, esperando que esta vez no se aparte. La dulce tortura de su brutal follada me deja nadando en un charco de placer.

Sigue golpeando ese punto dentro de mí, hasta que empiezo a temblar como una hoja. Ráfagas de luz brillante vuelan detrás de mis párpados.

"Chúpale la polla a mi hermano, Serena. Haz que se corra contigo".

Obedezco a Xavier y me meto la polla de Mariano en la boca. Ahueco las mejillas para poder meterme más de su gruesa longitud, al tiempo que bombeo furiosamente. Desesperada por llevarlo al límite conmigo.

Mariano me agarra del pelo y gime en señal de advertencia.

"Joder, estoy cerca", dice apretando los dientes.

Xavier aumenta el ritmo. Sus muslos golpean los míos mientras me aporrea contra el colchón. Suelto un gemido y él echa la cabeza hacia atrás. Nos hacemos añicos. Una oleada tras otra de placer recorren todo mi ser mientras Mariano me arroja gruesos chorros de espermatozoides en la boca y la polla de Xavier se sacude y palpita dentro de mí, llenando mi vientre con su semilla.

Mi orgasmo me recorre como una corriente eléctrica, desgarrándome y recomponiéndome. La polla de Mariano, pringosa por mi administración, sale de mi boca con un plop húmedo, dejando un rastro de saliva y semen por mi barbilla. Respira agitadamente, con la mirada encendida de satisfacción mientras me restriega la polla por toda la cara.

Xavier baja los pantalones por encima de mí, con gotas de sudor acumuladas en la frente, los ojos oscuros y dominantes. Su pesada longitud se balancea entre sus piernas mientras se reclina sobre los talones, con una mano en mi muslo tembloroso.

Le dice algo a Mariano, pero estoy demasiado mareada y aturdida para entenderlo. Mis miembros se han convertido en muñones sin huesos. Me quedo dormida, saciada y bien follada.

Me despierto lentamente. Mis párpados se abren para contemplar las persianas cerradas y la habitación en penumbra. Unos rayos de sol filtrados atraviesan las diminutas rendijas de las persianas que cubren la ventana.

Me estiro lánguidamente y los huesos de mis articulaciones saltan. Mis músculos están relajados y me siento muy perezosa. Hay una mezcla embriagadora de olores sobre la cama, familiar pero diferente. Es una combinación de sándalo, colonia y almizcle masculino.

Me pregunto dónde estoy por un momento. Entonces todo vuelve a mí. Los acontecimientos de anoche.

Xavier nos descubrió follando a Mariano y a mí. Su puñetazo a Mariano y la violencia melancólica de sus ojos cuando me coloqué entre él y su hermano, pidiendo paz.

Recuerdo su decisión de castigarme por desearlos a ambos. Y cómo rápidamente se convirtió en algo más.

Me llevaron juntos. Xavier y Mariano. La mortificación me recorre dejando mis

tripas hechas un desastre. ¿Qué clase de persona soy? Me follé a mi marido y a su hermano juntos.

Supliqué sus pollas, chupé la polla de Mariano mientras Xavier me penetraba. Y disfruté cada segundo. De hecho, quería más. Me corrí tan fuerte que me quedé inconsciente.

Recorro con las sábanas mi cuerpo desnudo, sintiendo frío y desamparo. La cama está vacía, pero las hendiduras a ambos lados demuestran que no fui la única que durmió en ella anoche.

Paso la mano por el calor persistente que dejaron ambos hermanos. Necesito abandonar este lugar.

Me bajo rápidamente de la cama y corro a mi habitación. Cierro la puerta tras de mí. Me ducho en un tiempo récord y me pongo un pantalón de chándal y un top que me deja el vientre al descubierto, sin sujetador.

Salgo a hurtadillas de mi habitación, apoyando la espalda contra la pared, con el corazón, latiéndome con fuerza en el pecho y en los oídos. Mi misión es llegar a la puerta principal sin ser vista.

Hay ruido procedente de la cocina. Voces graves y profundas que hablan. Me pregunto si estarán discutiendo otra vez.

No quiero averiguarlo. No puedo enfrentarme a ellos. Estoy demasiado cohibida. Atravieso de puntillas las tablas del suelo de madera de la sala de estar hasta el vestíbulo. Justo cuando estoy a punto de abrir la puerta. Una voz profunda se aclara la garganta detrás de mí.

"¿Adónde crees que vas?", me pregunta Xavier.

Me marchito y cierro los ojos. Mi agarre a la manilla de la puerta se afloja.

"Me voy antes de que me eches", digo sin darme la vuelta.

Guarda silencio durante un rato antes de decir.

"No seas ridícula. El desayuno está casi listo. Ven a la cocina".

Frunzo el ceño y me giro para mirarle. ¿Es una especie de trampa?

Busco sus ojos. Siguen siendo melancólicos y dan un poco de miedo, pero esa es su mirada normal.

Lleva una camisa blanca suave y pantalones holgados. Tiene los pies descalzos y sus abultados músculos sobresalen mientras cruza los brazos.

Me doy cuenta de que es la primera vez que le veo con ropa informal.

Parece un poco raro. Xavier no solo está bueno. También es guapo. Su pelo oscuro está desordenado y le cae por la frente. Tiene los labios carnosos y los rasgos bien definidos, con una mandíbula fuerte y una nariz recta. Me sorprende que no esté torcida, teniendo en cuenta lo violento que parece. O tal vez nadie le ha dado un puñetazo en la nariz todavía.

"No puedo quedarme". Respondo, con el estómago apretado.

"¿Por qué no?"

"Porque... quiero decir... anoche fue...". Me sonrojo sin saber qué quiero decir exactamente.

"No te haré daño si es eso lo que temes, Serena". Dice Xavier. "Creo que lo de anoche fue extraño y nuevo para ti. Pero si te calmas y escuchas lo que te digo, podremos superarlo y lo entenderás".

Giro los ojos hacia él. ¿Por qué actúa tan tranquilo esta mañana cuando anoche era un toro furioso?

"¿Entiendes? Haces que parezca que te llevas a tu mujer a la cama con tu hermano todo el tiempo", siseo.

Xavier se acaricia la barbilla pensativa.

"Mi mujer, no". Dice. "Pero Mariano y yo hemos compartido mujeres en el pasado. Es algo que nos gusta a los dos, y tú no parecías tan contrario a ello".

"Tal vez solo tenía miedo de lo que harías si no cooperaba", replico con los nudillos apretados a los lados.

Suspira y se pellizca el puente de la nariz.

"¿Siempre piensas demasiado en todo?"

"Sí". Respondo sin saltarme nada.

Me mira perplejo, moviendo los labios.

"Eres linda cuando te pones nerviosa. Creo que sabes que, pasara lo que pasara, ayer nunca te habría hecho daño. Solo buscas cualquier excusa lógica para explicar por

qué te gustó lo que pasó".

"Escúchale, Serena. Podemos hablar", dice Mariano apareciendo en la puerta.

Está sin camiseta y solo lleva puesto un pantalón corto negro de deporte. Su torso es una verdadera obra de arte, adornado con tatuajes similares a los de Xavier, pero con imágenes más oscuras y perturbadoras: calaveras, cuervos y alas esqueléticas rotas que se extienden por su pecho.

Me froto los brazos, llena de curiosidad.

"No sé..."

"No tengas miedo. No te haremos daño. Te lo prometo", dice Mariano con voz suave.

Reflexiono sobre ello, antes de asentir lentamente.

"De acuerdo".

Se apartan para que pueda caminar entre ellos. Vamos así a la cocina. Los dos hombres se elevan sobre mí, exudando un calor y un atractivo sexual tan potentes que el aire está cargado de ellos. Me resulta imposible respirar.

Me encaramo a un taburete de la cocina, con las piernas juntas. Necesito mantener la encimera entre los dos hermanos y yo. Una barrera física me ayuda a sentirme menos abrumada.

Xavier vierte café en una taza y me la pone delante. Mariano me ofrece crema y azúcar.

Los observo con expresión cautelosa. Esperando que algo vaya mal. Pero no hay rastros de la animosidad de anoche, salvo un moratón en la mandíbula de Mariano. Sus cortes de anoche ya han coagulado, y no tienen tan mal aspecto a la luz de la mañana.

Se me retuerce un poco el corazón cuando me guiña un ojo. Mariano tiene un toque oscuro. No es como Xavier, que es inmediatamente amenazador. Mariano es como un cazador. Te atrae y te pone un cebo con sus bonitos ojos y su gracia lánguida. Entonces te acercas y la fría esterilidad de sus ojos te pilla desprevenida.

"Qué no daría yo por saber qué pasa por esa bonita cabeza tuya", dice Mariano mirándome con las cejas fruncidas por la concentración.

Mis ojos bajan hasta mi café. El vapor se eleva desde la superficie del líquido negro. Vierto una generosa cantidad de crema y azúcar y remuevo antes de dar un tímido sorbo. La infusión es fuerte y la cafeína hace maravillas. Una energía renovada recorre mi organismo. Mi estómago gruñe. Anoche no pude comer.

"Entonces, ¿de qué estamos hablando?". Pregunto, esperando que mi voz suene más audaz de lo que siento.

Mis dedos permanecen enroscados alrededor de la taza, la superficie de cerámica escaldándome un poco la palma.

Xavier se lleva su propia copa a los labios, permaneciendo en silencio. Es Mariano quien habla.

"Estaba informando a mi hermano sobre los tipos que me asaltaron anoche".

"Dice que no los provocó. Me cuesta creerlo", gruñe Xavier.

Mariano enseña los dientes en una sonrisa maliciosa. "Te juro que fui educado y amable".

El tono de Xavier es seco como el serrín.

"Esas son las dos últimas características que me vienen a la mente cuando pienso en ti, Mariano".

"Has herido mis sentimientos", dice Mariano bromeando.

Xavier gruñe.

"Voy a pisotear la arrogante cara de Jason bajo mis botas", dice Xavier.

Bromea sobre las travesuras de su hermano, pero es evidente que está cabreado porque alguien le ha puesto la mano encima a Mariano. Su ira es sutil y se desprende de su piel. La está conteniendo, dejando que se acumule como la presión en el interior de un volcán. Espera el momento adecuado para explotar.

Trago saliva. Pronto va a haber mucha violencia. Empiezo a ver por qué mi padre se alió con los Casagrande. Estar en la misma habitación con ellos es como tener dos polvorines de proporciones nucleares. Listos para estallar a la menor provocación.

"¿Por qué estaban tan seguros de atacarte, Mariano? Deben saber que volverás para vengarte". Les digo.

"Jason cree que porque controla el Lado Este tiene influencia sobre nosotros".

Responde Mariano.

Frunzo el ceño.

"¿Qué tiene de importante el Lado Este?"

"Es un lugar estratégico. La mayoría de nuestros envíos tienen que pasar por ese territorio cuando son transportados. Cualquier conflicto con ellos frenará nuestro negocio porque nuestra valiosa carga se convierte en presa fácil de los ataques."

"Oh". Digo.

"Pero Jason no lo pensó lo suficientemente bien". Xavier habla. Le miro esperando a que me dé más explicaciones.

Resopla y deja la taza sobre la encimera.

"Mi matrimonio contigo significa que tenemos acceso a las rutas que utiliza tu familia".

"Las carreteras secundarias". Digo sin pensar y cierro la boca. Espero sinceramente que no me pregunten cómo lo sé. No quiero tener que confesar que escuchaba a escondidas las reuniones de mi padre cuando era más joven.

Ninguno de los dos hermanos reacciona a mi respuesta. Xavier se limita a asentir, con los labios curvados en una sonrisa perversa.

"Correcto. Y como ya no tenemos que preocuparnos de utilizar el territorio de Jason para el transporte..."

Espera a que sume dos más dos. Se me ilumina la cara.

"Acaba de cometer el mayor error de su vida al meterse con tu familia". Concluyo.

"Le haremos polvo". Dice Xavier. "Y créeme, hemos sido pacientes".

CAPÍTULO ONCE - XAVIER

Serena no parece asustada por nuestras conversaciones sobre la violencia. De hecho, hay rastros de excitación en el fondo de sus ojos. Sigue sorbiendo su café, ajena al hecho de que Mariano y yo la estamos mirando.

Mariano y yo compartimos una mirada.

Me froto la mandíbula y la fijo con una mirada significativa. "Deberíamos hablar de anoche".

Esto le borra la sonrisa de la cara, deja la taza sobre la encimera de mármol e inhala.

"Sí, de acuerdo".

Cruzo los brazos y la miro a los ojos.

"Lo hemos hablado Mariano y yo. Y a los dos nos gustaría que volviera a ocurrir".

Serena parpadea un par de veces, girando la cabeza entre nosotros.

"Son hermanos. ¿No te resulta extraño?", pregunta ella.

Levanto una ceja.

"¿Te parece extraño que quieras follarnos a los dos?"

Frunce los labios.

"Pues no. Pero no soy pariente de ninguno de vosotros".

Mariano se ríe entre dientes.

"Xavier y yo siempre hemos tenido un vínculo especial. Nos peleamos todo el tiempo, pero cuando se trata de follar, resulta que nos gustan las mismas cosas. Nos gusta jugar con la comida antes de comérmola".

"Nunca ha sido nada serio, por supuesto". Añado. "Solo sexo casual sin compromiso. Una sumisa con la que ambos disfrutamos".

Serena tamborilea con el dedo sobre el mostrador.

"¿Sumisa?", pregunta ella.

"Sí".

"Así que te va todo ese rollo pervertido".

"¿No pillaste la indirecta de anoche?", pregunta Mariano, con voz ligera y burlona.

El labio de Serena se crispa.

"Entonces, ¿quién está al mando?"

"Los dos lo estamos. Es la única dinámica que nos funciona. A puerta cerrada ejercemos nuestra influencia y en el mundo exterior tenemos diferentes esferas de control. Así es como nos mantenemos con los pies en la tierra". Explica Mariano.

"Así que si los dos se follan a las mismas mujeres, no tiene por qué matarse".

"En resumen, sí".

"¿Así que si acepto esto, me convierto en una especie de amortiguador entre ustedes dos?"

"No. Nadie puede interponerse entre nosotros, de eso se trata", digo, mirando fijamente a mi hermano.

"Pero nos viste follar y casi se hacen pedazos".

Me encojo de hombros. "Eso era sobre todo porque me ofendía la idea de que se enrollaran a mis espaldas. Ahora que sé que nos quieres a los dos, no me importa".

Serena se queda callada mientras lo procesa todo. Puedo ver los engranajes que giran detrás de sus ojos.

"Nos gustas a los dos, Serena. Mucho. Desde aquella primera noche en el club no he podido sacarte de mi mente". Dice Mariano.

Me mira con ánimo. Me aclaro la garganta.

"Y tú también me gustas, Serena. Mi atracción por ti es mayor de la que he experimentado antes".

Serena se muerde el labio, ensimismada. Responde en voz baja.

"Sé que me siento irresistiblemente atraída por vosotros, por los dos. No sé cómo ni por qué. Es una locura". Parece más bien que se lo está admitiendo a sí misma.

"Solo así no tienes que elegir. Puedes tenernos a los dos".

Ella resopla y apoya los codos en la mesa, apoyando la barbilla en la palma de la mano.

"¿Están seguros de que les parece bien? ¿Compartir la misma mujer? ¿Tu mujer?"

Mariano y yo asentimos. "Sí".

"¿Cómo será entonces nuestra relación? Sigo siendo tu mujer, Xavier".

"Y seguirás siéndolo. Mi hermano y yo cuidaremos de ti y no te faltará de nada. Lo que sentimos el uno por el otro es diferente. No cambia nada".

"¿Así que vamos a hacer esto?", pregunta ella.

"Sí, así es".

Serena esboza una tímida sonrisa. Parece realmente feliz y se le quita la tensión de los hombros. La pobre chica debía de estar muy preocupada por provocar una ruptura entre Mariano y yo. Esto me tranquiliza.

"¿Qué hay para desayunar? Me muero de hambre". Dice Mariano.

"Tenemos que irnos pronto, no lo olvides". Le gruño.

"¿Adónde van?", pregunta Serena.

"A hacerle una visita a Jason".

Baja los labios, preocupada. Sus ojos nos miran a los dos.

"Por favor, tengan cuidado".

Sonrío, sabiendo que mis nudillos van a estar empapados de sangre al final del día. Y sé que Mariano está deseando pagar a esos cabrones por sus heridas. Sabe guardar rencor.

"Estaremos bien".

Después de desayunar, Mariano y yo nos dirigimos al bar donde pasan el rato la mayoría de los chicos. Nuestros soldados ya están reunidos. A Nico le pedí que los organizara. Es un teniente leal. Alto y voluminoso, con el pelo color paja y una sed de violencia que le hizo dar con sus huesos a los doce años.

"Buenos días, jefe". Nos saluda, quitándose el sombrero con respeto.

"¿Cuál es el número?", le pregunto. Observo la habitación en busca de caras desconocidas.

"Veinte tipos armados y dispuestos a demostrar a esos cabrones quién manda realmente en esta ciudad", responde Nico.

Asiento con la cabeza, me meto las manos en el abrigo y espero a que Nico organice a los chicos. Se ponen en fila. Todos visten trajes oscuros y corbatas, y todos son leales a la familia Casagrande.

Nico echa un vistazo a los hombres y se vuelve hacia mí. "Estamos listos cuando quieras, jefe".

Anuncio el plan.

"Primero atacamos su almacén. Entramos por ambos lados. Hay dos entradas. Norte y Sur. Tengo un infiltrado que dejará las entradas abiertas exactamente a las 13:30. Matad a todos".

Nico asiente. Yo saco mi pistola sintiéndola en la palma de mi mano, soltando el seguro y comprobando la acción del muelle. Todo luce bien.

Mariano tiene un subfusil en las manos y acaricia el frío metal con cariño. Nos sonreímos el uno al otro. Esta es la parte del trabajo que más me gusta. Causar caos y destrucción a nuestros enemigos cuando deciden pasarse de la raya.

"Hagámoslo". Le digo.

Llegamos al almacén, una estructura de paredes de cemento deterioradas, llenas de grietas, con ventanas altas cubiertas de contrachapado y viejos periódicos amarillentos.

Aparcamos calle abajo, manteniendo el edificio a la vista mientras los chicos se reúnen alrededor de la furgoneta. Utilizo unos binoculares para espiar a nuestros objetivos. Espero pacientemente a que den las 13:30. Justo a tiempo y fiel a la palabra de mi informador, la entrada principal se abre. Un mensaje de Nico confirma que también se han abierto las puertas traseras.

Mantengo la pistola en un puño apretado y examino el entorno en busca de cualquier indicio de doble cruce. La zona de la bahía está desierta. Las gaviotas lloran al sobrevolar y el aire sabe a sal y salmuera.

El sol brilla en lo alto, calentando el suelo de asfalto. Una gota de sudor me cae desde la nuca hasta el coxis. Hay mucho movimiento en el almacén. Hay camiones de mudanzas estacionados en el interior y los trabajadores hacen horas extras descargando

cajas de envío.

Un par de guardias armados pasean vigilando. Los observo atentamente. No parecen demasiado tensos ni en alerta máxima. Solo se mueven perezosamente.

"Elimina a los guardias rápidamente. Sin perder el tiempo. Y tráeme a Jason vivo". Digo en mi intercomunicador.

"Entendido, jefe. Esperando tu señal". La voz de Nico sale por el altavoz arañada por la estática.

"Jason es mío. Quiero su cabeza". Mariano gruñe desde mi lado.

Le echo una mirada de reojo. Su rostro está contorsionado por una rabia asesina, aún guarda rencor por su última refriega.

"Tendrás tu tiempo", le tranquilizo. "Pero primero tengo que hablar con él. De repente le han salido pelotas. Debe de tener a alguien que le da una gran dosis de confianza. Quiero saber quién".

A Mariano no le molesta. "A lo mejor es así de estúpido".

Mi boca se asienta en una línea sombría. "No. Jason no. Es un zorro astuto. Debe de tener algo en la manga".

Mariano se encoge de hombros y levanta el arma. "Vámonos entonces. Podemos preguntárselo en persona después de que le arranque todos los dientes delanteros".

Me llevo el walkie a los labios y doy el visto bueno para que Nico empiece. Se oye un fuerte grito de un miembro de la oposición y empiezan a sonar las armas. Las pisadas golpean el suelo y la gente se dispersa en todas direcciones. El aire huele a pólvora y estoy en alerta máxima.

Mariano y yo conducimos a nuestro grupo a la entrada principal, y se despliegan en abanico, disparando. Los cuerpos caen al suelo rápidamente. La mayoría son hombres de Jason. Nico y sus hombres son rápidos y despiadados.

Un grupo de seis corre hacia la única otra salida, aquella en la que estamos colocados Mariano y yo. Aprieto la mandíbula y el gatillo, abatiendo a dos de ellos.

Mariano se queda con el resto. Caen al suelo como sacos de patatas. Me dirijo hacia ellos, en alerta máxima. Mi cuerpo está tenso y preparado para reaccionar al menor indicio de peligro.

Despejamos la zona y ordenamos a los obreros desarmados que se pongan de

rodillas con las manos detrás de la cabeza.

Mariano se separa con algunos hombres para barrer las demás habitaciones en busca de posibles amenazas o testigos.

"Jason no está aquí", dice Mariano, bajando de las oficinas situadas en el piso de arriba. Su tono es contrariado. "He comprobado todas las habitaciones. Nada".

Vuelve mi inquietud. "¿Qué coño? Se suponía que tenía que estar aquí". Muerdo.

"¡Jefe! Deberías ver esto". Grita Nico.

Me acerco a él, que está de pie delante de una caja abierta. Lo miro dos veces. Mariano silba en voz baja.

"Son fusiles de asalto de alto nivel".

Las armas me miran fijamente, y el pavor florece en mi estómago. Esto es suficiente para armar a un pequeño ejército.

"¿Todas las cajas contienen lo mismo?", pregunto.

"Sí".

Mariano y yo compartimos una mirada.

Me acaricio la barbilla, con la mente funcionando a gran velocidad. "¿Quién tiene poder para financiar un envío tan pesado?".

"Y delante de las narices de mi padre. Sin pagar la tasa y el impuesto de protección". Añade Mariano.

"Padre nunca estaría de acuerdo con esto. Tantas armas en la ciudad son peligrosas. Se convertirá en un caos".

Asiento. "Aquí hay algo más en juego".

Mi teléfono empieza a zumbear en mi bolsillo. Lo cojo y deslizo el dedo por la pantalla. Me lo acerco a la oreja.

"Jason". Le digo.

Mariano levanta la cabeza y enarca una ceja en señal de pregunta. Me llevo el dedo a los labios.

"He oído que has interceptado mi pequeño negocio paralelo". La voz de Jason se filtra por mi altavoz.

Mi respuesta es con voz amenazadora. "Sí. He venido a por tu cabeza. ¿Por qué no sales de tu escondite y nos ponemos manos a la obra?".

Se ríe entre dientes.

"Quería que vieras a qué te enfrentabas. Tengo aliados muy poderosos, Xavier. Y estamos de acuerdo en que la época en que los Casagrande gobernaban esta ciudad ha terminado".

"¿Estás declarando una guerra?"

"Exactamente. Tú y tu familia van a arder, y nosotros tomaremos lo que es legítimamente nuestro".

"¿Para quién trabajas?", exige.

"Ah... Eso es un misterio que debes resolver, ¿no? Si yo fuera tú, me preocuparía más por el hecho de que sabemos dónde encontrarte, pero tú no sabes dónde encontrarnos. Podríamos estar en tu puerta ahora mismo..."

Me invade el significado de sus palabras, las amenazas que plantea.

"Hijo de puta". Gruño.

Pero ya ha terminado la llamada. Estoy a punto de estrellar el teléfono contra el suelo. En lugar de eso, me conformo con golpear con el puño la tapa de la caja de madera que tengo delante. Me palpita la mano, pero ignoro el dolor,

Mariano me busca leer una reacción en mi rostro. "¿Qué te ha dicho?"

"Tienes que ir con padre inmediatamente. Coge a los hombres y vete". Digo, sabiendo que tengo que ver cómo está Serena y asegurarme de que está bien. Ha dicho que sabe dónde vivo. ¡Maldita sea!

"¿Qué pasa Xavier?", pregunta Mariano mientras camina a mi lado.

"Acaba de declarar la guerra y ha amenazado nuestras casas. Tengo que llegar hasta Serena".

"Sin mí no lo harás". Me dice.

Frunzo el ceño.

"No. Padre necesita que uno de nosotros esté a su lado".

"Padre estará bien. Está en una propiedad vallada con decenas de guardias

patrullando. Serena está sola, sin ningún tipo de seguridad".

Me detengo y me giro hacia él. Nos miramos con el ceño fruncido. Veo la terquedad arremolinándose en los ojos de mi hermano. Tengo la sensación de que no escuchará lo que le diga. Evalúo la situación con fría lógica.

Mi padre no corre peligro inmediato. Al menos en eso Mariano tiene razón. Mi rostro se endurece y miro a Nico, que nos ha estado siguiendo en silencio.

"Nico, ve a ver a mi padre y monta una guardia. Quiero todos los rincones de esa casa bajo estricta vigilancia. Solo a tus personas más cercanas y de confianza. ¿Entendido?"

"Sí, jefe".

Juntos, Mariano y yo nos apuramos hasta mi coche. Él se desliza en el asiento del conductor antes que yo. Y me tiende la mano para que le dé la llave. Se la doy en la palma de la mano. Pronto arrancamos y corremos por la carretera en dirección a la salida principal. Se desvía entre el tráfico, saltándose todos los límites de velocidad para llegar hasta Serena.

Cruzo los dedos para que Jason no haya llegado aún a mi casa. Y también rezo para no caer directamente en una trampa.

Miro a Mariano de reojo. Tiene la cara seria y la mandíbula tensa. Sus dedos golpean el volante con impaciencia mientras avanza a toda velocidad por las carreteras de la ciudad.

Cuando se trata de Serena, abandona todo pensamiento racional. Le gusta. Mucho más de lo que pensaba.

CAPÍTULO DOCE - MARIANO

Mi corazón late con una preocupación incesante. Nunca debimos dejar sola a Serena sin nadie que la vigilara. ¿En qué estábamos pensando? Un error tan estúpido.

Por la forma en que Xavier mira por la ventana, con la rodilla golpeando arriba y abajo sin descanso, es obvio que también se está machacando a sí mismo.

Llego a la urbanización cerrada en un tiempo récord e introduzco el código. La verja apenas se abre lo suficiente para que quepa el coche antes de que empiece a chillar por el camino. Me detengo delante de la casa.

Xavier sale volando, corriendo hacia la puerta principal. Saco mi pistola y le sigo. Subo los escalones y me mantengo alerta para detectar cualquier actividad sospechosa. Todo está en silencio.

No sale ningún sonido de la casa. La calle está en silencio. Xavier abre la puerta principal y entra. Tiene la pistola preparada delante de él.

Observo. La casa está en silencio y huele ligeramente a velas perfumadas.

"¿Serena?", grita.

No hay respuesta. Su voz resuena por toda la casa y luego se desvanece en un silencio mortal. Intercambiamos miradas gemelas de preocupación y empezamos a peinar el edificio empezando por la cocina.

Buscamos por todas partes, en las habitaciones traseras, en la despensa. Serena no aparece por ninguna parte.

"¿Podrían habérsela llevado?", le pregunto a Xavier, sintiendo que la inquietud me hace un nudo en el estómago.

Se pasea a lo largo de la cocina. "No lo sé. No hay signos de lucha ni de entrada forzada. Serena no se iría sin luchar".

"¿Salió entonces?"

Su respuesta está llena de frustración. "No lo sé. No tengo su móvil".

"Yo tampoco".

Xavier tira del cuello de su camisa. Sus ojos están muy abiertos. Por dentro, se me retuercen las tripas. Si le ha pasado algo a Serena, colgaré a Jason y le cortaré las partes

de su cuerpo trozo a trozo.

La puerta que da al garaje se abre y Serena entra despreocupadamente, con los auriculares puestos. Tararea, sosteniendo un bloc de dibujo en la mano, con las uñas manchadas de carboncillo. Lleva pantalones cortos vaqueros, chanclas y una de las camisas de vestir de Xavier.

Cierra la puerta de una patada y saca el móvil, probablemente para cambiar la canción. Cuando levanta la vista, grita y tropieza hacia atrás.

"¡Oh, vamos!" Se queja. Llevándose el teléfono al pecho. "Me han dado un susto de muerte".

"¿Dónde has estado?"

Se quita los auriculares y nos sonríe a los dos. Su rostro es alegre y despreocupado, con manchas de color en las mejillas.

"Oh, estaba explorando. Por cierto, ¿qué tipo de coche tienes bajo esa cubierta?". Le pregunta a Xavier, moviendo el pulgar en dirección al garaje. Completamente ajena a la tensión que se respiraba en el ambiente.

"¿Ha venido alguien a la casa?", gruñe Xavier.

Serena se desinfla ante el tono de su voz.

"No. Solo he sido yo". Parece sorprendida y perturbada.

Me mira con preguntas en los ojos. Mi corazón se acelera cuando esos preciosos ojos marrones se cruzan con los míos. Estudia mi rostro y frunce las cejas.

"Algo va mal. ¿Qué ha pasado?"

"Ve a recoger algunas cosas. Te lo explicaremos todo en el coche". Ordena Xavier.

"Ah, vale". Responde ella. Con la mirada gacha, empieza a caminar hacia su habitación,

"Te ayudaré". Me ofrezco y ella sonríe agradecida.

Vamos a su habitación. Hay maletas alineadas a los pies de la cama y un par de cajas de mudanza siguen llenas hasta los topes de objetos aleatorios. Una bufanda cuelga de los pies de la cama y su tocador es lo único organizado que hay en la habitación. Hay una gama de perfumes, productos para el cuidado de la piel y una pila de libros sobre la mesa.

Serena se rasca el dedo gordo del pie contra la alfombra. "Acabo de mudarme; aún no he deshecho el equipaje".

Hago un sonido indiferente. E inclino la barbilla hacia el objeto que tiene en la mano.

"¿Qué pasa con el cuaderno de bocetos?"

Se sonroja y se encoge de hombros. "Nada. Solo es una estúpida afición que tengo".

"Déjame ver". Extiendo la mano.

Serena duda antes de entregármelo.

"No soy tan buena. Así que no hace falta que te encapriches de ellos ni nada por el estilo".

Abro las páginas y, desde el primer dibujo, me quedo embelesado. Aturdido, hojeo el resto de las páginas.

Bocetos embrujados me devuelven la mirada. Líneas irregulares, representaciones duramente precisas de cosas mundanas. Un gorrión en pleno vuelo. Una rosa en ciernes. La vista posterior de un macho musculoso sin camisa, con la columna vertebral arqueada y la cabeza echada hacia atrás como si rugiera hacia el cielo.

"Estos son muy buenos. Tienes talento".

"Sí, claro". Dice con un bufido. Abre una caja que hay sobre la cama y mete lo necesario. Una camiseta por aquí, un pantalón de chándal por allá.

"Te lo digo en serio. ¿Por qué no lo haces más?", le digo. "Podrías forrarte con los contactos adecuados. Conozco a algunos galeristas de arte de la ciudad, siempre están buscando artistas con talento como tú".

Me dedica una pequeña sonrisa y sacude la cabeza con pesar.

"Eres muy amable, Mariano. Nunca me había planteado hacer carrera con mi arte. Mi querido papá quería que estudiara contabilidad. Así lo hice. Ahora el arte es solo una distracción secundaria para mí".

"Deberías centrarte más en ello. No puedes dejar que un don como este permanezca oculto".

Se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y sigue empacando, negándose a responder. Termina. Y yo levanto la maleta hasta el salón y salgo por la puerta.

Xavier espera delante del coche sentado sobre el capó, con los ojos escrutando atentamente el horizonte. Nos observa con expresión impaciente.

"¿Por qué han tardado tanto?"

"No se mete prisa a una dama cuando está haciendo la maleta", le reprende Serena.

Gruñe, pero por lo demás permanece callado. Me doy cuenta de que oculta su preocupación bajo una apariencia tranquila y estoica.

"He hablado con padre". Me dice mientras meto la maleta de Serena en el maletero. "El resto de las mujeres y los niños están siendo trasladados a la villa vinícola de las afueras de la ciudad. Allí estarán a salvo".

"Bien". Asiento con la cabeza. Utilizamos mucho ese lugar cuando hay conflictos.

Esta vez conduce Xavier, y yo me paso todo el trayecto mirando a Serena por el retrovisor lateral. De vez en cuando nuestras miradas se cruzan y ella sonríe. Xavier vigila nuestra cola por el retrovisor, asegurándose de que no nos siguen.

Llegamos a la villa. Es un terreno bordeado por una gruesa valla impenetrable y rodeado de densos macizos de vegetación natural. Solo hay un camino de entrada y el mismo se utiliza para las salidas. Hay guardias armados con auriculares patrullando la valla.

Nos reconocen y hacen una señal para que se abra la puerta. El edificio principal se cierne sobre nosotros, alto e imponente. Es una estructura antigua que ha sido reforzada con vigas y columnas de acero. Hay un establo de caballos en el extremo izquierdo, un aparcamiento a la derecha y una casa de generadores en la parte trasera. El resto del terreno está formado por parcelas de vegetación cuidadas por jardineros. Exuberantes y sanos racimos de vides se entretajan en el paisaje.

También hay jardines de flores llenos de rosas, margaritas, nomeolvides y lirios de colores brillantes que crecen en ramos. El dulce perfume lo envuelve todo y hace que la sombría situación parezca un poco más brillante.

Xavier aparca delante de la casa y empieza a salir.

"Cuida de ella. Tengo que reunirme con Marco y hacer una llamada a Padre". Me da instrucciones.

"Ten cuidado", le dice Serena, con los ojos brillantes de preocupación.

Se detiene lo suficiente para darle un casto beso en la frente. Ella le mira alejarse.

Las arrugas de su frente no desaparecen.

"Venga, vamos a instalarte". La cojo del brazo y la guío a través de la puerta principal.

El interior vibra con tanta actividad. El techo es alto y de él cuelgan elegantes lámparas de araña que lo envuelven todo en un cálido resplandor amarillo. Los suelos de mármol están pulidos y reflejan el lechoso papel pintado. Una escalera ornamentada a la derecha conduce al primer piso.

Criadas y trabajadores revolotean de una habitación a otra, atendiendo a la afluencia de huéspedes. Una joven con uniforme negro y blanco aparece de la nada y me quita la bolsa de Serena.

"Bienvenido, señor". Dice cortésmente.

"Asegúrate de que está bien. Cualquier cosa que necesite".

"Sí, señor".

"Bienvenida, Sra. Casagrande". Saluda a Serena con deferencia.

"Gracias", responde Serena, pero sus ojos están fijos en mí. "¿Me dejas aquí?"

"Sí. Tengo que reunirme con mi hermano y mi padre para elaborar una estrategia. Él ya estará en una conferencia telefónica con el viejo".

"Al menos acompáñame a mi habitación". Súplica.

Suspiro, pero inclino la cabeza hacia la criada para indicarle que me guíe hasta la habitación asignada a Serena. Serena agarra mi mano con fuerza entre las suyas. Acercándose a mí, le acaricio la piel con la yema del pulgar.

La habitación en la que está es enorme, con una cama tamaño king, cortinas blancas y un cuarto de baño privado.

"¿Quiere que deshaga el equipaje por usted, señora?", pregunta la criada.

"No, gracias".

La chica hace una cortesía y se marcha. Serena se frota los brazos desnudos escudriñando la habitación. Hay puertas francesas que dan a un balcón. Estoy a punto de comentar que podría utilizarlo como un lugar perfecto para trabajar en su arte.

"Xavier está convencido de que Jason no trabaja solo", avisa.

Xavier le hizo un breve resumen de lo ocurrido tras su insistencia. Ahora está pensando en ello.

Me acerco a la ventana, empujo una cortina y miro hacia el exterior. Hay guardias patrullando por todas partes.

"Tenemos contactos por toda la ciudad". Respondo finalmente. "Lo averiguaremos, de hecho, estoy bastante seguro de que ya lo han hecho".

"Ahora mi familia está afiliada a la tuya, Mariano. ¿Estará a salvo mi madre?"

"Tu madre está bien protegida. Tiene hombres leales a su alrededor. No saldrá herida. Pero si te sirve de ayuda, enviaré un mensaje para que dupliquen su seguridad. Aunque dudo que sea un objetivo".

Serena se acerca a la ventana para unirse a mí. "¿Cuánto tiempo tendré que quedarme aquí?"

"No puedo responder a eso, cariño".

Sus labios se doblan hacia abajo en la comisura, sus ojos se nublan con una mirada distante mientras otea el horizonte.

"Parece que desde que llegué a la ciudad he estado pasando de una cárcel a otra. Mi libertad se perdió cuando volví a casa".

Observo la tristeza en su rostro. Quiero hacer que se sienta mejor. Odio que se sienta atrapada.

"No estás sometida a ningún tipo de esclavitud. Eres libre, Serena. Esta es nuestra ciudad. Y cuando volvamos a destruir a esos cabrones, Xavier y yo te llevaremos por ahí. Te divertirás y no volverás a sentirte enjaulada".

Sus labios se separaron en una amplia sonrisa.

"Eso suena increíble".

"¿Bailas?"

Se ríe.

"Un poco. Me viste bailar la primera noche que nos conocimos".

"Ah, sí, eso fue otra cosa. Has estado divina. Esos movimientos deberían ser ilegales. Todos los del club te echaban el ojo".

"No me importaba. Bailaba para ti".

Hago un ruido sordo desde lo más profundo de mi pecho y ella me guiña un ojo.

"Te prometo que te llevaré a bailar. Y llevarás un bonito vestido rojo con una flor en el pelo y rubor en las mejillas mientras te hago girar".

Me acerco para pasar los dedos por su suave pelo. Se le cierran los ojos y se inclina hacia mí con un gemido gutural.

"Visitaremos todas las galerías de arte y museos para ver los cuadros que te gustan y los que te inspiran. Todo lo que quieras será tuyo. Tienes mi palabra".

"Mariano". Susurra mi nombre y casi la beso. Sus uñas se clavan en mi antebrazo.

"Tengo que irme, cariño", le digo, liberándome lentamente de su contacto.

Suspira y apoya la cabeza contra el cristal de la ventana. Se rodea el estómago con los brazos.

"Ya lo sé. Solo desearía que pudieras quedarte conmigo". Dice en voz baja.

Saco mi teléfono y le pido su número. Cuando lo he guardado con éxito, le digo: "Te enviaré un mensaje y podrás llamarme cuando te sientas mal, ¿vale? Haré que te envíen material de arte, así tendrás algo que hacer".

"Gracias, Mariano". Sonríe y me deja sin aliento. "Eres muy amable y atento. Gracias por tomarte la molestia de asegurarte de que estoy bien. No estás tan mal como pensaba".

Sonrío.

"¿De verdad, pensabas que era mala?"

Serena se encoge ligeramente de hombros.

"Sí. Como un monstruo sin alma. Tú y tu hermano".

Me río entre dientes.

"Soy un monstruo, Serena. No tienes ni idea de las cosas que he hecho ni de las que haré".

Ella levanta su obstinada barbilla en el aire. "No te tengo miedo".

Le sonrío. Es una mujer feroz; debajo de toda esa suavidad hay una columna vertebral de acero. Inclino ligeramente la cabeza.

"Te veré pronto, Serena".

"Por favor, cuídate y cuida también a Xavier. No te hagas daño". Su voz se entrecorta y una lágrima solitaria se le escapa por el rabillo del ojo. Se la seca y suspira.

Dudo un poco. No puedo prometer nada. Esto es la guerra y puede ocurrir cualquier cosa. No ignoro la fragilidad de mi mortalidad. Sin embargo, por fin consigo hablar con una fuerte convicción.

"Volveremos a ti de una pieza, Serena. Te lo prometo".

Salgo de la habitación de Serena y me dirijo al salón, donde sé que estarán Xavier y algunos de nuestros principales lugartenientes. Entro y Xavier está detrás del escritorio de roble, con un teléfono pegado a la oreja y los labios taciturnos que desaparecen en una fina línea. Le tiembla un músculo de la mandíbula y hay una fría furia en sus ojos mientras tamborilea con los dedos sobre la superficie.

"Vale, ahora volvemos". Dice y suelta el teléfono.

"¿Qué pasa?", pregunto.

"Jason está trabajando con los Guerreros".

Esta nueva información me hiela la sangre.

"¿Qué coño?", gruño. "¿Decidió enrollarse con los putos gitanos? Ese gilipollas traidor".

Xavier se frota el puente de la nariz.

"Son malos para los negocios. Lo único que hacen es asesinar y quemar cosas. No les importa mantener las calles seguras".

Mis labios se tuercen en una mueca y mi voz es grave y ominosa.

"Más vale que la oferta que le hayan hecho sea buena. Porque te aseguro que pienso infligirle un dolor como nunca antes ha visto".

Xavier levanta la cabeza. "¿Cómo está Serena?"

"Ella está bien. Le preocupa que nos hagan daño".

Hay cierto rastro de placer brillando en el fondo de sus ojos. Se ajusta las solapas del traje.

"Odio tener que dejarla aquí. Pero al menos está a salvo".

Estoy de acuerdo.

Compartimos una mirada, es difícil saber qué pasa por su mente. Pero su expresión es de especulación. Suelta un largo suspiro y golpea dos veces el tablero de la mesa para que le dé suerte. Mi instinto me dice que se está guardando sus pensamientos. Y se me aprieta el estómago por alguna extraña razón.

CAPÍTULO TRECE - SERENA

El piso está tranquilo por la noche. Mis sandalias se deslizan silenciosamente sobre los suelos de mármol. Al bajar los escalones, mis dedos rozan la madera bruñida de la barandilla de la escalera.

Tengo el pecho apretado por la preocupación. Tengo el móvil en la otra mano y cada pocos segundos miro la pantalla esperando que aparezca un mensaje de Mariano. No quiero llamar porque no es que necesite algo urgente.

Solo quiero oír su voz, y también la de Xavier. Estoy ansiosa porque hace mucho tiempo que no hay una guerra abierta en nuestra ciudad. Necesito oír noticias. ¿Quién está detrás de esta toma de poder?

¿Cuál será su respuesta? Sé que Mariano y Xavier estarán al frente de todo. No son el tipo de hombres que envían a sus soldados mientras esperan tras una multitud de guardias y la protección de muros de ladrillo.

Llego al rellano de la escalera y oigo el débil tintineo de un piano que resuena en el espacio. La música es afligida y de calidad etérea. Sigo el lúgubre sonido como en trance hasta el salón.

Hay una llama tenue en la chimenea, y el sofá es de cuero color crema. Todo en este lugar denota riqueza e influencia.

Sentada en un taburete, con los dedos posados sobre las teclas blancas, hay una mujer despampanante vestida con un camisón de seda negra y el pelo largo y oscuro recogido sobre un hombro. Tiene la piel inmaculada y el cuello arqueado. Me froto el antebrazo conscientemente, sintiéndome como un vago con mi bata de satén melocotón y mi moño desordenado.

Se comporta como la realeza. Me pregunto quién será. Deja de tocar bruscamente y sus ojos se clavan en los míos. Durante un segundo, nos observamos mutuamente. Su cara me resulta vagamente familiar, pero no sé exactamente dónde la he visto antes. Sonríe, con una inclinación reservada en sus labios rojos y carnosos.

Sus pestañas son espesas y su voz es ahumada y sensual mientras dice,

"Bueno, hola".

Trago saliva y me aclaro la garganta.

"Hola. Siento no haber querido interrumpir".

"No seas tonta, ven por favor a tomar un poco de vino conmigo. Me estaba aburriendo como una ostra. Habría venido a buscarte antes, pero supuse que estarías dormida".

Parpadeo ante esto. ¿Quería venir a buscarme? ¿Por qué?

Me fijo en la botella de chardonnay que hay en el suelo. Se levanta con la botella en la mano. Se mueve con la gracia de un cisne, el material diáfano de su camisón se ciñe a su cuerpo ágil y curvilíneo, llamando la atención sobre la turgencia de sus pechos y el ensanchamiento de sus caderas. Su atractivo sexual rezuma sin esfuerzo.

Vuelve con una copa de vino y me la entrega. Luego vuelca el contenido en la copa y hace lo mismo con la suya. Con una sonrisa de satisfacción, levanta su copa.

"Por la victoria de los Casagrande en este conflicto".

"Victoria". Murmuro.

Hace rodar el borde de su vaso contra la barbilla, estudiándome pensativamente.

"No te acuerdas de mí, ¿verdad?". Dice finalmente.

Hago una mueca.

"Siento no hacerlo".

Se ríe suavemente. Un sonido desconcertado.

"Fui yo quien confeccionó tu vestido de novia".

Me doy cuenta de que por eso su cara me resulta tan familiar. Fue ella quien - me ajustó el día de mi boda. Independientemente de mis recelos sobre la boda, el vestido seguía siendo el más bonito que había visto nunca.

"Oh. Lo siento mucho, no te había reconocido". Digo, disculpándome.

"No pasa nada. Ese día estabas muy distraída. Casi pensé que montarías un escándalo y me harías el trabajo más difícil. Pero no lo hiciste. Te comportaste bien".

Su mirada me hace sentir obediente y, en respuesta, mi columna se endereza. Es tan alta e intimidante. Como una modelo, con un rostro asombrosamente perfecto, cejas esculpidas y ojos grises ahumados.

"Soy Felicia". Se presenta.

"Encantado de conocerte, Felicia".

"Debo decir que cuando me enteré de que Xavier se casaba, tú no eras en absoluto lo que esperaba".

Arrugo las cejas y la miro con el ceño fruncido, sintiéndome de repente a la defensiva.

Su risa suena como las campanadas de una campana. "No me mires así, Serena. Lo he dicho de la mejor manera posible".

"¿Qué relación tienes con los Casagrande?", exijo. No está en posición de dar su aprobación como si fuera un preciado tesoro por el que debo luchar.

"No estoy emparentada con ellos", explica Felicia. "Solo soy una amiga de la familia. Crecí con esos granujas, Xavier y Mariano. Fuimos a los mismos colegios, rodamos en los mismos círculos, todo eso".

Reflexiono sobre ello. Debe de ser una amiga importante de la familia para que acabe en este piso. Y por la forma en que pronuncia los nombres de Xavier y Mariano con tanta familiaridad, hay un cariño genuino, pero también ese matiz acariciador de una antigua amante. Sé sin que me lo digan que ha compartido la cama de uno de ellos, si no de los dos.

El vino se me agria en el estómago y aprieto con fuerza la copa.

Felicia me observa atentamente y sus dientes blancos y uniformes se muestran en una amplia sonrisa. Está disfrutando. Mis emociones deben de notarse en mi rostro.

"Qué bien. Aunque nunca te han mencionado". Consigo decir, con voz seca y fría.

"¿Por qué iban a hacerlo?"

Permanezco en silencio. Ella se ríe y estira la mano para apartarme un mechón de pelo de la cara. Estoy tan sorprendida por esta acción que me quedo helada.

"Oh, Serena", me arrulla. "Mira cómo te pones posesiva con los dos. Aunque puedo entenderte. Nada puede compararse a que esos dos hombres te follan como a una tonta".

Me aparto de sus dedos persistentes como si me hubieran escaldado.

"No sé de qué estás hablando. Y no sé si me gusta que hables así de mi marido".

"¿Así es como quieres jugar entonces?" Parece decepcionada.

Me tiemblan los dedos. Sé que Mariano y Xavier han compartido mujeres antes. No es que lo hicieran un gran secreto, ambos lo confesaron esta mañana. Pero eran mujeres sin rostro que podía fingir que no existían.

No esta diosa de la belleza y la lujuria que tengo delante. Estoy irracionalmente celosa. Odio el hecho de que ella los haya disfrutado antes.

"Debería volver a la cama. Es tarde. Pero gracias por el vino", digo, arrepintiéndome ya de haber bajado. Ahora solo puedo pensar en Felicia, guapa y segura de sí misma, aplastada entre Xavier y Mariano.

"¡Espera!", dice, sobresaltándome.

Hago una pausa, con las cejas levantadas en señal de pregunta.

"No pretendía ofenderte. Esperaba que pudiéramos ser amigas. No tengo nada contra ti".

Mantengo una mirada regia en mi rostro, guardando silencio el tiempo suficiente para que ella se retuerza y cambie el peso sobre sus pies.

"No me has ofendido. Solo estoy cansada. Necesito dormir un poco. Buenas noches". Me doy la vuelta y vuelvo a subir las escaleras, con el vaso de vino aún en la mano mientras aporreo la puerta tras de mí.

Lo dejo en la mesilla y recorro la habitación con rabia. Mi bloc de dibujo está en el suelo y los lápices desparramados a su alrededor.

Me quito la bata y me quedo solo en camisón. Me meto bajo las sábanas. Me muerdo el labio inferior y luego me mordisqueo las cutículas del pulgar. Sin dejar de mirar el móvil.

Son más de las 10 de la noche, Xavier y Mariano ya deberían estar descansando. Intento pensar en todas las excusas que se me ocurren para llamar a estas horas de la noche.

Tal vez podría llamar casualmente para decir que he conocido a su amigo de la familia o a su follamigo, piensa una parte sarcástica de mí mientras resoplo y tiro el teléfono lejos de mí y cruzo los brazos con fuerza contra el pecho. Me doy cuenta de que estoy más celosa por el hecho de que Mariano pueda seguir follándosela.

Xavier y yo estamos casados, pero Mariano no está ligado a mí. Nunca dijimos nada de vínculos afectivos, así que ¿por qué me altero con la imagen de Felicia y

Mariano juntos?

Estoy inquieta. La cama es demasiado grande y las sábanas son suaves y lisas como la seda. Quiero estar acalorada, sudorosa e incómoda mientras los dos hombres de mi vida roncan a cada lado. Así me he despertado esta mañana.

El calor de su piel me hace sentir acogedora y perezosa. Suspiro y cierro los ojos imaginándomelos aquí conmigo. Mi teléfono empieza a sonar y lo cojo a la velocidad de la luz. Es una videollamada del número de Mariano.

Acepto la llamada vergonzosamente rápido. El precioso rostro de Mariano llena la pantalla. El fondo es una pared, pero hay suficiente luz para que pueda ver sus rasgos. Sus ojos son pálidos y escrutan los míos hasta que me ruborizo y bajo la mirada.

"Hola". Digo, sin aliento.

"Hola, amor". Retumba.

"Creía que no ibas a llamar", digo, sin poder evitar que la hosquedad se apodere de mi voz.

Se ríe entre dientes. "Creo que me has echado de menos". Le dice.

"¿Está Xavier?", pregunto.

Mariano señala a su hermano mayor, que tiene el ceño fruncido y está sentado frente a él. Lleva una camisa de vestir con las mangas remangadas hasta los antebrazos. Lleva el pelo revuelto y le cae sobre las cejas. Unas ojeras adornan la parte inferior de sus ojos.

"Hola, Xavier", le digo.

Su mirada atenta se clava en la mía y siento una oleada de calor en el vientre. Es tan premonitorio e intimidante, con esos hombros anchos y esos grandes brazos.

Se levanta y rodea la mesa para sentarse al lado de Mariano, de modo que ahora ambos están en el marco de la foto.

"¿Cómo estás? ¿Necesitas algo?", pregunta.

"No, estoy bien".

Logra esbozar una sonrisa a regañadientes, y mi corazón da un vuelco al verlo.

"Los echo mucho de menos a los dos", digo, con la voz entrecortada. Me sorprende la repentina oleada de emociones que amenaza con brotar de mi pecho.

Ninguno de los dos me responde, pero sus ojos brillan con calidez. Quiero poner los ojos en blanco ante sus expresiones estoicas. Lejos de ellos expresar sus emociones como la gente normal.

Me observan con intensa contemplación, y yo me retuerzo e intento no mordirme el labio y hacer el ridículo. Es extraño lo rápido que me excitan estos dos.

"¿Qué has cenado?". Intento desviar la conversación hacia terrenos más seguros.

Mariano se encoge de hombros. "Aún no hemos llegado a comer. Acabamos de salir de una reunión con unos socios. También estamos enviando mensajes a las demás familias. Quien no está con nosotros, está contra nosotros. Así que todo el mundo se esfuerza por demostrarnos que no es el enemigo".

"¿Aún no sabes para quién trabaja Jason?". Pregunto.

"Son los Guerrero". Xavier responde, hay disgusto en su tono.

Y puedo entender por qué.

"A mi padre no le gustaba nada esa gente", les digo. "Una vez le oí decir que le ponían la piel de gallina".

Xavier cierra el puño. "Sí, parece que su reputación les precede".

"También son una familia poderosa por derecho propio". Expreso mi preocupación. "Y no siguen las reglas del honor y la conducta. Por favor, ten cuidado".

Xavier gruñe y Mariano dice

"No pasa nada, princesa. Somos un enemigo formidable para cualquiera. Deberían ser ellos los que temblaran de terror".

Asiento lentamente y reprimo un bostezo. Ahora que tengo noticias tuyas, me siento segura y mi corazón se siente mucho más ligero.

"Deberías dormir un poco", dice Xavier,

"Me cuesta dormirme sin ustedes dos", confieso.

"Sí, ojalá estuviera allí", dice Mariano, con voz áspera.

"Yo también". Xavier confiesa.

Estoy sorprendida. Los momentos de vulnerabilidad emocional de Xavier son tan raros y distantes entre sí que, en el poco tiempo que hace que le conozco, he aprendido a

saborear cada instante en el que baja la guardia.

El ambiente entre los tres cambia, la tensión sexual inunda el aire y sus ojos tienen los párpados pesados y oscuros de lujuria.

"Aparta el teléfono de la cara, déjame verte". Dice Mariano.

Hago lo que me dicen, manteniendo los ojos bajos mientras coloco la cámara para que capte mi camisón transparente. Mis pezones están endurecidos en este momento y estoy segura de que pueden distinguir las huellas a través de mi ropa.

"Joder, qué sexy estás, Serena. ¿Eso es lo que te pones para dormir?", pregunta Mariano.

"Siempre me han gustado los camiones; no sé por qué".

"Jodidamente preciosa", dice Xavier. "Busca algo para apoyar el teléfono y luego apoya la espalda en la cabecera de la cama".

Escudriño la habitación y mis ojos se fijan inmediatamente en una cajita de madera ornamental que hay sobre el tocador. Me arrastro por la cama para cogerla y vuelvo, apoyando el teléfono en ella, con los dedos temblorosos.

Me deslizo hacia atrás, deteniéndome cuando mi espalda toca el cabecero. Ahora estoy a su merced, mi pecho se agita con cada respiración. Siento la piel muy sensible mientras espero con impaciencia.

"Abre las piernas para nosotros, nena. Déjanos ver ese precioso coño rosa". Canturrea Mariano.

Su voz áspera es como una suave caricia en mi piel.

"¿Te duele lo de anoche?", pregunta Xavier.

"Sí". Gimo levantando el dobladillo del camisón y separando los muslos. Me estremezco por la decadencia de este acto.

Sus poderosos encuadres llenan la pantalla de mi teléfono. Ambos llevan camisa y corbata. Pelo artísticamente despeinado, estructuras óseas similares pero rasgos diferentes. Uno al lado del otro parecen sacados de un sueño húmedo. Están tan buenos que creo que mi teléfono va a explotar.

"Baja lentamente los tirantes del camisón", dice Mariano.

Hago lo que me dicen. Al liberar mis pechos, el material roza mis pezones mientras

se desliza hacia abajo. Gimo y mis labios se abren. Mi mano se dirige a mis pechos. Los ahueco, los aprieto y los hago rodar deseando desesperadamente que sea la áspera palma de Xavier en uno y la lengua mágica de Mariano en el otro.

"Vamos nena, juega con ese coño. Dinos lo que desearías que te hiciéramos". La voz grave de Xavier hace que se me ponga la piel de gallina.

Mi mano se dirige a mi resbaladiza raja y al tocar mi clítoris me sobresalto, escapándoseme un grito áspero.

"Xavier, Mariano". Gimo sus nombres. "Ojalá estuvierais los dos aquí turnándoos para chupármela".

Me instan con palabras soeces. "Buena chica, enséñanoslo. Así".

Mis dedos se mueven más deprisa, la humedad brota de mi coño mientras me meto los dedos.

"Los deseo tanto", susurro.

Sé que ambos están excitados. Saber que soy el único objeto de su lujuria, me pone al límite... y echo la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados mientras mi cuerpo empieza a temblar.

"Sí, nena, hazte venir por nosotros". Me animan.

El orgasmo me desgarran y me estremezco al correrme. Mis movimientos son espasmódicos e inestables mientras me froto el clítoris furiosamente, aguantando la oleada hasta que me desplomo respirando con dificultad.

Me hago un ovillo, con los ojos pesados. Los dos murmuran suavemente, pero no les oigo. Ya estoy sumiéndome en un sueño tranquilo.

CAPÍTULO CATORCE - XAVIER

La mañana siguiente a dejar a Serena en la villa vinícola, me desperté en la cama que Serena y yo compartimos en nuestra noche de bodas. Después de verla dormir durante casi una hora, me dirigí distraídamente a la habitación. Aquí no hay rastros de ella.

Pero si cierro los ojos el tiempo suficiente, puedo imaginármela tumbada boca abajo, roncando suavemente con el rostro oculto por su larga melena oscura.

Me doy una ducha rápida, me pongo un traje y bajo las escaleras. La cocina está vacía, nuestro padre aún no ha salido de sus aposentos. Y Mariano está ausente. Me dirijo a la cafetera y me sirvo una taza.

Mariano entra con el teléfono delante, sonriendo y hablando en voz baja. Sus ojos se iluminan mientras habla, y vuelve a parecer un niño. Despreocupado y sin nada de la oscuridad que se cierne sobre su persona.

Mariano dice algo y una risa que reconozco como la de Serena llena la habitación. Ese sonido me aprieta las tripas. Podría vivir solo de ese sonido. Podría ser todo el sustento que necesito para superar cualquier día por malo que sea.

Observo a mi hermano. Tiene una sonrisa pícara en los labios y es la personificación misma del aplomo y la confianza. Serena hace aflorar en él una calma que hacía mucho tiempo que no veía.

Puedo ver sus ojos brillando de amor, y no puedo ver la cara de Serena, pero sé que sus ojos reflejan lo mismo.

Mariano toma un taburete y su pie golpea inquieto contra el suelo.

"¿Ya te has puesto a dibujar?", le pregunta.

Me pregunto a qué viene eso. Abro la boca para preguntar y luego me lo pienso mejor. Siento que debo dejar que tengan su momento. Es raro, pero no me molesta demasiado que se lleven bien. Él está ansioso por llegar a ella, y yo también.

"¡Jefe!", grita Nico, con el rostro sombrío mientras se apresura a entrar en la cocina.

Hay pánico en su cara. "¿Qué ocurre?"

Nico duda y yo me impaciento.

"¡Escúpelo!"

"Jason tiene un hijastro". Suelta.

Enarco una ceja.

"¿Qué pasa con eso?". Pregunto, apartándome ya para dejar la taza sobre la encimera.

"El chico le admira y está en nuestras filas. Uno de nuestros hombres hechos".

Mi cuerpo se enfría y Mariano levanta la cabeza. Su mirada es aguda y penetrante.

"Conocía la ubicación del piso". Nico continúa. Mi visión se vuelve roja y el corazón me da un vuelco.

"No..." empiezo a decir.

Nico continúa. "Se ha puesto en peligro. Necesitamos".

No termina la frase antes de que yo rujo con rabia ciega y haga añicos la taza que tengo en la mano contra la pared.

Me vuelvo hacia Mariano, cuyo rostro se ha vuelto blanco. Tenemos que llegar hasta Serena.

"¿Mariano? Hay gritos abajo". Dice Serena de repente. Hay miedo en su voz.

Oímos disparos que resuenan por el altavoz y ella grita. "¡Mariano!"

Se oye un fuerte ruido de puerta forzada.

Y suenan las palabras que me perseguirán el resto de mi vida.

"A por ella".

Serena vuelve a gritar y la llamada termina.

"¡Serena!", grita Mariano a su teléfono. Pulsa repetidamente el icono de marcar.

"¿Cuántos hombres hay en la escena?", pregunta Mariano a Nico, ya en pie, con la cabeza girando en torno a sus hombros que vibran de rabia.

"Esto podría ser una trampa, jefe".

"Me importa una mierda. Voy a encontrar a todas y cada una de las personas a las que esa gente quiere y por las que se preocupa y voy a arrancarles la vida si alguien le

pone un dedo encima a Serena". Brama Mariano.

Tiene la cara roja y una rabia asesina que palpita en oleadas furiosas. Comprendo su ira y yo también quiero enfurecerme, pero tengo que pensar rápido. Ya sé que es imposible que lleguemos a Serena a tiempo. Pero si jugamos bien nuestras cartas, podremos encontrarla y rescatarla.

Dirigiéndome a Nico le pregunto: "¿Sabe Josef que sabemos que es hijo de Jason?"

"No, jefe. Me he enterado hoy".

"Bien. Tengo la sensación de que Jason no querrá renunciar a su topo todavía. Algo me dice que este chico estará convenientemente entre los pocos afortunados que sobrevivan a este ataque. Iremos allí, le cogeremos y le torturaremos hasta que nos lo cuente todo".

"¿Y si no está allí? ¿Y si se va con ellos y perdemos toda esperanza de encontrar a Serena?", pregunta Mariano,

"Estará allí", digo con confianza mientras salgo de la cocina y me dirijo a la puerta principal.

En el fondo espero no equivocarme.

Cuando llegamos al piso franco, las puertas están abiertas, lo que es señal inequívoca de que tuvieron ayuda desde dentro. Es imposible que hubieran podido franquear la puerta sin explosivos. Sin embargo, sigue intacta.

A mi alrededor, hay cadáveres de guardias caídos y hombres hechos. Aprieto la mandíbula y entro en la casa. Las cosas están patas arriba, una de las patas del piano del salón está rota haciendo que se incline hacia un lado.

Una señora mayor con el pelo canoso recogido en un moño apretado se acerca a mí con los ojos brillantes.

"Se llevaron a todas las mujeres y niños, señor Casagrande. Hasta el último de ellos. A mi Helen incluida". Dice apenada la criada, utilizando el delantal para limpiarse los ojos.

"¿Cuántos vehículos has visto?", pregunto.

"Tres, señor". Responde una voz.

Me giro para ver quién ha hablado. Un chico está sentado en una silla y se lleva un trapo ensangrentado a la cabeza. Tiene el pelo rubio recortado y el lado derecho de la

cara está cubierto de sangre seca y pegajosa.

Sin embargo, no tiene moratones en la cara y su traje sigue impecablemente limpio para alguien con ese tipo de lesión.

"¿Y tú eres?", pregunto.

"Josef, jefe".

Pienso en el hijastro de Jason. Mis ojos se estremecen al contemplar su rostro fresco y su cuerpo larguirucho. Está tan seguro de su engaño que no se inmuta ante mi escrutinio.

Nico se mueve para agarrarlo, pero yo hago un movimiento imperceptible con la cabeza. Puede que no esté trabajando solo. No podemos estropear una situación tan delicada y que Jason se entere de que sabemos lo que pasa con su hijo.

Le hago señas a Nico para que se acerque y le susurro al oído.

"Aíslalo de los demás y asegúrate de que nadie te vea llevándolo al sótano".

"Sí, jefe".

Hago un gesto a Mariano para que me siga y salimos de la habitación. Damos la vuelta a la propiedad y descendemos a la bodega húmeda y escasamente iluminada a través de las contrapuertas. Hay barriles de vino prensado de los viñedos dispuestos en hileras. También hay algunas botellas añejas. Las paredes son gruesas.

Por encima cuelgan bombillas amarillas brillantes.

"Nadie le oírás gritar aquí abajo", dice Mariano, que ya se está quitando la chaqueta del traje y colocándola en una silla cercana.

"Seré yo quien le interrogué", respondo.

Mi hermano se encoge de hombros.

"Estupendo. A mí me viene bien. Yo rompo los huesos y tú hablas". Me da un golpecito en el hombro.

Mariano está entrando en un profundo túnel de desesperación. Es evidente. Intento no pensar en lo que puede estar pasando Serena en estos momentos. Si me detengo en ello me volveré loco.

Aíslo mis pensamientos, hasta que el único en foco es como manejar al pequeño espía de Jason.

Unos instantes después, Nico entra con Josef en el sótano.

"Necesitaremos vino para refrescarnos todos".

Los ojos de Josef son rápidos e inteligentes, su cuerpo está tenso mientras sigue a Nico a regañadientes hacia el interior del sótano, dirigiéndose directamente hacia nosotros.

Mariano está de pie junto a la mesa con los brazos cruzados. Tiene las mangas remangadas hasta los codos.

Josef por fin nos ve y evalúa la situación, con el cuerpo preparado para emprender la huida. Intenta retroceder, pero Nico está detrás de él.

La sonrisa de Mariano es fría y amenazadora. Le ha sobrevenido un cambio, el sádico que hay en él, ansía sangre y vísceras.

"¿Qué está pasando aquí?", pregunta Josef con voz chillona. Traicionando aún más su culpabilidad.

"Ven a sentarte, Josef. Necesito hablar contigo". Le digo desde donde estoy sentado.

"Tengo que estar arriba ayudando a los demás a limpiar, jefe", responde Josef, con la mirada entre Mariano y yo.

"Tengo suficiente personal para eso. Creo que conoces otra forma de serme útil". Digo y le muestro los dientes. "Siéntate".

Le tiemblan las rodillas y rompe a sudar frío. Nico coloca sus pesadas palmas sobre los hombros del tipo y lo empuja hacia la silla. Saca unas esposas para esposarle las manos detrás de la silla.

"Déjale libre". Ordena la fría voz de Mariano.

Las manos de Josef cuelgan sin fuerza a los lados.

"Tengo preguntas que hacerte, Josef". "Y vas a responderme con la verdad. Porque si no lo haces, mi hermano va a empezar a romperte uno a uno todos los huesos del cuerpo".

Sus ojos se desvían en dirección a Mariano y lo que ve allí le hace estremecerse y palidecer.

"Acabas de conocer al mismísimo diablo, Josef".

Sacudo la cabeza y chasqueo la lengua.

"Lo siento por ti. Ahora dime. ¿Adónde se llevaron también a las mujeres y a los niños?"

"No lo sé, señor, lo juro. Debe de haber algún malentendido". Grita frenéticamente y se inclina hacia delante con las manos agarrando con fuerza los lados de la silla.

Suspiro y hago una señal a Mariano, que se adelanta, sobresaliendo por encima de Josef. Mariano le agarra la barbilla y le da un puñetazo en la nariz. Se oye un sonoro crujido. Mariano le pellizca la nariz magullada entre el índice y el pulgar y aprieta. Josef chilla de dolor y grita.

"Voy a preguntártelo otra vez", digo con voz aburrida: "¿Adónde se han llevado a mi mujer?".

"¡Por favor! ¡Por favor!"

Sus súplicas me irritan, y Mariano le da un puñetazo en las tripas, él se dobla y cae de lado al suelo tosiendo e intentando arrastrarse.

Mariano le acecha, como una pantera, lenta y pausadamente. Infundiéndole un miedo que hiela los huesos, agarra a Josef del pelo, obligándole a mirarme.

Tiene la nariz hinchada y rota. Le gotea sangre de la boca. Por él secuestraron a Serena. Dio esa información mientras se hacía pasar por uno de nosotros. Mis entrañas rechinan de furia, pero mantengo una expresión tranquila, ocultando el verdadero alcance de mi rabia.

Me ajusto los puños del traje.

"Habla Josef. Hay cosas peores que la muerte; puedo mostrarte piedad y hacer que sea rápida e indolora. O podemos alargarlo. Cualquiera de las dos formas me parece bien. No repetiré mis preguntas. Y Mariano seguirá rompiéndote los huesos".

Josef traga saliva y se estremece. Se le saltan las lágrimas. Es valiente, aguanta cinco minutos más antes de que Mariano lo rompa y empiece a soltar la lengua.

En cuanto nombra la ubicación de las mujeres y los niños, Mariano lo deja caer al suelo y comienza a dirigirse hacia la salida.

Tengo que levantarme y bloquearle el paso sujetándole físicamente. Soy más grande que él, pero su tozudez hace que sea una tarea bastante difícil.

"Muévete antes de que te mueva yo, hermano". Gruñe.

Lucha contra mi agarre.

"Necesitamos más información. No podemos ir a ciegas o arriesgaremos aún más su vida". Le digo bruscamente.

Es como hablar con una pared de ladrillos. A Mariano le da igual.

"¡Ella no te importa!", brama y se esfuerza por liberarse de mí. Su aliento sale en bocanadas furiosas, sus manos resbalan de sudor y sangre cuando intenta apartarme de los brazos.

"Solo te importa ganar esta guerra. Podría estar herida ahora mismo; ni siquiera sabemos si está de una pieza. Sabemos dónde está, ¡así que vamos a por ella!".

"¡No te atrevas a decirme eso!", gruño. "Sé lo que hago y comportarme como un loco y tirar la cautela al viento no la ayudará".

"Cuanto más esperemos... más tiempo tendrá ese bastardo enfermo para hacerle lo que quiera". Dice Mariano.

"Se los llevaron, no los mataron, lo que significa que quieren una negociación", respondo. "Pretenden paralizarnos con lo que perciben como nuestras debilidades. Para que actuemos con descaro y tomemos decisiones precipitadas. Piensa".

Mi voz es un poderoso rugido. Mariano grita cargando con toda su desesperación y frustración y cierra el puño. Por una fracción de segundo, creo que va a atacarme e ir a por Serena a pesar de todo.

Pero entierra el puño en un barril cercano, perforando la madera de morera tratada y haciendo que el vino tinto brote de él y caiga al suelo. El olor a uva fermentada llena el aire.

"Necesito matar algo hermano". Su voz se ha vuelto ronca y calmada.

Hace un esfuerzo por controlarse, su respiración se calma. Le pongo una mano en el hombro y aprieto, mirándole directamente a los ojos.

"Lo harás. Juro que nos cubriremos de la sangre de los que se atrevieron a tocar a nuestra Serena".

La tensión no desaparece de su cuerpo, pero al menos se percibe cierta claridad en sus ojos. Espero a que hable, pero cierra los ojos y asiente. Le suelto el hombro y me ajusto la ropa antes de volver a Josef, cuyo rostro es un amasijo sanguinolento, con los ojos hinchados de púrpura y los labios rojos de ira.

"¿Ahora decías que los Guerrero tienen cuántos almacenes?".

Cuando termine de sacarle información a Josef, hago que Nico lo encierre en una de las salas de guardia.

Ahora Mariano y yo estamos sentados frente a la mansión Guerrero viendo cómo entran y salen coches y cómo los guardias patrullan el perímetro.

"Ahí está el camino trasero que lleva al túnel del que habló Josef". Señalo.

Mariano, que está de mal humor, resopla. "Al menos sirvió para algo".

Nuestra estrategia es sencilla. Nos colamos y rescatamos a las mujeres y niños secuestrados. Sabemos dónde están retenidos todos los rehenes, Serena incluida. Josef hizo una descripción muy acertada de toda la disposición de la propiedad. Todavía me escandaliza hasta las médulas que nos descuidáramos y dejáramos entrar en nuestras filas a alguien como él. Podría habernos destruido desde dentro sin que nadie se diera cuenta.

Cuando llega la noche, Mariano y yo nos dirigimos a los túneles. Solo estamos nosotros. Tiene que ser una operación sigilosa. Si somos demasiados, llamaremos la atención y lo estropearemos todo.

Abrimos una brecha en el recinto con facilidad. Por suerte, para nosotros, el edificio donde están retenidos las mujeres y los niños está separado de la propiedad principal. Mariano y yo nos dirigimos directamente al edificio. Solo hay un guardia en la entrada fumando un cigarrillo. Mariano le golpea la cabeza contra la pared antes de tener la oportunidad de pedir ayuda.

El tipo se desploma en el suelo con un gemido. Noqueado, le registro los bolsillos y saco las llaves de la puerta.

Abro y me hago a un lado con la pistola en alto. Mariano entra primero y, tras asegurarme de que no hay nadie más, le sigo.

Exploramos la habitación respirando erráticamente. El espacio está limpio y ordenado, dispuesto como un dormitorio. Los catres para dormir se alinean en la habitación y están dispuestos en filas.

Las mujeres y los niños se apiñan en un rincón.

"¿Mariano?" La voz de Serena es como el agua fresca de un manantial en un día

caluroso.

Me invade y casi me tambaleo de la fuerza del alivio que me invade. Está sentada en el borde de un catre, sosteniendo a dos niñas a su lado y acariciándoles el pelo.

Mira a Mariano como si no pudiera creerse que esté aquí. Luego su mirada se desvía hacia la mía y le tiembla el labio inferior.

"Xavier". Pronuncia mi nombre y, en un instante, se levanta y se arroja a los brazos de Mariano. Mantengo la pistola apuntando al suelo y hago un rápido recuento. Para mi alivio, todos están presentes.

Mariano acaricia el pelo de Serena, con los ojos cerrados mientras la respira. Ella lleva pantalones de chándal y una camiseta. Sus cuerpos se funden en uno y ella solloza en el hueco de su cuello.

Es amable con ella, le acaricia el pelo y le arrulla palabras suaves al oído. Esta visión me aprieta el corazón. Y me aparto un momento. Hay algo especial en su vínculo con Mariano.

"Hola". Alguien dice y me giro para ver a Felicia. Lleva el pelo recogido con una goma en una coleta alta y un vestido de diseño desaliñado.

"Felicia, me alegra ver que estás bien", le digo y ella asiente y me aprieta el brazo.

Serena nos observa como dice Mariano,

"¿Estás bien, amor? ¿Te han tocado o te han hecho algún daño?".

"Estoy bien. Nadie me ha tocado. Estoy bien". Murmura.

Mariano se preocupa por ella como un papá oso gruñón. Comprueba cada centímetro de su piel expuesta en busca de señales de heridas o algo por el estilo.

"Estoy bien, Mariano. Estoy bien". Le tranquiliza, ahuecándole la mejilla y calmando sus movimientos.

Tiene la mandíbula apretada y una furia glacial en los ojos. Serena consigue zafarse de él y se acerca a mí con cuidado, buscándome a los ojos. Disimulo mi expresión, pero dejo que vea el alivio y la alegría que siento al encontrarla.

"Hola". Me dice.

"Ven aquí", gruño y ella se lanza a mis brazos.

Me estrecha los brazos alrededor de la cintura. La beso la parte superior de la

cabeza. "Me alegro mucho de que estés bien, mi amor. No tienes ni idea".

"Pensé que no volvería a verte. Tenía mucho miedo, pero sabía que me encontrarías. Simplemente lo sabía".

"Siempre Serena. No hay ningún sitio al que pudieran llevarte que yo no encontrara".

"Lo sé. Una vez intenté huir de ti, ¿recuerdas?". Se burla de mí.

Esto me sorprende con una carcajada ahogada. Me fulmina con la mirada. Luego sus ojos se dirigen a Felicia, que sigue de pie a mi lado, y sus labios se tensan en las comisuras. ¿A qué viene eso? Me pregunto.

"Mi niña". Le aparto el pelo de la cara para sujetarle la barbilla. Devolviendo su atención a mí.

"Vámonos de aquí, ¿vale?"

Volviéndome hacia Felicia, le digo: "Organízalos a todos, en fila india. Mariano irá en cabeza, yo vigilaré la retaguardia".

Asiente y empieza a hablar con las mujeres, todas nos miran con ojos esperanzados, contentas de ser rescatadas.

Los conducimos al amparo de la noche hasta los túneles y la furgoneta está esperando con Nico paseándose delante. En cuanto nos ve, sonrío aliviado.

"Me alegra ver que has salido de una pieza, jefe".

"Sí, yo también. Llévalos a todos directamente a la villa familiar".

"Sánchez se encargará de ello".

"Bien".

"Espera, ¿no vienes con nosotros?", pregunta Serena. Interrumpiéndonos.

"No", le digo.

"¿Mariano?", dice ella, mirándole interrogante.

Le acaricia la mejilla.

"Tenemos asuntos pendientes de los que ocuparnos. Encontrarte era nuestra prioridad, ahora es el momento de darles una lección".

"Quieres decir matar a todo el mundo", dice Serena, cruzándose de brazos.

Mariano sonríe y se encoge de hombros.

"Sí, matar a todos", respondo.

Arruga las cejas con preocupación, descruza los brazos y hace girar los pulgares. Suspira y sacude la cabeza. "Vuelvan a mí de una pieza. Los dos".

"Lo haremos", dice Mariano.

"Cuídense los unos a los otros y no dejes que este se desboque, Xavier".

"Sé cómo mantenerlo a raya", respondo.

"¡Eh!", protesta Mariano.

Serena le abraza con fuerza y luego me abraza a mí también antes de subir a la furgoneta. Les vemos alejarse.

"Me alegro de que esté a salvo", digo y levanto mi arma. "Ahora matemos a esos cabrones".

CAPÍTULO QUINCE - MARIANO

Estoy sentado en la parte trasera de la furgoneta. Tengo los nudillos y los dedos manchados de escamas de sangre seca, la manga de la camisa rota y, por el dolor que siento en la mandíbula, estoy casi seguro de que se me está formando un hematoma.

Doy un trago a una botella de whisky. Miro fijamente el cielo nocturno, tachonado de estrellas que centellean como pequeños diamantes.

Al otro lado de la calle, las intermitentes luces azules y rojas de los vehículos policiales lo bañan todo con su resplandor, reflejándose en los fragmentos de cristales y ventanas rotos. La cinta amarilla atraviesa la entrada principal de la mansión Guerrero. Médicos con uniformes azules sacan camillas tras camillas de cadáveres.

No siento nada mientras asimilo la escena que tengo ante mí. Han matado a tanta gente y, al final, no hemos llegado ni a Guerrero ni a Jason. Aprieto los dientes ante este pensamiento y bebo otro sorbo de la botella. Doy la bienvenida al ardor que sigue.

A unos metros, Xavier está con Nico, hablando en voz baja. Su estado físico no difiere del mío. Tiene la corbata torcida, el pelo suelto y le faltan algunos botones de la camisa. Deja una última instrucción y Nico reacciona y se aleja.

Xavier camina hacia mí. Cojea ligeramente desde que alguien intentó destrozarle la rodilla con un bate de béisbol. Eliminé al agresor con una bala certera entre los hombros.

"¿Estás seguro de que esa pierna está bien?", le digo cuando se acerca a distancia auditiva.

Emite un sonido desde el fondo de la garganta y me muevo para que tenga espacio para sentarse. Lo hace con un gemido grave. Tiene un corte en el labio inferior y manchas de sangre en el cuello de la camisa. La corbata le cuelga del cuello como una soga y sus impecables mocasines están arañados y estropeados.

Le paso la botella. "¿Alguna noticia de adónde pueden haber huido Jason y Guerrero?"

Toma un sorbo y hace una mueca. "Todavía no. Pero al menos estamos seguros de que no han abandonado la ciudad. Les encontraremos".

Miro con desprecio al espacio. La venganza burbujea en la boca de mi estómago.

No me sentiré satisfecho hasta que tenga sus cabezas servidas en bandeja de plata delante de mí.

"Saben que han perdido. Se meterán en algún agujero, se lamerán las heridas y luego enviarán representantes para negociar", digo con disgusto.

"No habrá negociación. Los quiero muertos". Es la respuesta bruta de Xavier. Sus ojos lamben con la misma venganza que yo siento.

Durante ese breve instante, somos almas gemelas, resentidas.

Se queda mirando al espacio, sumido en sus pensamientos. Luego sacude la cabeza y suelta el aliento.

"Esto no me gusta nada Mariano. Siento que nos estamos perdiendo algo. Siento que hemos jugado directamente en la mano de alguien".

Mis cejas se fruncen ante esto. Cojo la botella que me ofrece.

"Guerrero era la única persona con la que trabajaba Jason". Señalo. "¿Quién más podría estar metido en esto? ¿Y por qué no vinieron a ayudar a sus aliados cuando atacamos?"

Se hace el silencio por un momento.

"Aliados". Murmura Xavier para sí mismo. Luego dice. "Entiendo que Guerrero es un hombre poderoso, pero aun así, Jason no pondría todos los huevos en la misma cesta. No con alguien tan poco fiable como Guerrero".

Hace una pausa y se golpea la rodilla con la mano, sumido en sus pensamientos.

"Cuando Jason y yo hablamos por teléfono, dijo aliados, en plural. Y también dijo que habían llegado al acuerdo de que la época en que nuestra familia gobernaba esta ciudad había terminado".

"Guerrero se habría dado la vuelta y le habría apuñalado por la espalda en cuanto le hubiera convenido a sus propósitos, eso seguro", digo yo. Empezando a comprender lo que quiere decir mi hermano. "¿Crees que esto aún no ha terminado?"

Se inclina hacia delante para apoyar los codos en las rodillas. Por un segundo parece agotado.

"Ni mucho menos. Creo que nuestro enemigo nos subestimó, o tal vez nos estimó correctamente, y sabía que acabaríamos con los Guerreros fácilmente. Estamos despejando el tablero pieza a pieza para esta persona".

Miro a mi hermano. Sus instintos casi siempre son correctos. Da un poco de miedo cómo es capaz de ver el panorama completo solo con ver cómo se desarrollan algunas situaciones. Es una de las cosas que admiro de él, cómo va siempre un paso por delante, sin relajarse ni un segundo.

"Entonces tenemos que hablar con padre", sugiero.

"Sí". Xavier está de acuerdo, pero no parece muy contento. Me pregunto si aún estará enfadado porque el otro día mi padre le estaba jodiendo. Mi hermano es algo resentido.

Llegamos a la villa familiar. Me aseo en una de las habitaciones y hago que me traigan un traje. Me lo pongo y voy al despacho de mi padre.

Xavier me espera. Llamamos y entramos juntos. Padre está sentado detrás de su escritorio, tan imponente como siempre, con un traje de tres piezas de corte elegante. Con el pelo plateado peinado hacia atrás, sus ojos claros y penetrantes nos atraviesan, buscando cualquier indicio de debilidad o fatiga que pueda utilizar para explotarnos.

Como es mi rutina habitual, me fijo en él con una expresión de aburrimiento en el rostro. Xavier está de pie como un soldado. Con la espalda recta, las piernas ligeramente abiertas y las manos juntas delante de él. Siempre el heredero leal.

"He oído que dejaste escapar a Guerrero y a Jason". Dice mi padre.

No pregunta si estamos bien, ni cuántos de nuestros hombres han muerto hoy. El duro resentimiento hacia él me obstruye la garganta hasta que casi no puedo respirar.

La voz de Xavier es nítida y formal. "Su gente opuso resistencia. Aprovecharon la distracción para escapar".

Las fosas nasales de mi padre se agitan y golpea la mesa con el puño. Ni Xavier ni yo nos inmutamos ni movemos un músculo. Estamos acostumbrados a sus ataques de ira.

"¡Excusas!" brama. Fumando y respirando con dificultad, su cuerpo se inclina hacia delante y sus ojos destellan violencia. "Todo lo que hiciste fue masacrar a un par de peones. Gente sin importancia, ¿todo para qué? Los Wilson estaban sobre mi cuello cuando secuestraron a tu mujer. ¿Lo sabías?"

Xavier vacila. "No lo hice".

"¿Cómo lo harías?", gruñe el padre y se pone en pie. "Imagínate después de

asegurarles que el caso estaba controlado y que los responsables del secuestro de su hija serían llevados ante la justicia".

"Tengo que volver atrás y decir que lo único que hicieron mis hijos fue matar a un par de soldados de infantería. Y los cerebros, nuestros verdaderos enemigos, siguen en el aire, probablemente planeando cómo plantar otro espía en nuestras filas".

Xavier y yo compartimos una mirada. Y padre nos observa con ojos torvos.

"Ah, sí. Sabía lo del hijastro de Jason. ¿Creías que no me enteraría?".

Xavier desplaza su peso y yo fulmino a mi padre con la mirada.

"No esperábamos que hicieran lo que hicieron", digo, esforzándome por mantener el nivel de voz y el respeto. "Aun así, lo manejamos bien. Todo en solo un día. Serena está a salvo, nuestros enemigos han sido inutilizados y sus almacenes asaltados. Nos aseguramos de que a nadie se le ocurriera volver a ir contra nuestra familia".

Hablar es un error, porque mi padre se vuelve hacia mí, con una sonrisa lasciva en los labios.

"Tú eres el que habla, Mariano. Tú nos metiste en este lío en primer lugar. En cuanto Jason se pasó de la raya deberías haberle puesto en su sitio".

Enarco una ceja, con voz seca. "Bastante difícil hacerlo cuando estaba rodeado por siete de sus hombres. ¿O hemos olvidado la parte en la que apenas escapé con vida tras encontrarme con él con tu mensaje?".

Mi padre ni siquiera me escucha. Está de pie observándonos a los dos. No me gusta la mirada calculadora que veo recorrer su expresión.

Por fin habla.

"Todo esto me ha demostrado que no basta con un matrimonio. Necesitamos más aliados".

"¿Qué se supone que significa eso?" pregunto frunciendo el ceño.

"Los Falcone tienen una hija que está madura para el matrimonio. Llevamos un rato hablando y he decidido que te casarás con la chica".

Se me hielan las tripas y miro a mi padre con la boca abierta. Mi rostro se contorsiona en una fea mueca de desprecio.

"No. No me casaré con nadie". Escupo. Aprieto las manos a los lados. Todo mi

cuerpo tiembla de rabia. ¿Cómo se atreve?

"No te estaba haciendo una petición, Mariano", dice el padre con voz de fragmentos de hielo, la temperatura de la habitación desciende mientras la tensión, rígida y sofocante, se instala en la habitación como un pesado manto.

"¡Ya le diste una esposa a Xavier! Tienes suficientes aliados y acabamos de arrasar a los Guerrero. ¿Qué más necesitas?", le pregunto, sintiendo una oleada de odio hacia él y sus formas manipuladoras.

Ni siquiera reconoce lo que digo. Me devuelve la mirada.

"¿Por qué mis hijos siempre tienen que tener rabietas cuando se trata del matrimonio?"

Mi ojo se tuerce y Xavier emite un sonido grave de advertencia.

Padre sigue hablando.

"Así es como se han hecho las cosas desde siempre. Las familias fuertes se casan para negociar la paz. Intento evitar problemas futuros".

No puedo contener la risa amarga que se escapa de mis labios.

"Prevenir problemas futuros" mi culo. No importa quién se case con quién, cuando una familia quiere algo, lo coge. Los padres matan a sus yernos y los maridos a sus suegros. Todo esto no es más que una farsa en tu beneficio, por supuesto".

Me enderezo hasta alcanzar toda mi estatura y le miro fijamente por debajo de la nariz.

"No soy una marioneta para que me utilices en tu intento de conseguir más poder e influencia, padre. Solo quieres que te inviten a la sede de las siete familias. Tenemos esta ciudad, es suficiente. Seguiré felizmente soltero, muchas gracias".

"Xavier, devuelve a tu hermano al orden. Hoy me niego a aguantar sus rabietas infantiles".

"Xavier no tiene nada que ver con esto. Esto es entre tú y yo. Y te digo que no".

"¡Harás lo que te digan, Mariano! No seas egocéntrico. Sigue el ejemplo de tu hermano mayor".

Me pica la mano para ir a por mi pistola, el discurso de mi padre me cabrea sobremanera. Con su actitud prepotente y entrometida. Intentando controlar mi vida.

La idea de estar con otra mujer me eriza la piel. El corazón me late deprisa y tardo un momento en darme cuenta de que solo puedo pensar en Serena. Quiero a Serena. Desearía ser yo con quien la casaron.

Miro a Xavier, que tiene la mirada fija, pasiva e indiferente. ¿Es una traición que desee que su mujer sea la mía?

"Padre, quizá deberíamos hablar de esto en otro momento. Hay asuntos más urgentes. Tenemos que averiguar dónde están Jason y Guerrero...", empieza a decir Xavier.

Como era de esperar, el padre le interrumpe.

"No me importan esas ratas. Pronto vendrán mendigando con el rabo entre las piernas. Pon a raya a tu hermano o tendré que hacerlo yo".

Se me erizan los pelos y mi voz se vuelve grave y amenazadora. "Me gustaría ver cómo lo intentas".

Mi padre y yo nos miramos fijamente. Es un hombre intimidante por derecho propio. Pero no me dejaré atar por una farsa de matrimonio.

"He terminado con esta conversación", digo y salgo furioso de su despacho, con las manos temblorosas por las ganas de golpear algo. A cualquier cosa.

CAPÍTULO DIECISÉIS - SERENA

Estoy en la habitación que Xavier y yo compartimos en nuestra noche de bodas. Lo único que he hecho es sentarme en la cama mordiéndome los dedos y esperar noticias de mis hombres.

Oí entrar una furgoneta, pero cuando salté para ir a la ventana, no había nadie a la vista. Ahora camino de un lado a otro de la habitación, con la falda del vestido que me puse nada más llegar agitándose en torno a mis tobillos.

Oigo un fuerte estruendo y me levanto de un salto. Mi cuerpo se tensó dolorosamente. El sonido procedía del pasillo. Mi respiración se hace entrecortada y me sudan las palmas de las manos. ¿Habrán atacado la casa?

Empiezo a avanzar lentamente hacia la puerta y giro el pomo. Hay un silencio relativo y no oigo ningún disparo ni sonidos de lucha o pelea. Con miedo. Abro la puerta y asomo la cabeza mirando a ambos lados del pasillo.

Hay una estatua de mármol en el suelo, con trozos esparcidos por todas partes. Una figura solitaria está sentada en el suelo, con las piernas recogidas, la cabeza gacha, los antebrazos apoyados en las rodillas y la espalda contra la pared.

La luz de la luna entra a raudales por la ventana del fondo del pasillo, bañándolo todo de color gris. Me muevo en silencio, mis pies cubiertos de zapatillas se deslizan sobre la alfombra carmesí que decora el pasillo.

Llego hasta donde Mariano está colocado en el suelo y me agacho suavemente. Tiene la cabeza inclinada y el pelo le cae hacia delante rozándole la piel del antebrazo. Noto cómo la desesperación se apodera de él en oleadas. Tiene los hombros tensos por la rabia y se muerde las palmas de las manos con las uñas.

Me pregunto qué le ha puesto de este humor, y mi corazón se dirige inmediatamente a Xavier. ¿Le ha pasado algo? Mi pecho y mi interior se aprietan dolorosamente al pensarlo.

"¿Mariano?", llamo con voz suave.

No reacciona, solo sigue mirando al suelo. Alargo la mano para tocarle el brazo y él da un respingo y levanta la cabeza; casi retrocedo ante la animosidad que brota de sus ojos enrojecidos de ira.

"¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?", tartamudeo.

"Vete". Dice, su voz como un latigazo. Hace contacto con mis oídos y deja ronchas rojas de dolor en mi alma.

Trago saliva y sigo mirándole, con el cuerpo temblando como el de un ratón asustado. Me quedo inmóvil, sin saber qué hacer. Nunca me había enfrentado a esta faceta de Mariano. Siempre es tan pícaro y encantador, coqueteando estrechamente conmigo. Incluso cuando se enfada, nunca lo hace contra mí.

Es la primera vez.

"Por favor, hálame, Mariano". Intento que mi voz sea suave y alentadora.

Esto solo sirve para exacerbar aún más su ya oscuro estado de ánimo y su rostro se contorsiona en pura furia.

"¿Estás sorda o qué? ¡He dicho que me dejes en paz! Vete a buscar a tu puto marido o algo".

Su actitud me irrita y le fulmino con la mirada, mi miedo y mi dolor sustituidos rápidamente por una ira ardiente. Le dirijo una mirada imperiosa, con la nariz en alto. Le digo con voz fría y cortante,

"No sé dónde está, os dejé a los dos en la mansión Guerrero y desde entonces no he tenido noticias. Si me dices dónde encontrarle, iré a hacerlo y te dejaré en paz como quieras".

Su expresión sigue siendo fría y premonitoria. Sus labios se tuercen en una mueca cruel.

"Despacho de papá. Abajo. Ahora vete". Su tono es despectivo.

Me pongo en pie con un digno resoplido y empiezo a andar, murmurando en voz baja unas cuantas palabras escogidas contra él. Avanzo unos pasos antes de detenerme y girarme. Mariano tiene la cabeza inclinada hacia arriba, mirando al techo, y una sombra oscura le cubre la parte inferior de la cara.

La única lámpara del pasillo me da luz suficiente para verle bien. Su traje está immaculado y bien planchado. Pero tiene moratones en los nudillos y en la mandíbula. Y un corte reciente justo encima de la ceja.

Viene de un ataque de represalia contra los Guerreros. Y ahora se comporta mal. Aunque estoy cabreada por su mal comportamiento y trato hacia mí. Mi corazón sigue

estando con él. Parece tan solo y desdichado.

Me encuentro caminando hacia él. Mi sombra le cubre. No reconoce mi presencia.

"No me gusta la forma en que me acabas de hablar ahora mismo, puto gilipollas". Le espeto. "Si quieres que te deje en paz, está bien. Pero cuando alguien que se preocupa por ti te ve montar un berrinche y luego intenta averiguar qué te pasa, no le hables de una forma tan grosera".

Dirige su mirada hacia mí. Detrás de la rabia, hay dolor y cruda angustia en la profundidad de sus ojos. Me desinflo de inmediato. Suspirando, me acomodo la falda para sentarme en el suelo junto a él. Nuestros hombros se rozan.

"No tienes que hablar de ello si no quieres. Pero no iré a ninguna parte hasta que sepa que estás bien". Le digo. Luego añado tras una breve pausa. "Además, me gustaba mucho la escultura que acabas de romper".

Gruñe. "¿Cómo? Ni siquiera vives aquí".

"Me quedé en esta casa unos días cuando Xavier me trajo de vuelta después de que me escapara. ¿Te acuerdas?"

"Sí".

Permanecemos un rato en silencio. Apoyo la barbilla en la rodilla y miro fijamente la pared de enfrente. Hay un cuadro de paisaje enmarcado colgado.

"Papá quiere que me case. Ha encontrado una chica y todo". Mariano rompe el silencio. Su voz es ronca y apenas supera un susurro.

Sin embargo, sus palabras se oyen claramente, como si me las hubiera gritado al oído.

El dolor de mi pecho es agudo y agudo mientras proceso sus palabras. Mis vías respiratorias se estrechan y mi corazón se rompe en mil pedazos. Siento como si el suelo bajo mis pies se desplazara y no hubiera nada sólido a lo que aferrarme.

Pero intento ser normal. Me aclaro la garganta.

"¿Cuál es su razón? ¿Otra alianza?"

"¿Qué más?"

No puedo mirarle, así que mantengo la vista en la pared, intentando luchar contra las lágrimas que se forman.

"¿Conoces a esta chica?"

"No, no lo sé. No me interesa saberlo. No voy a hacerlo".

"No seas así, Mariano. Si hay una forma de fortalecer aún más a la familia, tienes que hacerlo".

Mariano murmura una palabrota. "Suenas igual que él, Serena, ¿lo sabías?".

"No me parezco a tu padre".

Su voz se vuelve más airada. "Mira, no hay nada que nadie pueda decirme que me convenza de que casarme con una chica extraña es por una buena causa".

"No siempre sale tan mal. Míranos a mí y a Xavier".

Suelta una carcajada incrédula.

"Le tenías terror. Huiste solo para evitar casarte con él".

Lo hago a un lado.

"Pero ahora estamos bien. Nos llevamos muy bien y, ya sabes, tengo un cuñado estupendo añadido a la mezcla".

Intento empujar juguetonamente mi hombro contra el suyo. Me detiene con una mano que cubre la mía y gira la parte superior de su cuerpo para estar frente a mí, tirando de mi mano hasta que yo también estoy frente a él.

Me sostiene la mirada, con los labios entreabiertos y los ojos escrutando los míos con una mirada tan vulnerable que casi no puedo soportarla.

"¿Eso es todo lo que soy para ti, Serena? ¿Solo tu cuñado?"

La seriedad de su rostro me desconcierta y siento la lengua como plomo pesado en la boca. Es una pregunta muy cargada. ¿Por qué me pregunta eso?

"Quiero decir que eres...". Me quedo sin saber qué decir: "¿Qué más da?".

Hay decepción en los ojos de Mariano.

"A mí me importa". Dice,

Las mariposas revolotean en mi vientre y mis mejillas se sonrojan de color.

"Eres especial para mí, obviamente, me importas. No sé qué más quieres que te diga, Mariano".

"Estoy enamorado de ti, Serena". Dice, su voz sin fluctuaciones, ligera incluso. Sin reflejar la gravedad de las palabras que acaba de pronunciar.

"Oh..." respondo. Mi visión nada ante mí, siento como si me inflaran la cabeza con helio. Creo que si no estuviera sentada, me desmayaría ahora mismo.

El rostro de Mariano se vuelve serio.

"Desde aquella primera noche que follamos y me desperté y ya no estabas, estoy obsesionado. Pienso en ti todo el tiempo, desearía que fueras mía y, sinceramente, no sé cómo se supone que voy a pasar el resto de mi vida con otra mujer cuando mi corazón te anhela."

"Mariano", susurro. Mi corazón amenaza con estallar de emoción.

Sus ojos se vuelven tristes y lúgubres y parpadean hacia el espacio que hay sobre mi hombro.

"No me odias por decir esto, ¿verdad hermano?". Dice Mariano, alzando un poco la voz.

Ladeo la cabeza hacia un lado con el ceño fruncido, confusa. ¿Qué está diciendo ahora? Me está mirando justo por encima de la oreja derecha. Me giro siguiendo la dirección de su línea de visión.

Xavier está de pie a unos metros de distancia. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva allí. Mariano le dedica una sonrisa quebradiza.

"Tenía que decirlo. Me estaba matando". Dice.

Es difícil saber qué pasa por la mente de Xavier. Nos observa con una expresión tranquila en el rostro. También tiene algunos moratones aquí y allá. Su ancha figura encaja perfectamente en un traje negro.

"No te odio, Mariano. Lo comprendo, créeme".

Me mira directamente mientras dice "Yo también estoy enamorado de ella".

Casi se me salen los ojos de las órbitas. Una declaración de amor en esta situación es casi más de lo que puedo soportar. Dos me acercan al infarto.

Me cuesta respirar. Me ahogo y me froto la garganta en un intento de liberar algo de aire.

Xavier se adelanta, con el ceño fruncido por la preocupación. "¿Estás bien?"

"No puedo. Respirar". Consigo balbucear. Mi voz es diminuta y constreñida.

Manchas oscuras empiezan a bailar ante mis ojos. Mariano se pone en pie con un movimiento rápido, me levanta en brazos y me lleva a mi habitación.

Me tumba en la cama. Se acerca al borde del colchón, con la preocupación dibujada en el rostro. Xavier está a su lado, cerca de mi cabeza.

"¿Le hago la reanimación cardiopulmonar?", pregunta Mariano, confuso.

"No creo que se esté muriendo. Solo tiene un ataque de pánico". Responde Xavier en tono irónico.

"Mierda"

"Se pondrá bien. Déjala respirar".

Mariano me frota suavemente la espalda, con la angustia grabada en sus facciones. Xavier me coge la mano y me acaricia la palma con el pulgar.

"Respira, cariño. Respira. No pasa nada". Murmura repetidamente.

Mi respiración se normaliza al cabo de un rato y, unos instantes después, ya no siento las vías respiratorias congestionadas. Ni mis pulmones como si los hubieran rellenado de espuma,

Me lamo los labios y cierro los ojos, moviéndome para tumbarme boca arriba. Me paso una mano por la frente. No me atrevo a mirar a ninguno de los dos.

Estoy casada con Xavier, soy su mujer. Me preocupo mucho por él, pero Mariano... mi corazón se estremece cuando pienso en él. Hace que mi sangre cante. Cuando hablo con él me siento segura, cálida y con un cosquilleo en el interior.

Gimo y me giro para enterrar la cara en la almohada, sintiendo que el pánico vuelve de nuevo.

"No te estamos presionando, Serena". Dice Xavier. Le echo una mirada furtiva. Sus ojos brillan divertidos.

Me pregunto por qué. Supongo que le hace gracia mi angustia.

"No tienes que hablar de ello, ni elegir a nadie ¿vale? Los dos te seguimos queriendo". Y añade.

"De acuerdo". Chillo.

Asiente con la cabeza.

"Estoy pensando en volver a mi casa. ¿Quieres venir a casa conmigo o quieres pasar la noche aquí?".

Lo medito. Si vamos a casa, podré dormir con los dos a cada lado.

"A casa". Digo. "Vamos a casa".

CAPÍTULO DIECISIETE - XAVIER

Los días siguientes los pasamos en mi casa. Los tres juntos. La mañana del tercer día, Serena está sentada en el porche, con su bloc de dibujo entre las manos. Tiene las piernas recogidas. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado y un pañuelo amarillo en la frente. Es una tarde soleada y el aire huele a verano. Sopla una suave brisa y unas esponjosas nubes blancas surcan perezosamente el cielo azul.

Mariano está en un taburete frente a Serena, con aspecto rígido e incómodo. Está sin camiseta y lleva un pantalón corto de gimnasia, como le pidió Serena. Verles discutir es un gran entretenimiento. Son como un viejo matrimonio, es casi tierno.

"Te dije que mantuvieras una pose natural". Se queja haciéndole un mohín.

Mariano la fulmina con la mirada.

"Mira, es difícil pensar en una pose natural cuando alguien te pide que actúes con naturalidad, ¿vale? Ahora cada postura que adopto me parece extraña. Tú has provocado esto".

Serena pone los ojos en blanco. Sus labios se mueven divertidos.

"Para estar tan buena, a veces actúas muy cohibida".

"Ah, ¿así que crees que estoy buena?". Le mueve las cejas.

"¿Eh? Pero no te vayas a poner cabezón ahora".

"Demasiado tarde", dice Mariano con suficiencia e hinchando el pecho con orgullo.

Serena sacude la cabeza. "Mantente natural. Haz algo que te haga sentir cómodo".

Mariano asiente con seriedad, y luego empieza a flexionar los músculos y a actuar como un bobo. Haciendo una pose hercúlea y luego la pose del hombre pensante.

"¡Mariano! Deja de comportarte como un bebé".

Sonríe y se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y sonriendo con picardía.

"Estoy muy estresado. Acércate más. Puedo usar tus tetas como bolas antiestrés o algo así".

Me río en silencio mientras Serena gime y levanta los ojos al cielo.

"¿Qué le pasa a la población masculina?"

Mariano sonríe descaradamente.

"Saca tu mente de la alcantarilla y permíteme trabajar". Dice y sin volverse añade

"No sonrías, Xavier. Voy a dibujarte a ti a continuación".

Me aclaro la garganta y finjo no oír, manteniendo la vista fija en el horizonte.

La silla de Serena chirría cuando se da la vuelta para mirarme.

"¡Xavier!", grita.

"¿Sí?", respondo, parpadeando inocentemente.

"No me ignores. Sé que has oído lo que acabo de decir".

"No. Están tan lejos que apenas oigo".

Se burla.

"Apenas estás a un metro".

Me acerco la palma de la mano a la oreja "¿Qué?"

Serena se golpea la frente con la mano. "No sé por qué decidí aguantaros a los dos. Son incorregibles".

Sonrío. Pero la sonrisa se me borra de la cara cuanto más la miro. Su piel resplandece a la luz del día. Parece guapa y libre como un pájaro. No hemos hablado de la otra noche, cuando Mariano y yo confesamos estar enamorados de ella.

Lo decía en serio cuando dije que no le pedía que eligiera. Sé que comparte un vínculo especial con Mariano. Pero ella también me hace feliz. Incluso en mis días de mal humor, cuando estoy lleno de respuestas toscas y de mal humor, ella consigue sacarme de mis casillas.

Nunca me había sentido así por una mujer. Es todo tan nuevo y extraño para mí. Pero me siento bien con Serena.

"Salgamos esta noche". Suelto, interrumpiéndola a ella y a Mariano en medio de una discusión sobre el uso de aceite de bebé para sacar el máximo partido a su piel.

"Es un dibujo, no una sesión de fotos, bicho raro". Es la respuesta de Serena.

Los dos se vuelven hacia mí con cara de sorpresa.

"¿Acabas de decir que deberíamos salir?", pregunta Serena.

Cruzo los brazos y me apoyo en una columna.

"Bueno, hay un teatro de ópera en la ciudad, Mariano y yo hemos ido unas cuantas veces, sobre todo por negocios. Pero creo que te gustaría. ¿Has visto Tosca, de Puccini? Es fascinante".

Ella y Mariano me miran sin comprender. Tienen la boca abierta. Hundo la barbilla en el pecho y meto las manos en los bolsillos.

"Solo era una sugerencia", murmuro. Me siento raro. "Después de unos días de drama sin parar, pensé que estaría bien, que hiciéramos algo divertido para variar".

Me arrepiento de haber sacado el tema. Ahora me siento como un viejo. ¿Quién sugiere un teatro de la Ópera como lugar para una primera cita con su bella esposa?

Serena es la primera en recuperarse.

"¡Me parece una idea estupenda! Nunca he ido a una ópera".

El entusiasmo de su voz suena bastante real.

"¿Nunca has ido a una ópera?"

Ella sacude la cabeza.

"Pues te vas a dar un gustazo".

"Entonces está decidido. Tengo los asientos preparados, con cabina privada y todo. Salimos a las 8. Y después cenaremos en Le Jardin des Saveurs".

"Gracias, Xavier". Dice, sonriéndome.

Espero que esa sonrisa nunca abandone su rostro.

Llega la noche, y Mariano y yo estamos de esmoquin. Esperamos a Serena en el salón, charlando ociosamente. Le pongo al corriente de los informes de Nico sobre la búsqueda de Guerrero y Jason.

Unos pasos se acercan, los tacones chasquean contra las tablas del suelo. Levanto la vista y se me cae la mandíbula al suelo. Mariano silba y ambos nos ponemos en pie.

"Maldita sea", murmuro. Completamente boquiabierto.

Su vestido es azul noche con un ligero brillo. El corpiño está salpicado de pequeños diamantes que brillan y captan la luz. Hace una pequeña pirueta y descubro que el

vestido no tiene espalda. La piel suave y cremosa de su esbelta espalda me llama la atención.

El vestido se ciñe a la cintura y llega hasta el suelo. Lleva un collar con broche de diamantes y pendientes a juego. Tiene los párpados ahumados y oscuros, con largas y espesas pestañas delineadas. Lleva el pelo recogido con elegancia y los labios de un suave rosa oscuro.

El escote le llega casi hasta el esternón. Un rápido tirón y sus dos pechos quedarán libres de los confines de ese vestido. Mi polla se agarrota en mis pantalones. Tensa contra la bragueta.

"Pareces..." Me quedo a medias. Las palabras no bastan.

"Estás increíble". Digo finalmente.

"Precioso", añade Mariano, su voz es ronca y áspera como la mía.

"Impresionante".

"Vale, chicos, lo entiendo". Se ríe. Sus mejillas se sonrojan de placer. "Gracias. Ustedes también están guapos".

Viene a colocarse justo delante de nosotros. Su perfume satura el aire. Es embriagador. Nos mira fijamente, con ojos hirvientes de deseo, mientras nos pone las manos en el pecho.

"Los veo con trajes todo el tiempo y, sin embargo, todavía no me hago a la idea de lo bien que les quedan". Murmura. Frota nuestros pechos suavemente.

"Nuestro objetivo es complacer", responde Mariano con su característica sonrisa ladeando los labios.

"Sí". Hago eco, incapaz de apartar los ojos de ella. Mi polla se estremece y estoy a un segundo de inclinarla sobre el brazo del sofá más cercano.

Serena capta mi mirada y la suya se dilata de lujuria. Sus labios se separan suavemente.

"Deberíamos ponernos en marcha antes de dejarnos llevar", dice sensual y bajito.

Aprieto la mandíbula y me meto la mano en el bolsillo, pellizcándome la punta de la polla para intentar controlar mi erección.

La acompañamos a la puerta y al coche.

"No sabía que tuvieras un todoterreno, Xavier", dice Serena mientras la ayudo a subir al asiento trasero. Mira el interior del Escalade. Los asientos color crema chirrían cuando se pone cómoda.

"Xavier tiene demasiados coches. Tiene un garaje especial donde los guarda". Dice Mariano, con tono burlón.

Le enarco una ceja.

"Cada uno tiene sus preferencias. Conozco a alguien en particular con una colección de relojes caros".

Se ríe descaradamente.

"Vete a la mierda, son inversiones".

Serena se inclina hacia delante apoyando las manos en nuestros hombros.

"No había visto tu casa antes, Mariano".

Se ríe entre dientes. "Oh, no te hagas ilusiones, el mío no es tan bonito como el suyo".

"Tiene un apartamento tipo loft en el centro", le explico. "Es todo cromo y acero, te va a encantar. Solo tiene una cama para follar y un sofá para follar más".

"Y también una mesa de billar. No olvides la mesa de billar". Y añade.

"Deberíamos ir allí alguna vez", sugiere Serena.

"Como quieras, amor".

Se vuelve hacia mí.

"¿Cuál es el coche que tienes aparcado aquí dentro del garaje?". Ella señala mi casa con la cabeza.

Me retuerzo en el asiento y toso un poco.

"Proyecto personal. Es un viejo Chevy que recogí de un viejo conocido. Espero ponerlo en marcha a finales de año. Las piezas son muy difíciles de encontrar".

Serena parece interesada mientras pregunta.

"¿De qué año es el Chevy?"

"1946."

Ella asiente impresionada.

"Oh sí, es un buen modelo. 90 caballos y un bloque de cilindros de hierro fundido, tracción trasera. Y motor y transmisión de 6 cilindros en línea".

Mariano y yo nos quedamos paralizados de asombro.

"¿Cómo...?", empiezo a decir, sin saber cómo plantear la pregunta.

Ella sonríe, con las mejillas sonrojadas de placer.

"Leí algunas revistas de coches de Xavier". Explica.

"Qué calor. Creo que me he corrido en los pantalones". Dice Mariano con voz ronca.

"Tú y yo, hermano", gruño.

Le brillan los dientes y parece muy satisfecha de sí misma.

"Me gustan los coches. ¿Me dejas que te ayude mientras trabajas en él? ¿Por favor?"

"Por supuesto".

Esta chica es otra cosa. Pienso para mis adentros.

Llegamos al teatro de la ópera y nos dirigen a nuestra cabina. Está en lo alto y hay unas cortinas carmesí abiertas que dejan ver el estrado elevado que hay debajo. La alcoba está oscura y cuando se apagan las luces se vuelve aún más oscura, casi imposible que nos veamos.

Comienza la representación, con las luces encendidas en el escenario, mientras los actores comienzan su actuación. Serena está embelesada desde la primera escena. Yo ya la he visto varias veces, así que no presto atención.

Me pican las manos al entrar en contacto con su piel. Le pongo una mano en el muslo y me mira con las cejas levantadas. Entonces Mariano hace lo mismo y en sus ojos brilla la comprensión. Se echa hacia atrás, relamiéndose. Juntos, Mariano y yo le subimos el dobladillo del vestido hasta la cintura.

Su respiración se vuelve agitada.

"¿Ya estás mojada, nena?" murmuro.

Ella gime y echa la cabeza hacia atrás cuando mi nudillo roza su clítoris.

"Sí".

Sigo jugueteando con ella, frotando en círculos suaves, provocando y chasqueando el dedo contra su sensible vulva. Sus manos se agarran a los reposabrazos y su cuerpo casi se sale del asiento.

"¿Quieres que hagamos que te corras?", susurra Mariano, con los labios, rozándole el cuello en suaves besos como plumas. Ella inclina la cabeza hacia un lado para darle más acceso y él desliza la palma de la mano dentro del vestido. Le agarra el pecho y le pellizca el pezón.

Jadea y levanta la espalda de la silla. "Sí, por favor".

Saco la polla de los pantalones y coloco su mano sobre la gruesa polla. Empieza a acariciarme suavemente. Esparce la humedad que sale de la cabeza por toda la punta. Gimo y sigo jugando con su húmedo coño.

Arias desgarradoras y dúos acompañados de violines llenan el aire, ahogando los sonidos de placer de Serena. La acústica de esta sala es increíble. Pienso en alquilar el espacio para poder follarme a Serena aquí mismo y escuchar cómo sus gemidos resuenan y rebotan en las paredes.

Acaricia la polla erecta de Mariano con la otra mano, intentando ahogar sus gemidos clavándose los dientes en el labio inferior. Dejo que me menee unos instantes más, disfrutando de cómo añade un movimiento giratorio a sus caricias. Sus pequeñas manos apenas caben alrededor de mi circunferencia. Al final, aparto su mano de mi polla y me arrodillo. El balcón elevado me oculta.

Beso un camino desde sus tobillos hasta el vértice de sus muslos. Froto mi nariz contra su suave piel. Se le pone la piel de gallina. Se estremece y sus dedos se aferran a mi pelo tirando dolorosamente mientras pronuncia mi nombre en un susurro desesperado.

Llego a su montículo, que está liso y desnudo. La inspiro. El aroma de su excitación es almizclado y celestial. Su coño brilla y está húmedo. Empiezo a chuparle el clítoris. Lo rozo con la lengua, atrapo la pequeña punta nerviosa entre los labios y chupo.

Serena le pone una mano en la boca para que no grite. Bombea la polla de Mariano más deprisa. Perdida en la agonía del placer.

Se estremece y tiembla, sus piernas tiemblan incontrolablemente mientras se sacude, rechinando descaradamente su montículo contra mi lengua atareada. Las cerdas

de mi barba desaliñada le hacen cosquillas en los muslos.

"Mi turno", gruñe Mariano y se desliza de la silla, viniendo a arrodillarse a mi lado.

Serena tiene los ojos pesados y es un charco flácido sobre la silla, entonces Mariano le besa con la boca abierta el coño resbaladizo y húmedo y ella empieza a temblar.

Nos turnamos para lamerla, y sus gemidos ahogados quedan eclipsados por la actuación que tiene lugar en el escenario de abajo. Se corre con fuerza. Grita, echa la cabeza hacia atrás, sus dedos se pierden en nuestro pelo, mientras trabajamos juntos para hacerla alcanzar el clímax. Mariano le chupa el clítoris y mis dedos se entierran en su cálida y resbaladiza vaina, enroscados para buscar ese punto sensible que la hace convulsionar.

Baja de su pico, recuperándose y respirando con dificultad. Tiene el vestido ceñido a la cintura, las bragas en uno de los tobillos y en sus ojos se percibe la lujuria gratuita. Tiene un aspecto delicioso y no rompo el contacto con su mirada mientras me llevo los dedos a la boca y me los lamo y Mariano se limpia la boca con un pañuelo.

Y volvemos a acomodarnos en nuestros asientos para disfrutar de las partes restantes de la ópera. Su mano está en el regazo de ambos mientras nos despide.

CAPÍTULO DIECIOCHO - SERENA

Una semana después de mi cita con Xavier y Mariano en la Ópera, decido visitar por fin a mi madre. No es una resolución que tome a la ligera. Pero llevo demasiado tiempo enfadada con ella. Apenas hablamos en mi boda, ignoré sus llamadas y mensajes, enfurruñada aún por estar en un matrimonio involuntario.

Y después, cuando me secuestraron y luego me rescataron, ella me envió mensajes y yo seguí ignorándolos. Pero recientemente he sentido el impulso de volver a conectar con ella. Aunque aún no la haya perdonado por haber participado en obligarme a casarme, sigue siendo mi madre.

Y han pasado tantas cosas, sobre todo con la adaptación a mi nueva vida, que solo necesito algo familiar y sólido a lo que agarrarme.

Xavier y Mariano hacen que me siga un guardia, un tipo alto y con pecho de barril llamado Sánchez. Es un tipo tranquilo y me deja a solas con mis pensamientos durante todo el trayecto hasta la casa de mi familia.

El coche me deja delante de la casa. Me quito las gafas de sol, y la imponente mansión que tengo ante mí está llena de recuerdos de mi infancia. Escabulléndome para ir a fiestas, husmeando y escuchando las reuniones secretas de mi padre, fingiendo no darme cuenta cuando padre y madre no se hablaban.

Me estremezco y me pongo más erguida. Me doy cuenta de que mi madre aún mantiene sus rosales bien podados y cuidados. Son sus flores favoritas.

El recinto está en silencio. Nuestra vieja criada, Sarah, pasa con un cesto de la ropa sucia, canturreando suavemente. Me ve y da un respingo. La cesta cae al suelo y se lleva las manos a la boca.

"¡Señorita Serena!", exclama, y sus mejillas regordetas se ensanchan en una agradable sonrisa,

Se abalanza sobre mí y me estrecha en un fuerte abrazo. "Oh, he oído que te han cogido los Guerrero. Tu madre estaba muy preocupada. Estábamos esperando a que vinieras a visitarnos".

Habla y parlotea a mil por hora, sin dejarme apenas tiempo para decir una palabra. "Tu tío estaba empeñado en que los Casagrande respondieran por sus pecados. Se

suponía que debían mantenerte a salvo; ¡lo sabes! Tu madre y él intercambiaron palabras toda la noche. Fue terrible. Al día siguiente recibimos la noticia de que te habían rescatado, y tu tío se puso a dar vueltas como si estuviera decepcionado por no tener nada que usar contra los Casagrande. Serena, ¿estás embarazada? Le dije a tu madre que estarías embarazada, para animarla. Está deseando tener un nieto. Asegúrate primero de que sea un niño, ¿vale?".

Al final la interrumpí con una carcajada en la voz.

"Yo también me alegro de verte, Sarah. Y no, no estoy embarazada. Solo llevo tres semanas casada".

"Ah, pero tú y tu marido si lo han hecho, ¿no?".

"¡Sarah!" Me sonrojo y ella se ríe pellizcándome las mejillas cariñosamente.

"Serena, tienes que empezar a sacar esos bebés ya. Es lo que debe hacer una buena esposa. Cimentarás tu posición en su familia y le darás un nieto al viejo Jon Casagrande. Será bueno para todos, ¿no?".

Reflexiono sobre esto con una alarma escrita en todas mis facciones. No he pensado en tener hijos. Tomo la píldora y ni Xavier ni Mariano me han dicho nada. Mierda, he venido aquí para alejarme de mis complejos pensamientos y no para que me bombardeen con problemas aún más planteados.

"Sarah, ¿podemos hablar de otra cosa, por favor? ¿Dónde está mi madre?"

"Está arriba. Se siente sola, ¿sabes? Desde que tu padre no está, no hace más que deprimirse".

Mis labios se vuelven hacia los lados. "Todavía está de duelo".

Sarah asiente solemnemente.

"Era su marido. Independientemente de lo que pudiera parecerle su relación, se querían a su manera".

Me coge del brazo y tira de mí hacia la casa, echándome un vistazo con el ceño fruncido.

"Estás muy delgada, Serena. Mira cómo te sobresalen los huesos por todas partes". Exclama con desaprobación.

Se detiene para recoger su cesto de la ropa sucia y me hace pasar al salón. Hay ramos de flores en todas las superficies disponibles. Caros papeles pintados con ribetes

de oro verde y pesados sofás beige con patas y brazos de latón llenan la habitación.

"Sube y saluda a tu madre". Sarah dice: "Haré lasaña y después galletas con pepitas de chocolate. ¿Qué te parece?"

"Eres una joya. Creo que voy a robarte de mi madre".

"Te seguiría a cualquier parte, pero creo que aquí me necesitan más. Ya hablaremos, Serena. Vete". Me hace señas hacia las escaleras.

Subo, reflexionando sobre la afluencia de información que acabo de recibir. Ha dicho algo de que mi madre y mi tío se han peleado. ¿A qué viene eso?

Mi tío, al igual que mi padre, nunca me hablaba directamente y hacía como si yo no existiera. ¿Ahora le da un ataque cuando me secuestran?

Llego a la puerta de la habitación de mi madre y golpeo con los nudillos el marco de madera. Se oye un arrastrar de pies y entonces ella dice.

"Pasa".

Abro la puerta de un empujón, está de espaldas y está colocando un álbum de fotos sobre la cama. Sepias, en blanco y negro y en color, todas extendidas sobre su colcha color crema.

"Ya te he dicho Sarah que no quiero ir al centro comercial contigo, así que deja de intentar convencerme".

Esto me desconcierta y no puedo evitar preguntar.

"¿Sarah quiere que vayas al centro comercial?"

Mi madre se queda paralizada y se da la vuelta, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

"¡Serena!" Jadea.

La estudio rápidamente. Sus ojos marrones están caídos y apagados. Su pelo sigue siendo largo y voluminoso y cuelga libre y liso. Está echado sobre un hombro y le cae por delante. Hay vetas grises en los gruesos mechones.

Lleva pantalones y una blusa blanca con perlas alrededor del cuello y las orejas. Su figura sigue siendo esbelta y elegante. Está guapa, pero agotada. Como si apenas se sostuviera. Mi corazón se compadece inmediatamente de ella y me invade un sentimiento de culpa ardiente y pesado por mantener la malicia con ella.

"Hola, mamá".

Se recupera con rapidez y se aparta con un gruñido. Pero no antes de que vea brillar las lágrimas en sus ojos.

"¿Qué te trae por aquí? Pregunta, con voz enérgicamente despreocupada.

"Mamá, por favor, mírame".

"No me dijiste que venías; habría hecho que Sarah te preparara algo".

"Mamá".

Continúa hablando, manteniendo un tono ligero y dulce. Como si la última vez que hablamos hubiera sido ayer y no hace semanas, como si no hubiera estado ignorando sus mensajes.

"Estoy repasando fotos antiguas; sabes que no sé por qué. Estaba en el despacho de tu padre y vi esta caja de fotos antiguas debajo de su escritorio".

Sigue hablando cuando me acerco a ella a grandes zancadas y la rodeo con los brazos, hundiendo la cara en su hombro. Me acaricia la mano mientras sollozo.

"Lo siento. Sé que estás enfadada conmigo".

Me quita las manos de encima y se vuelve hacia mí. Soy medio centímetro más alto que ella. Tiene el labio superior rígido mientras me acaricia el pelo y me seca las lágrimas.

"¿Estás aquí para perdonar a tu madre?"

"No lo sé", digo sinceramente.

"He tenido tiempo de intentar comprender por qué hiciste lo que hiciste. Siguiendo las instrucciones de padre sobre el matrimonio y dejando que los Casagrande me llevaran".

"Antes de que me secuestraran, Xavier y su hermano vinieron a llevarme al piso franco, y solo podía pensar en qué pasaría si no estuviéramos unidos por matrimonio. Y nuestra familia tuviese un enemigo como los Guerrero. ¿Qué habríamos hecho?"

"Creo que Padre hizo esto para protegernos. Ahora lo entiendo. Aún le odio por ello, pero...". Me encojo de hombros.

El rostro de mi madre está suave de cariño y el orgullo brilla en sus ojos.

"A veces me asombra lo mucho que has crecido, Serena".

"Siento haberme enfadado tanto contigo, mamá. Sarah me ha dicho que no sales de casa".

"¿Adónde iría?"

"¡Mamá! Tienes toda la vida por delante. Eres libre de hacer lo que quieras. Ya lo sabes. Puedes sacarte una carrera, o viajar, o dedicarte a la cerámica, o echarte un novio si quieres".

Me lanza una mirada penetrante por esa última parte.

"No me interesan los romances a esta edad".

"¿Por qué demonios no? Estás buena y sigues llamando la atención".

Suspira con resignación.

"Si no te conociera mejor, pensaría que Sarah y tú planeas todo esto a mis espaldas".

"No lo hicimos. Pero si está diciendo algo parecido a lo que yo digo, entonces estoy totalmente de acuerdo con ella".

"No quiero un novio, Serena. Pero me gustaría tenerte en casa más a menudo".

"¿Qué tal almuerzos semanales? Podemos empezar por ahí. Podemos probar un sitio nuevo cada semana".

"Excelente".

Ella me sonríe. Y un peso que no sabía que se había instalado en mi pecho se evapora como una bocanada de humo. Incluso cuando estuve fuera de la ciudad después de que mi padre me dejara, mamá y yo seguíamos hablando casi todos los días. Era mi mejor amiga. Es un alivio tenerla de nuevo en mi vida.

Nos ponemos al día y, al cabo de unas horas, Sarah nos llama para cenar. Mamá y yo bajamos cogidas del brazo.

"Te has superado a ti misma, Sarah", le digo.

La mesa del comedor está preparada con todo lo necesario. Lasaña con queso mozzarella, un plato de pan de ajo, ensaladas mixtas, con calabacines, pimientos, tomates cherry y cebollas mezcladas con aceitunas y hierbas. Hay una botella de vino tinto y té helado.

"Esto tiene una pinta deliciosa".

"Siéntate Serena. Quiero que comas hasta saciarte, ¿vale?".

Veo que ha puesto la mesa para tres.

"¿Esperas a alguien?", pregunto.

Una sombra oscura atraviesa el rostro de Sarah y aparta la mirada murmurando en voz baja. Mi madre frunce el ceño y me mira.

"Tu tío viene hoy a cenar".

"¿Desde cuándo existe esto?"

"Me ayuda a organizar las cosas en la familia".

"Ahora actúa como si fuera el cabeza de familia". Confiesa Sarah.

"¡Sarah! Conoce tu sitio". Mi madre echa chispas, fulminándola con la mirada.

Sarah cierra la boca y agacha la cabeza. Mamá echa humo en silencio. Me doy cuenta de que es una vieja discusión entre ellas.

"Vamos a comer". Dice mamá.

Las palabras apenas han salido de su boca cuando se abre la puerta principal. Y se acercan pasos pesados. La prominente barriga de mi tío adoptivo aparece por la puerta antes que el resto de su cuerpo. Sus ojos brillantes recorren la habitación y, cuando se posan en mí, sus labios se tuercen en una mueca.

"Vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí".

"Hola, tío".

"¿No recibo un abrazo de mi sobrina favorita?", pregunta.

Me encojo interiormente, pero mi madre me da una patada bajo la mesa y me veo obligada a levantarme. Su mirada lasciva me eriza la piel, y sus labios se entreabren al contemplar mis pechos.

Cuando estoy lo bastante cerca, me estrecha en un fuerte abrazo. Sus palmas sudorosas acarician mi espalda y dejan un rastro de asquerosa humedad. Huele a cerveza rancia, a cigarrillos y a perfume barato.

Es conocido por frecuentar los prostíbulos de las zonas más sombrías de la ciudad. Sufro el abrazo, maldiciendo en silencio a mi madre por esto.

Consigo zafarme y retrocedo inmediatamente, me cuesta todo mi autocontrol no estremecerme visiblemente de repugnancia.

Obligo a mis labios rígidos a esbozar una sonrisa tensa.

"Me alegro de verte tío".

"¿A qué viene toda esta formalidad de llamarme tío?" Pregunta y se ríe. Es un sonido fuerte y estridente. Nadie más se ríe con él, no parece molestarle.

"Lláname Frederic, por favor. Estás tan guapa como siempre. Verdaderamente la hija de tu madre". Su voz es aceitosa y se ha vuelto un poco ronca, vomito en el fondo de la boca y pongo aún más distancia entre él y yo.

Me acomodo y él se sienta en la cabecera de la mesa, justo en el lugar de mi padre. Me irrita sobremanera, pero permanezco en silencio. No quiero montar una escena.

"¿Qué tal la vida de casada?", pregunta en tono de superioridad. Llena ansiosamente su plato de pan de ajo y engulle casi la mitad de la botella de vino tinto.

"Bien". Consigo decir a pesar de mi disgusto.

Murmura algo que no capto porque tiene la boca llena. Traga saliva, suelta un sonoro eructo y se vuelve hacia mi madre. Tiene migas de pan esparcidas por la boca y la barbilla.

"Marta, hoy he estado en el banco. Me he dado cuenta de que todavía no soy firmante de las cuentas. ¿Por qué?"

"¿Por qué deberías ser signatario de las cuentas de mi padre?". Pregunto.

Está conmocionado por el hecho de que haya hablado y se le nota en las cejas levantadas. Su generosa papada tiembla de ira. Le reconozco el mérito de haberla reprimido para dedicarme una grasienta sonrisa condescendiente.

"Es un asunto familiar del que estamos hablando tu madre y yo. No te concierne".

"¿Cómo es eso?"

Aprieta los dientes y mira a mi madre como diciendo, controla a tu hija. Mi madre da un sorbo a su vino y le devuelve la mirada aburrida e inexpresiva.

Su mano sobre la mesa se cierra en un puño fornido mientras dice:

"Ahora soy el hombre de la familia y por eso es justo que yo..."

Estallo en carcajadas y me llevo el dorso de la mano a la boca. Intento ahogar el sonido.

"Lo siento". Jadeo, secándome las lágrimas de los ojos. "¿Acabas de decir que ahora eres el hombre de la casa?".

Me mira con los ojos entrecerrados.

"Bueno, sí".

"Soy la heredera de mi padre, y esa de ahí es la esposa de mi padre. Si mi padre hubiera querido que te quedaras al cargo, estoy seguro de que se habrían hecho los arreglos oportunos".

Su rostro se contorsiona en algo feo y despiadado, y me gruñe desde el otro lado de la mesa. Le salen motas de saliva de la boca.

"Mira aquí, pequeña moza. No eres más que una mercancía que fue prostituida a los Casagrande para mantener la paz. No sé de dónde has sacado esa columna vertebral, pero tienes que saber cuál es tu sitio".

"No, tienes que saber cuál es tu lugar, Frédéric. Mi madre no responde ante ti, tú respondes ante ella. Tú y todos los miembros de esta familia. ¿Está claro?"

"¡Te cortaré esa lengua que tienes, pequeña zorra! ¿Quién te crees que eres?"

Sonríó fríamente y cojo un plato, acerco la fuente de lasaña a mí y recojo una ración en mi plato. Me vuelvo hacia Sarah, que está de pie junto a la pared, con las manos entrelazadas detrás de ella.

"Sarah, ¿puedes darme un poco para llevar? A mi marido le encantaría".

"Por supuesto, señora Casagrande. Me he tomado la libertad de hacer una tanda extra". Dice haciendo hincapié en mi apellido. Le guiño un ojo y mi tío tuerce los labios como si hubiera probado algo horrible.

"¿De verdad quieres averiguar de dónde he sacado mi columna vertebral, tío?". Le digo.

No responde. La silla chirría contra el suelo y él sale de la habitación arrastrándose. Sus rollos de carne gorda se tambalean con él.

"Serena". Dice mi madre.

Me giro para mirarla, con la furia ardiendo en mis ojos, esperando que me parta la

cara por faltarle así al respeto a mi tío.

En cambio, sus ojos brillan de orgullo.

"Realmente eres la hija de tu padre".

Y a pesar de todos mis recelos hacia mi padre. En este momento, es el mejor cumplido que me ha hecho nunca.

CAPÍTULO DIECINUEVE - XAVIER

Estoy en el salón encorvado en el sillón, esperando a que Serena llegue a casa. Tengo los muslos abiertos, me froto la barbilla y miro fijamente al espacio.

Los faros parpadean en la oscuridad, proyectando una luz blanca y brillante a través de las ventanas. Consulto el reloj ornamentado de la pared. Apenas son más de las siete de la tarde.

Sus pasos se acercan y la puerta se abre de golpe. Serena suspira aliviada mientras se quita los zapatos. Me ve y sonríe, se sube al brazo de la silla y coloca las piernas sobre mi regazo.

Cojo un pie y empiezo a frotarle el arco del talón. Amasando la dura piel con mis pulgares, ella gime suavemente y se acerca más, pasando los dedos por mi pelo y jugando con mis mechones.

"Hola". Me dice.

"¿Cómo estás? Pregunto con voz aparentemente tranquila.

"Genial en realidad"

Sonrío.

"¿Te importaría explicarme lo que ha pasado hoy en la cena con tu madre y tu tío adoptivo?"

Se tensa, la mano en mi pelo se aquieta. Frunce el ceño.

"¿Cómo lo sabes?"

"Dime", gruño. Ella estudia mi rostro con atención y la comprensión se extiende por sus rasgos.

"¿Era Sánchez?" En su voz se percibe el aguijón de la traición.

¿Qué espera? ¿Qué el guardaespaldas que le asigné no me informe de lo que ocurre mientras salen juntos?

La fulmino con la mirada. "Eso no es una respuesta a mi pregunta".

Me suelta los pies y se aparta para colocarse frente a mí, mirándome fijamente. Tiene las manos en alto y la barbilla obstinadamente inclinada.

"Vale, mi tío tiene algo contra mí. Pero no es nada".

Su intento de restar importancia a la situación me cabrea sobremanera. Me calmo durante unos segundos. Controlo mi respiración y cuento hasta diez antes de volver a hablar.

"¿Cuánto tiempo lleva intentando usurpar el puesto de tu madre como nueva jefa de los Wilson?".

"No lo sé. Mi madre y yo no nos hablábamos mucho antes de hoy". Se lo echa hacia atrás.

Hay sarcasmo goteando de su voz. Inclino ligeramente la cabeza hacia un lado, mis ojos son ascuas gemelas de rabia oculta.

"La única razón por la que dejamos sola a tu familia fue porque pensamos que tu madre era capaz de manejar las cosas. ¿Estás diciendo que nos equivocamos al hacerlo?"

Las manos de Serena se cierran en puños a los lados y me señala con un dedo, con voz furiosa.

"Mi madre es fuerte y feroz; ¡no te atrevas a llamarla débil!". Sisea.

"Entonces, ¿por qué el hermanastro de tu padre intenta hacerse con el poder?". Respondo bruscamente. Estoy perdiendo la paciencia. "Ha ido por ahí intentando convencer al resto de lugartenientes de tu padre de que sería mejor que le apoyaran a él que a nosotros".

Serena se desinfla un poco y sus ojos se abren ligeramente. Su voz es relativamente más tranquila cuando dice. "No lo sabía. Creía que solo intentaba aprovecharse de mí y encontrar la forma de dilapidar la riqueza de mi padre. Quiero decir que casi me llamó puta de Casagrande, así que pensé que solo estaba siendo mezquino".

La sangre ruge en mis oídos y mis dedos empiezan a crispase.

"¿Te ha llamado la puta de mi familia?", pregunto en voz baja, apenas por encima de un susurro.

Serena duda. Se retuerce las manos delante de ella y arrastra los pies de un lado a otro. "Sí".

Me pongo en pie, con la ira hirviendo en mi interior, amenazando con derramarse y consumirlo todo.

"Mi mujer", digo con voz mortalmente tranquila. "¿Se atrevió a hablarle así a mi

mujer?".

Serena se acerca a mí agarrando la parte delantera de mi camisa.

"Xavier, estás exagerando".

"Oh, no tienes ni idea".

Me libero de su agarre, me acerco al teléfono y hago una llamada.

"Nico". "Envía un mensaje a los Wilson. Quiero a todos reunidos en la mansión en la próxima hora. Diles que es una puta orden".

"Xavier, ¿qué intentas hacer?", grita Serena alarmada.

"Una declaración, Serena", responde Mariano pavoneándose con un vaso de whisky en la mano. Sé que lo ha oído todo. Una mirada de comprensión se cruza entre nosotros.

Sus ojos están llenos de una fría intención asesina. Pulsa en oleadas, e incluso Serena retrocede un paso, mirándonos a ambos con inquietud.

"Esto es una locura". Exclama, pero ninguno de los dos le presta atención. Cojo las llaves del coche.

"Venga, nos vamos ya", le digo.

Su frente se frunce de sorpresa.

"¿Quieres que vaya contigo? ¿Por qué?"

Me aprieta la mandíbula. Es Mariano quien dice.

"Si vamos a hacer una declaración, tienes que estar ahí. Ahora formas parte de esta familia. Cualquier falta de respeto hacia ti es una falta de respeto hacia nosotros ¿lo entiendes?"

Asiente rígida, no parece muy contenta, pero nos sigue fuera.

Cuando llegamos a la mansión Wilson hay coches aparcados por todas partes.

"¿Cómo ha llegado todo el mundo tan rápido?", pregunta Serena, consultando su reloj. "Apenas han pasado treinta minutos".

"Sabes quién es tu marido, Serena. Le temen más que a nadie en esta ciudad".

Serena nos observa como si estuviera viendo un accidente de coche a punto de ocurrir. Solo puedo pensar en el hecho de que alguien se haya atrevido a llamar a mi

novia puta.

Atravieso la puerta principal a grandes zancadas y el salón está abarrotado de fieles soldados de Wilson. Veo a Frederic Wilson sentado en un sillón, junto a la chimenea, fingiendo ser el rey.

Me acerco a él, y la multitud se separa, dándonos un amplio margen a Mariano y a mí. Me detengo delante de Federico.

"Xavier, quiero darte la bienvenida". Empieza a decir.

"Te referirás a mí como Sr. Casagrande". Le corté en seco, con los ojos fijos en él, amenazadores y amenazadores.

Se arrellana en la silla y traga saliva, sus ojos se desvían temerosos hacia Serena, que está a mi lado.

"Sr. Casagrande". Se corrige inmediatamente. Toda su bravuconería original ha desaparecido y ha sido sustituida por un terror abyecto.

"No hables a menos que yo te lo pida. Esta no es tu casa; no eres mi invitado, así que levántate de esa silla y vete con los demás". Gruño.

Su rostro palidece y una gota de sudor le resbala por la sien hasta el cuello. Es impresionante cómo consigue catapultar su cuerpo obeso de la silla y cruzar la habitación en un santiamén.

"¿Dónde está la Sra. Wilson?", grito.

"Aquí", responde una voz femenina.

Aparece una mujer muy parecida a Serena, que se dirige con elegancia hacia nosotros. Inclino la cabeza con respeto.

"Mis disculpas por molestaros con una reunión improvisada como esta".

"Está bien. Sarah, por favor, trae vino para nuestros invitados". Le dice a una anciana con uniforme de sirvienta. La mujer guiña un ojo a Serena antes de desaparecer por el pasillo de la derecha.

"Siéntate", le digo a Serena y ella obedece aunque la rebeldía destella en sus ojos. Su nariz permanece levantada y está cabreada. La ignoro. Marta se sienta junto a su hija. Mariano se pone de pie a mi lado.

Miro fríamente a la multitud de hombres. Cada par de ojos que encuentro, su

dueño se estremece y aparta la mirada.

"Frederic Wilson, un paso al frente", dice Mariano.

Frederic, que se ha escondido al fondo de la sala, tiembla como una hoja al acercarse. Le dejan un amplio espacio, nadie quiere contaminarse con su crimen.

"Hoy has hablado con la mujer de mi hermano. Quiero que repitas lo que le dijiste". Dice Mariano, su voz es fría y mortal. Sus ojos están llenos de una luz enloquecida que promete la muerte a quien se cruce en su camino.

Frederic parece a punto de mearse en los pantalones. "Piedad, por favor". Gimotea.

Le ignoro y alzo la voz.

"¿Hay alguien aquí que desee llamar puta a mi mujer? Si es así, pasemos rápidamente a la parte en la que decoro mi mesilla de noche con vuestras cabezas cortadas".

Nadie responde. Miro al tío de Serena.

"Supongo que el único tan tonto como para hacerlo fuiste tú, Frederic". Exclamo: "¿Quién te crees que eres? ¿Crees que puedes ir contra mi familia? ¿Tienes hombres dispuestos a morir por ti? ¿Qué has hecho para convertirte en un digno oponente?"

Con cada frase me acerco más a él, sobresaliendo por encima de su pequeño y lastimero cuerpo hasta que respiro sobre él.

Está congelado en el sitio, incapaz de moverse.

"¿Te atreves a insultar a mi mujer en la casa de su propio padre? No eres digno ni de lamer la suciedad de mis zapatos, ¿y crees que puedes faltar al respeto a mi mujer?"

Frederic cae al suelo hecho un bulto. Apenas le caben los pantalones por encima del culo pálido.

"Por favor, ten piedad. He hablado fuera de lugar. Por favor, no me mates".

Le ignoro y miro a los hombres de la sala.

"Marcus Wilson era un gran hombre y vuestro líder. Si le fueras leal de verdad, lo serías a su mujer y a su hija. Ahora es una Casagrande por matrimonio, pero por sangre es una Wilson. Le debes todo tu respeto. También a su madre".

"Esto no debería volver a ser un problema. Si alguien va contra estas dos mujeres, va contra mí y contra mi familia. Y puedo asegurarte que no acepto insultos. No tolero

las faltas de respeto y aplastaré a quien me desafíe".

Rujo esta última parte. Después hay un silencio estremecedor. Nadie habla, hay miedo en sus ojos, y el desastre quejumbroso en el suelo que es Frederic lloriquea.

"Esta reunión ha terminado", anuncia Mariano.

Los hombres se quitan los sombreros respetuosamente e inclinan la cabeza antes de marcharse. Frederic se aleja arrastrándose y yo le dejo. Pensaba matarlo aquí mismo, pero decidí no hacerlo. Al menos, todavía no.

Me doy la vuelta y miro a Serena, que mira estoicamente al vacío.

"¿Estás enfadada?"

Ella olfatea y mira hacia otro lado.

"Sí".

"¿Por qué?"

"No lo sé". Se enfurruña,

Me pregunto si será una cuestión de orgullo. Por lo que me contó Sánchez, ella se manejaba bastante bien con su tío. Pero no iba a pasar por alto semejante falta de respeto.

Martha habla. Su voz es educada.

"Gracias por eso Xavier, pero no era necesario. Frederic es un idiota. Mi marido lo consintió porque era su hermanastro".

"Esa es una de las razones por las que tus limpiadores no están rascando su materia cerebral del suelo ahora mismo. Porque es de tu familia". Digo, sin disculparme.

Aprieta los labios, pero asiente en señal de comprensión. Luego me enseña los dientes y sus ojos centellean de tal forma que me hace saber que le ha gustado mucho lo que acaba de ocurrir.

De repente, la mujer me impresiona. Es una maestra titiritera, que mueve los hilos de tal manera que las cosas la favorecen. Sabía que esto ocurriría desde el principio y se limitó a esperar su momento. Ahora los hombres la seguirán sin rechistar.

"Debes quedarte a cenar". Te dice. "Después de todo, has venido hasta aquí. No puedo dejar que te vayas con el estómago vacío".

"Será un honor", respondo.

Me acerco para acariciar la mejilla de Serena y ella frota su cara contra mi palma. Pero no dice nada más.

"No lo hice para que te sintieras menos Serena. Tú lo sabes".

"Yo me encargué. No tenías que hacer todo esto". Se queja. Con los labios hacia los lados.

"Yo te apoyé. Los dos lo hicimos".

Hace un mohín, pero su cara se suaviza un poco. "Das miedo, ¿lo sabías? Los dos eran como si alguien hubiera hablado fuera de tono le hubieras aplastado allí mismo".

"Nadie te va a volver a irrespetar", dice Mariano. "Te protegeremos y te mantendremos a salvo".

Serena nos regala una débil sonrisa, pero el conflicto sigue bailando en sus ojos. Hace que los bordes de su sonrisa se vuelvan quebradizos. Conozco su origen, y eso hace que un peso se asiente en mi pecho.

CAPÍTULO VEINTE - MARIANO

Es una mañana luminosa y vuelvo de la cocina de Xavier con un bollo en la mano y una taza de café en la otra. Entro en su dormitorio sin llamar.

Serena está tumbada boca abajo, con las piernas pataleando en el aire mientras hojea una revista, comiendo restos de chocolate de la caja que le compramos ayer cuando salimos. Xavier está sentado a su lado, con la espalda apoyada en el cabecero y el portátil sobre las piernas.

"Papá quiere celebrar sus sesenta años", me dice Xavier en cuanto entro.

Me tomo esta noticia con calma. "No hay sorpresas. Será una excusa para que el resto de las familias vengan a jurarle lealtad".

"Suenan divertido para todos", añado y cojo un poco de chocolate de la caja de Serena.

"¡Eh! Quitá las manos". Gimotea, haciéndome un gesto con el dedo corazón.

Está desnuda, salvo por la sábana que la cubre. Tiene el pelo despeinado y sexy.

"No puedo creer que ya te hayas acabado más de la mitad de esa caja". Me burlo.

Ella pone los ojos en blanco "No me lo comí sola. Compartí un poco con Xavier".

Como para demostrar su punto de vista, rompe un trozo y lo coloca contra los labios de Xavier. Él abre y acepta el chocolate, y luego atrapa el dedo de ella en su boca, chupando y mordisqueando su piel.

"¡Xavier!", grita, soltando una risita y retirando la mano.

"Solo tenía como dos piezas encima". Me dice.

Serena le da un puño en el costado. "¡Traidor! Por eso, no recibes nada".

Xavier finge estar horrorizado. "Bien, tienes razón. Me lo he comido todo; tú solo te has estado comiendo mis sobras".

Ella le estrecha los ojos y le da otro trozo. Él lo acepta y le sonríe.

Los observo con expresión perpleja. Las últimas semanas han sido perfectas. Todos nos hemos relajado en una pequeña burbuja de felicidad. Sin embargo, parece tiempo prestado. Se me retuerce el estómago. Ojalá pudiera seguir así para siempre.

Serena no tarda en levantarse para ir al baño.

"He encontrado dónde se esconden Guerrero y Jason", me dice Xavier en cuanto se va.

Esto me anima.

"¿Dónde?"

"Un infierno en el centro, cerca de los muelles, si puedes creerlo".

"Delante de nuestras narices". Musito. Tomo un sorbo de mi café negro.

"¿Qué te parece? ¿Les hacemos una visita?", sugiero con entusiasmo.

Xavier sacude la cabeza.

"No, todavía no. Tengo a unos tipos vigilando el lugar. Quiero saber quién viene a verlos".

Le enarco una ceja.

"Quieres decir que quieres saber si es Frederic Wilson con quien trabajaban". Señalo.

Enarco una ceja ante mí acertada deducción, pero no se molesta en desmentirla.

"Es un cobarde y un llorón de mierda, pero también es ambicioso. Es una mezcla peligrosa".

"No podría estar más de acuerdo". Concedo, mis labios se curvan de asco solo de imaginarme al tipo.

"Deberíamos deshacernos de él", digo, "puedo ordenar un golpe o hacerlo yo mismo. No necesitamos hacer todo este trabajo de detectives".

Xavier suspira y cierra el portátil, tirándolo al colchón que tiene al lado, coge el chocolate de Serena y se echa unos cuantos a la boca. Le observo con no poca diversión.

Sin darse cuenta y alrededor de un bocado dice.

"Créeme, ojalá pudiéramos. Pero quiero estar seguro de que no nos aguardan otras sorpresas. Si estamos seguros de que solo son ellos tres los que han conspirado contra nosotros, entonces podemos ejecutarlos y acabar de una vez".

Me encojo de hombros y miro hacia otro lado. "Cuanto antes, mejor".

Llega el día del baile de cumpleaños de mi padre. Salgo de casa de Xavier y Serena para ir a prepararme a mi casa. El apartamento del loft me parece frío y solitario. Mi limpiadora viene dos veces por semana a arreglarlo, pero aun así, tiene una sensación de abandono.

Ya casi no me quedo aquí, ya que siempre estoy en casa de Xavier. Me visto, pero sigo holgazaneando. Me tomo unas cervezas y miro por la ventana, donde las luces parpadeantes del horizonte de la ciudad me guñan un ojo.

Al final, recojo mi chaqueta de traje y me dirijo a nuestra villa familiar.

En este momento, la celebración está en pleno apogeo. Al igual que durante la boda de Xavier, el recinto se ha transformado. Las mesas y las sillas están dispuestas y cubiertas con mantelería blanca y nítida. Camareros vestidos elegantemente de blanco y negro, pasan fugazmente entre la multitud, sirviendo bebidas. Una banda en directo, al frente, en una plataforma ligeramente elevada, tocando la música mariachi favorita de mi padre.

Hay bastantes asistentes. Desde las principales familias de la mafia, hasta políticos, abogados, accionistas y los principales empresarios de la ciudad. Todos presentes para mostrar respeto a Jon Casagrande.

Mi padre está en un viaje de ego y le están animando. Supongo que debería sentirme orgulloso como hijo suyo de formar parte de todo esto. Pero no estoy de humor para regodearme ni para dar las gracias.

Me molesta la ceremonia que se celebra a mi alrededor. Cojo una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasa por allí, vuelvo a beber el burbujeante líquido y me abro paso entre la multitud. Saludo con la cabeza a algunas caras conocidas.

Veo a Xavier y a Serena de pie, uno al lado del otro, con mi padre presentándoles al alcalde de la ciudad. Espero a que mi padre y el alcalde sigan adelante antes de acercarme a ellos.

Serena me ve primero y se le ilumina la cara.

"¿Por qué has tardado tanto?", susurra.

"Por nada. ¿Qué me he perdido?"

"Nada de nada".

Xavier y yo nos saludamos con la cabeza. Estoy a punto de soltarle un chiste sobre

lo estirado y formal que es siempre en estas reuniones cuando la voz de mi padre me pillaba desprevenida.

"Mariano, qué bien que estés aquí".

Mierda. Hago una mueca. Creía que se había alejado de esta vecindad. Me pongo una sonrisa falsa en los labios.

"Feliz cumpleaños, padre".

Lo ignora y me pone una mano en el hombro, sujetándome. A su derecha hay una chica de pelo rubio corto y labios rojo cereza. Es bajita, menuda y de aspecto inocente, con grandes ojos azules.

Me encuentro con su mirada y aparta la suya aterrorizada.

"Esta es Aurora". Dice a modo de presentación.

"Hola", digo cortésmente.

"Es la hija menor de Falcone".

Aprieto los dientes, sabiendo adónde va esto.

"Qué bien", murmuro, apartándome para que su mano caiga a su lado.

Los ojos de mi padre brillan con una advertencia. "Deberían hablar".

"No, gracias", respondo, hosco y molesto.

"¡Mariano!", chasquea la voz como un látigo.

Igualo su mirada con la mía.

"¿Qué padre?", gruño. "Te he dicho mi opinión al respecto y aun así has optado por echarme en cara este bodrio. No me interesa y esa decisión sigue en pie. Discúlpame".

Me alejo sin mirar atrás. Mi visión se oscurece en los bordes. Me siento presionado por todos lados. Me abro paso entre la multitud buscando desesperadamente un lugar tranquilo donde estar sola. No sé durante cuánto tiempo camino, pero al final, el ruido de la fiesta se apaga, dejándome un silencio sofocante, salvo por el canto de los grillos y el sonido del agua que gotea en un estanque.

"¡Mariano, espera!", grita una voz familiar.

Mis tacones chasquean en el sendero de piedra por el que camino y observo mi entorno. Hay una fuente de agua con la estatua de una joven doncella. El agua gotea en

la fuente desde la tinaja de piedra que lleva en los brazos.

No tengo ni idea de cómo he acabado en los jardines. Un alto seto de plantas me rodea por ambos lados. La luna cuelga como un disco en el cielo, bañándolo todo con su resplandor plateado.

Me doy la vuelta. Serena se levanta una esquina de la falda y se dirige hacia mí. Se detiene a pocos centímetros de mí.

"Hola". Exhala, abanicándose con los dedos.

"Hola".

Estudia mi cara: "¿Estás bien?".

Me doy la vuelta y miro hacia la fuente, con las manos metidas en los bolsillos.

"Estoy bien". Muerdo mis labios.

La escucho soltar un profundo suspiro.

"Sé que estás enfadado con tu padre. Pero tienes que comprender que él no ve las cosas como tú".

"¡Eso no me importa!", exclamo, con la voz en el aire de la noche. "No tiene derecho a hacer eso. Ninguno. No me importa el matrimonio. Nunca lo he hecho y nunca lo haré. Y no con una desconocida cualquiera".

La voz de Serena es suave y engatusadora.

"Mariano, tienes que tener cuidado y elegir tus batallas. No creo que esta la ganes".

"Al diablo con eso. No es él quien va a tener que vivir con un desconocido el resto de su vida".

"¿Se trata realmente de eso o hay algo más?"

Me burlo y giro sobre mis talones para mirarla. Mantengo su mirada cautiva con la mía. Unos rizos sueltos se han escapado de su moño y caen por sus pómulos.

"Ya lo sabes", afirmo, sin pelos en la lengua. "Te quiero. Serena. Te quiero, y tú te sientes culpable porque no me correspondes, así que intentas sentirte mejor apoyando a mi padre haciendo de casamentera".

Se tambalea hacia atrás como si le hubieran dado un puñetazo.

"No digas eso". Dice con voz temblorosa, con el labio tembloroso.

Ya no me importa nada. Ya no bailo en círculos con ella.

"Es verdad, ¿no? Si no, ¿por qué estás aquí entonces?". Digo, amargado y agraviado.

La cara de Serena se arruga y lo siguiente que sé es que está sollozando.

"No veo futuro para nosotros Mariano, ¿vale? ¡Y me duele! Duele porque yo también te quiero Mariano. Tanto que no tienes ni idea. Y odio que te vayas a casar con alguna chica, y que ella vaya a tener tus hijos. Y ella verá lo increíble que eres detrás de todo ese duro exterior. Y se enamorará de ti y de alguna manera tú también la amarás y yo estaré ahí suspirando por ti pero sin poder tenerte".

Se envuelve el cuerpo con los brazos como si tuviera frío.

"Me mata por dentro". Dice entre lágrimas.

Su pecho sube y baja pesadamente con cada respiración. Las lágrimas brotan de sus ojos manchando sus mejillas de rímel. Nunca había estado tan guapa. Siento que el corazón me va a estallar de emoción. Siento un nudo en la garganta y mi cerebro está confuso. Unos fuegos artificiales de colores zumban en mi cabeza, encendiéndose y formando las palabras "me quiere" una y otra vez.

"¿Me quieres?", susurro. Deseando oírla decirlo. Pensando que tal vez he oído mal y ha dicho otra cosa.

"¡Claro que sí, idiota!"

"Joder". Me maravillo, la alegría florece en mi pecho hasta que siento que floto.

Camino hacia ella y niega con la cabeza.

"No lo hagas Mariano. Solo empeorarás las cosas. No podemos estar juntos. A mí también me importa Xavier y nunca le haría daño. Así que tienes que olvidarte de mí".

"Ni de coña", gruño, rodeándole la cintura con los brazos. A pesar de su protesta verbal, se acerca a mí voluntariamente. La beso antes de que pueda decir nada más.

Suspira y me rodea el cuello con los brazos, su lengua choca contra la mía con avidez, su suave cuerpo se aprieta contra el mío. Todo es perfecto. Mientras me quiera, no me importa lo que pase.

Se oye un rugido de pura furia y dolor desde el final del sendero. Serena y yo nos separamos de un salto como si nos hubieran picado.

Mi padre está de pie al final del seto, mirándonos a los dos con tanto odio y asco en los ojos que me estremezco. No sé cuánto habrá oído. Aunque no haya oído nada, ya nos ha pillado en una posición comprometida.

"¡Maldita puta!" Le gruñe a Serena. "¿Es esto lo que has estado haciendo todo este tiempo? ¿Te traigo a mi familia y quieres a mis dos hijos?"

Se lanza hacia delante, con una intención asesina en los ojos. Agarro a Serena y me coloco frente a ella, con una mano extendida hacia mi padre, que retuerce la cabeza de su bastón y desenvaina una hoja larga y mal afilada.

"¡Padre, para!", grito alarmado, no le tengo miedo, pero si intenta tocar a Serena me asusta lo que pueda tener que hacer para protegerla.

"¡Apártate de mi camino, déjame acabar ya con esta niña tonta!" Ruge como un oso furioso. Su intención asesina es viciosamente clara.

Avanzo, bloqueándole el paso a propósito. "No, no te dejaré hacerlo".

Tiene los dientes enseñados en un gruñido salvaje, y su temperamento se está convirtiendo rápidamente en algo más.

"Niño tonto". Sisea. Apuntándome al pecho con la espada. "Te estoy protegiendo. Si Xavier descubre que has estado con su mujer, te matará. Lo sabes".

Casi me dan ganas de reírme porque cree que ese es el problema. En lugar de eso, le digo

"Y si los Wilson descubren que mataste al único hijo de su difunto jefe, ¿qué crees que nos harán?". Contraataco, apelando al único lado de él que ve la lógica. Su sed de poder e influencia.

Lo considera y en ese momento de duda, disparo. Mis manos delante de mí se aplacan y se humillan. La camisa se me pega húmedamente a la espalda mientras el sudor me recorre todo el cuerpo.

"Haré todo lo que quieras", le digo. "Me casaré con la hija de Falcone y seré el mejor yerno del mundo. Les encantaré, me haré el simpático y fingiré estar enamorado. Así nos apoyarán con sus recursos y tú serás aún más poderoso. Pero no hagas daño a Serena".

Por fin mi padre se detiene en seco. Hay un frío cálculo en sus ojos mientras sopesa mi oferta.

"¿Harías esto por ella?"

"Sí", digo sin vacilar.

Está confuso. Me doy cuenta por la forma en que su mirada se desvía entre nosotros dos. Cambio de postura para protegerla de su vista. Soportando el peso de todo el juicio, el asco y la ira que brotan de él.

Hay un largo momento de silencio, Padre me mira fijamente a los ojos y yo me muestro vulnerable ante él. Si intenta matar a Serena, acabaré con él aquí mismo. Xavier no me lo perdonará. Y puede que tenga que huir, pero lo haré, joder.

Mi padre lo reconoce porque sus labios se perfilan en una línea sombría. Retrocede un paso, como si realmente me viera por primera vez.

"Que Dios me ayude, me arrepiento del día en que decidí hacer negocios con los Wilson". Escupe al suelo.

"Te casarás con la hija de Falcone. Y no quiero volver a verte con la mujer de tu hermano o si no".

Deja esa amenaza en el aire mientras enfunda su espada, convirtiéndola de nuevo en un bastón de aspecto inofensivo, y se aleja.

CAPÍTULO VEINTIUNO - XAVIER

Es el día después de la fiesta de cumpleaños de papá. Mariano y yo estamos en el muelle, con mi coche aparcado a la vuelta de una esquina. Nuestros ojos se fijan en una hilera de chabolas oxidadas que algunos pescadores utilizan cuando hace mal tiempo.

El aire huele a humedad y moho, como una prenda vieja y abandonada. Mantengo la choza a la vista con unos prismáticos.

Mariano está tenso y nervioso, de vez en cuando me mira de reojo y luego aparta la mirada con la misma rapidez. Agarro con más fuerza los binoculares. Su estado de ánimo empieza a contagiarse de mí de un modo irritable.

"Mira Xavier, tengo que decirte algo". Me dice.

Suspiro. "Serena también te ha dicho que te quiere, ¿verdad?".

Se queda inmóvil y su mirada se vuelve pensativa.

"¿Cómo lo sabes?", pregunta con cautela.

Pongo los ojos en blanco.

"Es evidente. Se han comportado de forma muy extraña desde que ella volvió de ir a buscarte. La he sorprendido mirándome con una expresión de culpabilidad. He sumado dos y dos".

Intento mantener la voz ligera y despreocupada. La mejilla de Mariano se sonroja y entierra la cara en la mano.

"Lo siento, Xavier. No pretendía..."

"No pasa nada", le digo con voz brusca. Le corto antes de que empiece a hacer las cosas más raras de lo que ya son.

Solo estaba aventurando una suposición cuando dije lo que dije. Y mientras aún era un pensamiento descabellado en mi mente, podía convencerme de que no era cierto. Pero ahora que Mariano lo ha confirmado, duele. Me duele mucho. Me siento hueco por dentro.

Ella quiere a Mariano, no a mí. Es una píldora difícil de tragar.

"Me alegro por ustedes dos. De verdad". Exclamo, aun sin mirar a mi hermano

pequeño.

"Eso no es todo..." Empieza a decir, pero no llega a terminar porque, precisamente en ese momento, se abre la puerta y salen Frederic Wilson, Guerrero y Jason.

"Esos cabrones". Gruño.

Por fin, la prueba que necesitaba de que había alguien más implicado.

"Tenías razón", dice Mariano, su voz se hace eco de la satisfacción en la mía.

Murmuro en voz baja y saco la pistola de la guantera.

"Deshagámonos de ellos".

Salimos del coche y nos abrimos paso discretamente entre las chabolas hasta llegar a donde están los tres hombres.

"Mira, aún podemos matar a esos arrogantes de Casagrande...". Dice Frederic.

"Hola", exclamo con una sonrisa demoníaca en el rostro.

"¡Mierda!", grita Frederic y Guerrero se lleva la mano a la cintura. Le apunto con mi pistola.

"Yo que tú no recomendaría ningún movimiento brusco", digo.

Guerrero me mira con desprecio, con su rostro estrecho y su barbilla puntiaguda enrojecidos por el odio. Me bombea sangre por los oídos y mi visión está cubierta por una neblina de ira tan potente que casi puedo saborear su amarga bilis.

"Te dije que iba a encontrarte, ¿no?". Le digo a Jason.

Tiene el pelo rojo pegado a los lados de la cabeza como una fregona mojada y los puños fornidos apretados. En sus ojos veo el miedo, pero también la resignación.

Parecen hombres dispuestos a caer.

Me meto la pistola en el bolsillo, me remango y cierro las manos en puños.

"¿Xavier?", dice Mariano, confuso. Su arma seguía apuntando a los tres hombres.

Le ignoro. Apenas oigo nada por encima de la sangre que ruge en mis oídos. Necesito golpear algo. Necesito el dolor y la adrenalina de una buena pelea física a la antigua usanza. A muerte.

Lanzo el primer puñetazo a Frederic; le cruje la nariz y cae fulminado. Se desploma en el suelo con un crujido nauseabundo.

Me invade la decepción. Pero entonces veo a Jason y a Guerrero rodeándome con los nudillos en alto y la esperanza desesperada de escapar de aquí con vida brillando en sus ojos.

"Un hombre tradicional. Me gusta". Guerrero dice con una luz cruel bailando en sus ojos.

"A la mierda". Mariano desecha su pistola y se une.

"No te metas. Son míos". Le brinco.

Lo que sea que vea en mis ojos le hace ceder con un leve movimiento de cabeza. Retrocede y me observa con los brazos cruzados.

Mi visión se oscurece mientras me sumerjo en esa necesidad primaria de violencia que bulle en mi interior. Cuando vuelvo en mí, la lucha ha terminado.

Mis nudillos están magullados y manchados de sangre. Jason yace en el suelo, inmóvil, hecho un montón de sangre, y yo estoy encima de Guerrero, con las rodillas a ambos lados de su torso, golpeando su estúpida cara contra el suelo una y otra vez, volando sangre y trozos de carne cada vez que le doy con el puño en la cara.

Respiro con dificultad, mi visión es borrosa, pero no es suficiente. Necesito más. Necesito más dolor y caos. Mariano me pone una mano en el hombro.

"Se acabó, tío. Se acabó". Habla.

Pero no me detengo. No hasta que apenas puedo reconocer el rostro deforme de Guerrero. Mariano sigue mirando con el horror escrito en sus facciones.

Dos días después, me citan en el despacho de mi padre. Está de pie junto a la ventana, con las manos juntas a la espalda, cuando entro.

Cierro silenciosamente la puerta tras de mí y me acerco a su escritorio. Tengo la mano derecha vendada. Me rompí el dedo meñique durante la pelea. No me importa el dolor.

"¿Padre?", digo vacilante cuando se alarga el silencio entre nosotros.

"Siéntate, Xavier. Llevo tiempo dándole vueltas a una decisión". Dice sin mirarme todavía.

Frunzo las cejas en señal de confusión. "¿Qué es eso?"

Suspira y se aleja de la ventana para sentarse en su silla. Sus dedos se juntaron delante de él.

"Hay algo que tengo que decirte. Sé que te va a costar creerlo y vas a arremeter contra mí, pero necesito que me prometas, que mantendrás la calma".

Aprieto la mandíbula y se me forman profundos surcos en la frente. "Te escucho, padre. ¿Qué ocurre?"

"Siéntate primero".

Respira hondo y, con voz dolorida, dice.

"Mariano y tu mujer son amantes".

Su pronunciamiento es tan grave y solemne. Y se me revuelve el estómago al darme cuenta de lo que significa que él lo sepa.

"¿Cómo lo sabes? Pregunto, sin poder evitar que la conmoción se refleje en mi voz.

Probablemente, sea algo bueno, porque malinterpreta mi sorpresa como enfado. Y su rostro se contorsiona en uno de simpatía. Sus ojos llorosos y caídos están llenos de compasión.

"Los cogí la noche de la celebración de mi cumpleaños". Explica". Quería hablar con Mariano de hombre a hombre y encontrar la forma de convencerle de que casarse con la hija de Falcone era lo correcto, pero estaba con tu mujer y se estaban abrazando de una forma bastante íntima."

Me devano los sesos buscando qué decir, con los pensamientos acelerados a mil por hora. ¿Podría ser esto lo que Mariano y Serena me estaban ocultando? Eso explicaría por qué han estado tan extraños y asustadizos.

"Sé que es difícil de procesar, hijo". Continúa mi padre, su rostro está plagado de simpatía. "Y tengo parte de culpa en esto, lo sé. Fui yo quien te obligó a casarte con la chica. Creía que procedía de un buen hogar. Supongo que me equivoqué. No es más que una puta".

"¡No la llares así!", exclamo sin pensar.

"Sigues protegiéndola". Él asiente elogiosamente. "Eres un marido bueno y obediente. Te encontraré otra novia, Xavier. Deberíamos cortar los lazos con los Wilson. Este insulto es demasiado grande para soportarlo. El trato que hice con tu hermano no merece la pena".

Esta última parte me hace preguntarme.

"¿Qué trato hiciste con él?"

"Aceptó alejarse de Serena y casarse con la hija de Falcone si la dejaba en paz".

"La quiere de verdad", me digo. Sorprendido por esta revelación.

Mi padre suelta un feo bufido.

¿"Amor"? No seas ridículo. ¡Es tu mujer! No tenía derecho".

Intento mantener una fachada tranquila y razonable. Mi padre es muy conservador y muy mojigato en cuestiones sexuales. Seguramente por eso Mariano y yo disfrutamos realizando tantos actos decadentes delante de sus narices.

Joder, una vez nos tiramos a una de las amigas de nuestro primo segundo justo en este escritorio mientras estaba de viaje cuando estábamos en el instituto.

No quiero que sospeche lo que hay entre Mariano, Serena y yo.

"No creo que debamos llegar al extremo de cortar lazos con los Wilson, padre", digo intentando ser razonable. "Nadie sabe lo que ocurrió excepto tú, ¿verdad?".

"¿Y qué? ¿Te quedarías con una esposa infiel?". Sus ojos están llenos de sospecha.

Mantengo una expresión severa en el rostro.

"Puedo ocuparme de mis asuntos familiares, padre. Eso es lo que digo. No es necesario avergonzar a la muchacha. Los Wilson se sentirán provocados y se levantarán para proteger su honor. Dará lugar a disputas innecesarias. Estamos en tiempos de paz. Que siga siendo así".

"Esto no me gusta nada Xavier".

"Es mi mujer. La disciplinaré como crea conveniente", insisto.

Sus ojos son afilados, fríos y cortantes. Puedo ver los engranajes de su cabeza girando e intentando averiguar el motivo de mi decisión. Mantengo una expresión de póquer. El momento se alarga y mengua hasta que finalmente hace un imperceptible gesto con la cabeza.

"Muy bien". Dice. "Es tu mujer. Haz lo que consideres oportuno".

El alivio inunda mi organismo. Al menos Serena está a salvo por el momento.

CAPÍTULO VEINTIDÓS - SERENA

Llevo acosada por la culpa y el terror desde aquella noche en que Jon Casagrande nos pilló a Mariano y a mí besándonos.

Cada día que pasa quiero contarle a Xavier lo que ha pasado, pero se me obstruye la tráquea y las palabras salen como briznas de aire desesperadas.

Y no ayuda que también se muestre distante. Con una mirada permanentemente oscura e inaccesible grabada en el rostro. Me evita en casa y cuando intento hablar con él, responde con gruñidos y frases incompletas.

Hoy decido que no volveré a ocultar nada y por eso estoy hablando con Mariano en este momento. Estamos en el salón, uno de sus brazos está echado sobre mi hombro mientras me frota el brazo de forma reconfortante.

"No volveré a ocultarle nada a Xavier. Le contaré lo que ha pasado y ya está. No tendrás que casarte con la hija de Falcone y Xavier no tendrá que estar pegado a mí".

Mariano hace una mueca de dolor y se frota la mandíbula cubierta de desaliño. Lleva vaqueros y camisa. Su brazo tatuado se abulta al mover la mano.

"Ya lo sabe, Serena".

Parpadeo varias veces.

"¿Qué quieres decir?"

"Sabe que me dijiste que me querías. No sé cómo, pero se dio cuenta".

Me quedo con la boca abierta, iclaro que lo sabe! Por eso se ha comportado tan fríamente conmigo.

"¿Cómo se lo ha tomado?", pregunto, mordiéndome las uñas con ansiedad.

Mariano se encoge de hombros.

"Mató a Guerrero y a Jason con sus propias manos, así que bastante bien, todo sea dicho".

Mi cara se transforma en un ceño fruncido.

"¿Se supone que eso tiene gracia?"

"No. Hablo en serio. Significa que se está enfrentando a ello. Deberías tener miedo

cuando Xavier se retrae y se calla. No cuando arremete".

Gimo y entierro la cara entre las manos, sintiendo que se me llenan los ojos de lágrimas.

"Me siento fatal".

Mariano suspira.

"Yo también. No me atreví a contarle el episodio de nuestro padre".

El sonido del coche de Xavier crujiendo contra la grava del camino de entrada llama mi atención y me incorporo, alejándome de Mariano. Me lanza una mirada extraña, pero permanece en silencio.

Xavier entra con el ceño fruncido. Cuando nos ve a Mariano y a mí, no sonríe ni dice nada a modo de saludo. Se hace un silencio incómodo.

Deja la llave en un cuenco del vestíbulo y se dirige al salón, acomodándose en un sillón.

"Padre los ha visto juntos". Dice con una calma sepulcral mientras nos observa con la tensión escrita por todas partes.

Se me escurre la sangre de la cara. Pero, al mismo tiempo, me siento aliviada de que por fin se haya acabado la juerga.

"Lo siento, Xavier. Iba a decírtelo".

"Quiere que te avergüence públicamente y que corte todos los lazos con tu familia".

"¿Qué? Gruñe Mariano poniéndose en pie. "¡Eso es un desastre, él y yo teníamos un trato!"

"Siéntate", le dice fríamente Xavier a su hermano.

Mariano se sienta, pero su cara sigue contorsionada por la ira.

"Me lo merezco, Xavier. Tu padre tiene razón". Le digo. "Pero si cortas los lazos con mi familia, nuestros enemigos vendrán a por nosotros. Sé que no estoy en posición de pedirte nada".

Se encuentra con mi mirada suplicante. Tiene los ojos inyectados en sangre y nunca antes me había sentido tan desconectada de él, como si hubiera un enorme vacío entre los dos que nunca se pudiera cruzar ni reparar.

"¿Qué quieres que haga?", pregunta.

"Me iré", afirmo con firmeza. "Desapareceré y no tendrás que volver a saber de mí. Pero, por favor, no desheredes a mi familia".

Mariano hace un ruido en el fondo de la garganta, pero Xavier y yo lo ignoramos. Ladea la cabeza, mirándome.

"Muy bien", es todo lo que dice finalmente.

Es un rechazo sin emoción.

Siento como si me hubieran hecho un agujero en el corazón.

"¡No puedes dejarla ir!", brama Mariano.

Xavier le ignora. Me mira a los ojos.

"No es a mí a quien quiere Mariano. No hay razón para que esté aquí. Déjala marchar. Solo así estará a salvo y se cumplirá su deseo. Si se queda conmigo, padre nunca olvidará el insulto que supuso que se acostara con mi hermano pequeño.

"La dinámica de nuestra relación solo la podemos entender los tres. Es triste pero cierto. Todo lo que hicimos fue consentido, pero aunque puede que significara más para algunos de nosotros que para otros, al final nunca fue sostenible."

El dolor en su voz es difícil de ignorar. Mi corazón se rompe en mil pedazos y me odio por lo que he hecho. Enamorarme de Mariano nunca fue mi intención. Pero Xavier cree que eso significa que yo tampoco siento nada por él. Lo cual está muy lejos de la verdad.

"Xavier..." Quiero decirle lo que siento por él, pero me calla con una mirada.

Sus ojos son invernales, sus rasgos estoicos y premonitorios. No hay rastros de calidez o reconocimiento en su rostro.

"Vete".

Cierro la boca y me trago las lágrimas. Como un zombi, me pongo en pie, me dirijo a la habitación y empiezo a recoger mis pertenencias. Las lágrimas no salen, pero tengo un nudo en la garganta que se hace más doloroso y pesado a cada segundo que pasa.

Mariano es el que me ayuda con el equipaje y me lleva a casa, Xavier ni siquiera estaba en el salón cuando me fui. Creo que ya había salido.

"¿Quieres venir a mi casa?", pregunta Mariano cuando se detiene delante de la

mansión de mi familia.

"No creo que debamos vernos durante un tiempo, Mariano", digo tranquila y abatida. Tengo los ojos bajos. "En este momento no le hacemos ningún bien a nadie más que a nosotros mismos. Tengo que mantener a salvo a mi familia y no puedo hacerlo estando contigo".

Su voz tiene un cierto filo. Sus ojos son salvajes, como los de un animal acorralado. "¿Qué estás diciendo?"

Es desgarrador, pero aun así lo digo. "Digo que esto es el adiós".

"Serena". Gime y me agarra de la mano cuando me muevo para abrir la puerta. Me obliga a mirarle a la cara. La angustia de su rostro es tan cruda que tengo que cerrar los ojos un segundo.

"Por favor, no digas eso. No puede acabarse. No podemos... No puedo...". Se interrumpe. "¡Huye conmigo!" Dice de repente. "Huyamos juntos. Tengo el dinero, puedes elegir una ciudad, cualquier ciudad o país. Nos iremos. Tú puedes hacer tu arte y yo haré otra cosa. Quizá abrir una tienda de vinos. Podemos ser felices. Di que sí".

Mi sonrisa es acuosa.

"Nunca te irías voluntariamente del lado de Xavier, Mariano. Te conozco. Tu lealtad está con tu hermano. No podría pedirte eso".

Aprieta la mandíbula, pero permanece en silencio. Todos los argumentos han desaparecido de él.

Me permito un último momento de debilidad para acariciarle la cara. Memorizando las hermosas líneas duras, su fuerte mandíbula y su nariz ligeramente torcida. Labios carnosos y esos preciosos ojos azules que me arruinaron desde la primera noche que nos conocimos.

"Adiós, Mariano", le digo.

Y esta vez, cuando abro la puerta, me deja. Los guardias corren hacia el coche para coger mi equipaje, pero no miro atrás. Me obligo a seguir adelante. Dándome ánimos para que en cuanto llegue a mi cama pueda desplomarme y dejarme llevar.

Y eso es exactamente lo que hago.

CAPÍTULO VEINTITRÉS - MARIANO

Nunca me habían roto el corazón. Es una sensación de mierda y estoy muy entumecido. Me sorprende que mi cuerpo no haya dejado de funcionar.

Coloco la mano contra el esternón. Mi corazón sigue latiendo a un ritmo normal, pero siento mi pecho como una tumba vacía. Vacío, oscuro y frío. Conduzco por la ciudad sin rumbo durante un rato hasta que finalmente me detengo en mi apartamento, porque en cualquier otro lugar me siento mal.

Subo a la acera y apago el motor.

Sentado en la entrada está Xavier, con la cabeza inclinada hacia delante y una botella envuelta en papel de estraza en la mano. Me acerco a él con cuidado.

Me pregunto si está aquí para darme una paliza. Entonces levanta la vista y veo en él una oquedad que me hace sentir como una mierda.

"¿Quieres subir?", le digo.

Asiente en silencio. Y se pone en pie. Tomamos el ascensor hasta mi apartamento. Los dos estamos callados y ensimismados.

Las puertas se abren. Y me entretengo encendiendo las luces. Xavier se desploma en mi sofá de cuero marrón y se queda mirando al espacio miserablemente.

Me siento a su lado y enciendo la televisión. Nos pasamos su botella de vodka barato de un lado a otro sin decir palabra. Están jugando un partido de béisbol. Ninguno de los dos hace ningún comentario al respecto.

Doy golpecitos con el pie, inquieto, y por fin me levanto y voy a mi mesa de billar y acumulo las bolas de billar.

"Venga, vamos a jugar".

Sorprendentemente, acepta y le dejo romper. Las bolas chasquean entre sí y se extienden por la mesa.

"Rayas". Dice y mete una bola y falla el siguiente tiro.

Me entrega el taco.

"Sé que me odias". Le digo.

Sacude la cabeza. "No lo hago".

"Pues deberías".

Rechina los dientes.

"Pues no". Muerde.

Emboco un punto y alineo otro tiro, pero fallo por un centímetro. La bola rebota contra el borde de la mesa y sale rodando.

Jugamos en silencio durante un rato. Consigue embolsarse una de sus rayas.

"Sabes que te quiere, ¿verdad?", le digo.

Resopla y hace un disparo furioso, fallando por completo. Se endereza y me mira fijamente a los ojos.

"¿Vas a casarte con la hija de Falcone?", me pregunta.

Frunzo el ceño.

"No tengo elección. Papá iba a matar a Serena. No le sentó nada bien vernos besándonos".

"Sí, no me digas". Se coloca en posición y se embolsa hábilmente otras dos pelotas, con lo que solo le queda una. Falla el tiro y maldice en voz baja.

"No tienes que casarte con nadie. Serena está a salvo. Se ha ido. Se acabó tu trato con él". Me dice.

"Papá no es un hombre muy indulgente. Se las ha arreglado para echarle toda la culpa a ella y ninguna a mí".

"Tengo un plan", dice Xavier.

"¿Qué?"

"Voy a anular mi matrimonio con Serena".

Le dirijo una mirada pensativa.

"¿No anula eso el propósito de todo? Su matrimonio contigo es lo que une a nuestras familias".

Se inclina hacia delante, alineando la bola blanca con el número ocho, y llama a una tronera.

"Voy a casarme con su madre", contesta.

Me paraliza: "¿Qué coño?".

Frunce el ceño con plena concentración y se embolsa el ocho con un disparo mortalmente certero. Se endereza y me mira con una expresión de aburrimiento en el rostro, sus ojos no delatan nada.

"Yo gano. Y eso era una broma. Evidentemente".

Sacudo la cabeza ante mi hermano y su extraño sentido del humor que aparece en los momentos más extraños.

"Me has pillado por un momento".

"Lo sé".

Sonreímos al mismo tiempo. Y así se evapora la tensión entre nosotros.

"Quiero que sean felices, Mariano. De verdad. Podemos hablar con padre juntos. Le diré que mi matrimonio con Serena va a ser anulado, pero que vamos a mantener nuestro acuerdo inicial con los Wilson porque beneficia a nuestra familia.

"Serena no se avergonzará, y eso será todo".

"Parece más fácil decirlo que hacerlo", murmuro. "¿Por qué hacess esto? No nos debes nada".

Sus labios se inclinan un poco hacia arriba.

"Serena fue una bendición en mi vida. Ella trajo alegría, paz y color a todo lo que me rodeaba. La quiero ferozmente, pero también te quiero a ti, hermano. Así que, aunque te guardo un poco de rencor por haberte quedado con la chica, no puedo enfadarme exactamente por ello. Ella te ha querido desde el principio. Si soy sincero conmigo mismo, lo vi venir a la legua".

Me faltan las palabras. Y se me corta la voz al decirlo.

"Tuve mucha suerte al tener un hermano mayor como tú".

Xavier sonríe.

"No te me pongas ñoño".

"Vete a la mierda", gruño.

No sé quién avanza primero, pero al segundo siguiente estamos abrazados con

fuerza. Golpeándonos la espalda.

"Te quiero, joder", digo en el hombro de mi hermano mayor. "Y yo te cubro las espaldas siempre hasta el fin de los tiempos. Nunca estarás solo pase lo que pase".

"Sí, yo también te quiero". Responde bruscamente.

Al día siguiente estamos en el despacho de papá. La expresión del anciano varía entre la sorpresa, el enfado y la desaprobación absoluta a medida que hablamos.

"Entonces, padre, ¿qué va a ser?", dice Xavier al terminar, ajustándose los puños de su traje azul marino y dirigiendo a mi padre una mirada imperiosa. Su voz no deja lugar a discusión. "Mantente alejado de Serena y de todo lo que tenga que ver con los Wilson y permite que Mariano prosiga su relación con ella. O te arriesgas a perder a nuestros aliados más poderosos. No olvides que tú eras el que estaba desesperado por unir fuerzas con ellos".

"Tu plan de aliarte con los Falcones quedará en suspenso por ahora porque Mariano no se casará con su hija. Se lo tomarán como un insulto y, si te aíslas, ¿quién te dice que no nos atacarán? Necesitaremos a los Wilson de nuestro lado".

Padre aprieta los dientes y nos mira a los dos. Su mano acaricia la cabeza de su bastón. Me pregunto si estará pensando en cortarnos a los dos.

"¿Todo esto por una chica?", murmura, moviendo la cabeza con incredulidad.

La sonrisa de Xavier es sombría y sin humor.

"Tú fuiste quien la trajo a nuestras vidas, Padre. Dijiste que me asegurara de que fuera feliz y eso es lo que estoy haciendo".

"Harás de nuestra familia el hazmerreír. En un momento está casada con el hermano mayor y al siguiente con el menor". Se queja el padre, intentando hacernos entrar en razón desde su punto de vista tradicional.

"Somos lo bastante poderosos como para salirnos con la nuestra", digo encogiéndome de hombros despreocupadamente.

"¿Tenemos un trato?", pregunta Xavier. Levanta una ceja con arrogancia.

A mi padre se le ponen los pelos de punta y su cara se vuelve del color de un tomate maduro.

"Bien". El viejo escupe.

Unas horas más tarde, cuando llegamos a la mansión de los Wilson, estoy destrozado por los nervios. Xavier me da una palmada en el hombro para animarme. Parece mucho más despreocupado y relajado.

"No tengas miedo, hermano. Se alegrará de verte".

Su criada es la que nos abre la puerta. Es una mujer bajita, con el pelo gris recogido en un moño, que lleva un delantal blanco.

"¡Señor Casagrande! Qué agradable sorpresa".

"Hola, ¿está Serena en casa?"

"Ah, sí. Está en su habitación. Se niega a hablar con nadie desde que llegó ayer". Sus ojos se entrecierran acusándonos.

Le enseño mi sonrisa más encantadora.

"Una pequeña riña de amantes. Estamos aquí para reparar el daño".

Sus ojos brillan de duda, pero aun así se aparta para hacernos pasar. Subimos las escaleras y nos muestra la habitación de Serena.

Llamo a la puerta y la abro de un empujón. Está sentada junto a la ventana mirando al espacio con desolación. Lleva un peto vaquero y encima un sujetador deportivo blanco.

Xavier le sigue y cierra la puerta tras de sí. Serena se vuelve y sus ojos se abren de par en par.

"¿Qué están haciendo aquí?"

"He venido a anular nuestro matrimonio", dice Xavier.

Sus labios se vuelven hacia abajo a los lados y se desinfla.

"Me lo esperaba. Pero, ¿puedo decir algo antes, Xavier?". Respira hondo y se retuerce las manos delante de ella. Sin esperar respuesta, empieza a hablar. Su voz es vacilante, pero clara.

"Te quiero, Xavier. Y no lo digo por decir. Lo digo en serio. Te quiero muchísimo.

Has sido tan bueno conmigo desde el primer día que nos conocimos. Cuidaste de mí, me protegiste, me cobijaste y me hiciste sentir querida y segura. Nunca me he sentido en peligro contigo, eres un hombre especial y cualquier chica tendría suerte de tenerte. Yo tuve la suerte de ser esa chica durante un breve periodo de tiempo y siempre te estaré agradecida por ello. Y atesoraré cada momento que hayamos tenido. Sé que es demasiado tarde, pero no quería que las cosas acabaran entre nosotros pensando que no estaba completamente enamorada de ti, porque lo estoy. Siempre lo estaré".

Xavier se queda atónito y en silencio, se nota que no se lo esperaba. Serena se muerde el labio inferior y se pasa el pelo por detrás de las orejas, y con tono resignado dice.

"Vale, ¿qué papeles voy a firmar?"

"Iremos a juicio el lunes", dice Xavier con voz ronca. Luego se aclara la garganta. Y resopla tirándose de la corbata. Se esfuerza al máximo por mantener sus emociones bajo control.

"Quiero que seas feliz, Serena. Y tu felicidad está con Mariano, así que te doy eso. Hemos hablado con nuestro padre, ya no corres ningún tipo de peligro. Te dejará en paz y nuestra alianza con tu familia sigue en pie. Al fin y al cabo, es mutuamente beneficiosa. Incluso con lo orgulloso que es, no puede negar ese simple hecho".

Su sonrisa es irónica. Serena se queda sin habla,

"Xavier". susurra ella con lágrimas en los ojos. Él se adelanta y la estrecha en sus brazos. Y le susurra algo al oído. Ella asiente y le da un suave beso en los labios.

Se separan y él le hace un último gesto de aprobación con la cabeza antes de salir de la habitación. Serena se rasca el dedo gordo del pie contra la alfombra, con una expresión tímida en el rostro.

"No he podido dormir bien, Mariano". Habla ella. "Odio estar separada de ti. Lo odio con cada fibra de mi ser".

"Nunca más", gruño.

"Dime que te casarás conmigo, cariño. Soy todo tuyo si me aceptas".

"Esta vez quiero una proposición romántica". Dice ella.

"Lo que quieras".

Su sonrisa es lo mejor que he visto nunca. Daría mi vida por mantenerla en su cara.

Me acerco a ella y la beso. Ella gime y nos aferramos el uno al otro.

"Te quiero". Murmura.

"¿Qué te acaba de decir Xavier?", pregunto con curiosidad.

"Me dijo que te dijera que sigue dispuesto a jugar cuando tú lo estés".

Me río entre dientes. Y la acerco más. Agradecido por el regalo que es.

Acerca de Sarah Sterling

Hola, compañeros de aventura.

Soy tu intrépido capitán del romance y la fantasía, que navega por los mares de la narración con estilo. Imagíneme como tu fiel guía a través de mundos donde el amor reina supremo y la risa es la salsa secreta de la vida. Tanto si se trata de crear romances de infarto como de hilar historias que le hagan cosquillas en el hueso de la risa, estoy aquí para llevarle en un viaje de puro deleite literario. Así que abróchense los cinturones y prepárense para un viaje en montaña rusa por los reinos de la pasión y la hilaridad. Juntos exploraremos territorios inexplorados del corazón y nos embarcaremos en escapadas que te dejarán con ganas de más. Bienvenidos a bordo, amigos míos, inaveguemos hacia el ocaso de la imaginación!

Si te ha gustado este libro, me gustaría invitarte a anticiparte a los próximos lanzamientos de la serie '[Ruthless Mafia Kings](#)'.

Su opinión sincera es muy valiosa para mí. Haga clic [AQUÍ](#) para compartir su opinión.

Gracias.